

An illustration of a young boy with a white sailor's cap, wearing a light blue short-sleeved shirt and dark blue shorts, sitting in a wooden rowing boat. He is holding two oars and looking forward with a determined expression. The boat is on a blue sea with white-capped waves. The background is a bright blue sky with soft white clouds. The artist's signature 'F. H.' is visible in the lower right of the illustration.

Erud
Blyton

AVENTURA
en el **BARCO**

Lectulandia

La señora Mannering organiza unas vacaciones tranquilas para los cuatro chicos; unas vacaciones sin riesgos de ningún tipo. Pero el plácido crucero se convertirá en una inquietante aventura en pos de un tesoro. Descubrirán el misterio que se oculta tras una de las más antiguas leyendas de las islas griegas.

Lectulandia

Enid Blyton

Aventura en el barco

Aventura - 06

ePub r1.0

Titivillus 15.06.15

Título original: *The ship of adventure*

Enid Blyton, 1950

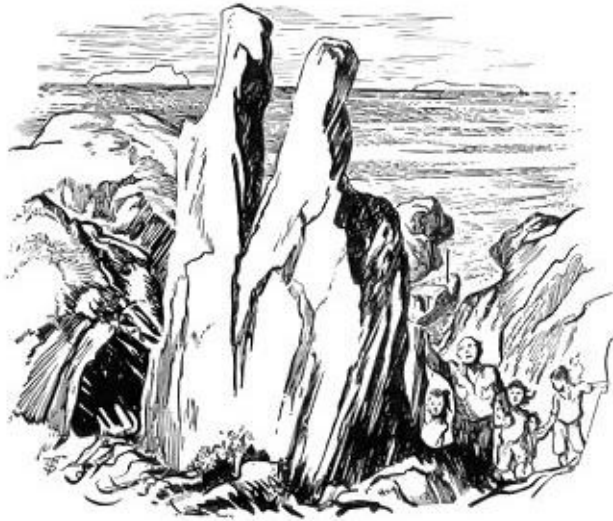
Ilustraciones: Stuart Treisilian

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Proemio



Éste es el sexto libro de la serie «Aventuras». Continúan en él las aventuras de Jack, Jorge, Dolly, Lucy y, claro, el loro «Kiki»; al igual que los otros cinco tomos, este libro está completo en sí.

El resto de la serie contiene: *Aventura en la Isla*, *Aventura en el Castillo*, *Aventura en el Valle*, *Aventura en el Mar*, *Aventura en la Montaña*.

Espero que *Aventura en el Barco* gustará a mis lectores tanto como les han gustado las demás.

Os deseo unos ratos agradables,

Enid Blyton
=

Capítulo Primero.

Un gran plan para las vacaciones

—Mamá nos reserva una sorpresa —anunció Jorge Mannering—. Estoy seguro de ello. Se comporta de manera misteriosa misteriosa.

—Sí —asintió su hermana Dolly—. Y cada vez que le pregunto lo que vamos a hacer estas vacaciones, sólo me contesta: «¡Aguarda y verás!». ¡Como si fuéramos unas criaturas de diez años!

—¿Dónde está Jack? —quiso saber Jorge—. A ver si sabe él lo que le ocurre a mamá.

—Ha salido con Lucy —le contestó su hermana—. ¡Ah! ¡Oigo chillar a «Kiki»! ¡Ahora vienen!

Jack y Lucy Trent entraron juntos, muy parecidos en el cabello rojizo, los ojos verdes y las pecas a docenas. Jack sonrió.

—¡Hola! Os hubiera gustado estar con nosotros hace un momento. Un perro ladró a «Kiki», y él se posó en una valla y maulló. ¡En mi vida vi perro más sorprendido!

—Salió huyendo con el rabo entre las piernas —dijo Lucy rascándole la cabeza al loro.

Éste se puso a maullar otra vez al darse cuenta de que los niños hablaban de él. Luego siseó y escupió como un gato enfurecido. Los muchachos se echaron a reír.

—Si le hubieras hecho eso al perro, se hubiese muerto de asombro —dijo Jack—. ¡Buen pájaro, «Kiki»! Nadie puede aburrirse mientras andes tú por los alrededores.

«Kiki» empezó a balancearse de un lado a otro, haciendo el mismo ruido que si se arrullase. Luego prorrumpió en una de sus tremendas carcajadas.

—Ahora no haces más que exhibirte —dijo Jorge—. No le hagamos ningún caso. Empezará a escandalizar y entrará mamá corriendo.

—Y eso me recuerda..., ¿por qué se ha vuelto tan misteriosa mamá? —inquirió Dolly—. Lucy, ¿te has dado cuenta tú?

—Pues sí...; tía Alie sí que obra como si nos tuviese algo guardado —asintió Lucy, pensativa—. Algo así como suele hacer poco antes del cumpleaños de alguno. Yo creo que tiene un plan para las vacaciones de verano.

Jack exhaló un gemido.

—¡Troncho! También yo tengo un plan perfecto. Un plan verdaderamente estupendo. Más valdrá que proponga yo el mío antes de que tía Allie exponga el suyo.

—¿Cuál es el tuyo? —inquirió Dolly, con interés. Jack siempre tenía planes maravillosos, aunque pocos de ellos llegaban a realizarse.

—Pues veréis... se me había ocurrido que podíamos salir todos juntos en

bicicleta, llevándonos una tienda de campaña... y acampar en un sitio distinto cada noche. Resultaría magnífico.

Los otros le miraron con desdén.



—Eso lo sugeriste el verano pasado, y el anterior también —dijo Dolly—. Mamá dijo que no entonces, y no es fácil que diga sí ahora. Sí que es un buen plan marcharnos así solitos... pero desde que hemos tenido tantas aventuras, mamá no quiere ni oír hablar de él siquiera.

—¿No podría vuestra madre venir con nosotros? —preguntó Lucy, esperanzada.

—Ahora eres tú la que está siendo boba —le contestó Dolly—. Mamá es muy buena; pero las personas mayores son demasiado quisquillosas y andan con demasiadas precauciones y miramientos. Tendríamos que ponernos el impermeable en cuanto cayese una gota de lluvia, y los abrigos si se ponía el sol, y nada me sorprendería que nos obligase a llevar un paraguas a cada uno, sujeto al manillar de la «bici».

Los otros se echaron a reír.

—Entonces, supongo que no resultaría invitar a tía Allie también —dijo Lucy—. ¡Qué lástima!

—¡Qué lástima, qué lástima! —asintió inmediatamente «Kiki»—. ¡Límpiate los pies y cierra la puerta! ¿Dónde tienes el pañuelo, malo, más que malo?

—No anda desencaminado «Kiki» —observó Jorge—. Ésas son las cosas que dicen las personas mayores, hasta las más simpáticas, ¿verdad, «Kiki», amigo?

—Bill no es así —intervino Lucy—. Bill es una gran persona.

Todos se mostraron de acuerdo, Bill Cunningham, o Bill Smugs, como les dijera llamarse al principio de conocerles, era muy buen amigo, y había compartido con ellos todas sus aventuras. A veces le habían arrastrado ellos a la aventura, otras había sido lo contrario, siendo él quien se metiera en ella, siguiéndole luego los muchachos. A veces parecía que, en efecto, la señora Mannering tenía razón al decir que siempre surgían aventuras donde Bill y los niños se encontraran.

—También yo tenía una idea para este verano —anunció Jorge—. Pensé que sería muy divertido acampar junto al río y buscar nutrias. Nunca he tenido una nutria en casa entre mis favoritos. Y son la mar de hermosas. Pensé...

—Claro, a ti tenía que ocurrírsete una cosa así —observó Dolly, medio enfadada—. Por el mero hecho de que estás loco por toda clase de bichos, desde las pulgas hasta... hasta...

—Los elefantes —sugirió Jack.

—Desde las pulgas hasta los elefantes, te crees que a todo el mundo le pasa igual —dijo Dolly—. ¡Qué veraneo más horrible andar buscando nutrias mojadas y limosas... y tener que aguantarlas en la tienda de campaña por la noche, supongo... y toda otra serie de cosas horribles...!

—Cállate, Dolly —dijo Jorge—. Las nutrias no son horribles. Son hermosas. ¡Hay que verlas nadar debajo del agua! Y, a propósito, a mí no me entusiasman las pulgas. Ni los mosquitos. Ni los tábanos. Me parecen interesantes, pero no puedo decir que haya tenido nunca cosas así como favoritas.

—¿Y esos ciempiés que tuviste una vez... y que se escaparon de esa jaulita tan estúpida que les hiciste? ¡Ah! ¿Y ese escarabajo domesticado? ¿Y ese...?

—¡Troncho! ¡Ya nos hemos disparado! —exclamó Jack, viendo que se iniciaba una de las riñas habituales entre Jorge y la impulsiva Dolly—. ¡Supongo que vamos a tener que escuchar una lista interminable de los bichos favoritos de Jorge ahora! Sea como fuere, aquí viene tía Allie. Podemos preguntarle qué opina de nuestras ideas de veraneo. Suelta tú la tuya primero. Jorge.

La señora Mannering entró con un folleto en la mano. Les dirigió una sonrisa a los cuatro, y «Kiki» irguió la cresta para darle, encantado, la bienvenida.

—Límpiate los pies y cierra la puerta —dijo, con tono amistoso—. Uno, dos, tres, ¡va!

Imitó la detonación de una pistola al decir «¡va!», y la señora Mannering dio un brinco de sobresalto.

—No te asustes, mamá... Se empeña en hacer eso desde que asistió a las carreras y otros deportes del colegio, y oyó al arbitro gritarnos y disparar la pistola para que

arrancáramos —rió Jorge—. Una vez imitó la detonación cuando estábamos todos en línea, preparados para empezar... ¡y salimos todos corriendo antes de tiempo! ¡Lo que se rió «Kiki» al verlo, el muy travieso!

—¡Lorito malo, pobre torito, qué lástima, qué lástima! —dijo «Kiki».

Jack le dio un golpe en el pico.

—Cállate. A los loros se les ha de ver y no oírseles. Tía Allie, estábamos hablando de planes para las vacaciones. A mí me pareció una idea estupenda que nos dejara marchar en bicicleta... ir adonde quisiéramos y acampar durante la noche. Ya sé que dijo usted que no cuando se lo preguntamos en otras ocasiones, pero...

—Y digo que no otra vez —anunció la señora, con firmeza.

—Bueno, mamá, pues, ¿podremos ir entonces al río y acampar allí? Quiero aprender algo más de las nutrias —dijo Jorge, sin hacer caso del fruncido entrecejo de Dolly—. Es que...

—No, Jorge —contestó la madre, con la misma firmeza de antes—. Y tú sabes muy bien por qué no quiero dejarte hacer excursiones de esa clase. A estas horas ya debieras haber renunciado a preguntarme nada siquiera.

—Pero, ¿por qué no quiere usted dejarnos ir? —gimió Lucy—. No correremos ningún peligro.

—Lucy, de sobra sabes que en cuanto os pierdo de vista un instante durante las vacaciones, os falta tiempo... sí, os falta tiempo para embarcaros en las aventuras más horripilantes que pueden imaginarse —la señora hablaba con verdadera ferocidad—. Y estoy completamente decidida a que estas vacaciones no vayáis a ninguna parte solos, conque es completamente inútil que me pidáis permiso.

—Pero, mamá, eso es injusto —observó Jorge, consternado—. Hablas como si fuéramos nosotros buscando aventuras. Y eso no es verdad. ¿Querrás decirnos, mamá, en qué aventura podemos meternos yendo a acampar junto al río? ¡Si hasta podrías venir tú misma a vernos tan tranquilos todas las tardes!

—Sí, y la primera tarde que fuese me encontraría con que habíais desaparecido todos, y que andabais por Dios sabe dónde, entre ladrones o espías o granujas de alguna especie —repuso la madre—. Acordaos de algunos de vuestros veraneos... empezasteis por perderos en una antigua mina de cobre en una isla desierta... Otra vez os hicisteis encerrar en las mazmorras de un castillo, y anduvisteis mezclados con espías...

—Oooh, sí —asintió Lucy, recordando—. Y otra vez nos equivocamos de aeroplano y se nos llevaron al Valle de la Aventura. Fue entonces cuando descubrimos todas aquellas estatuas raras, robadas, escondidas en cavernas... ¡cómo les brillaban los ojos cuando las vimos! Yo creí que estaban vivas, pero no lo estaban, claro.

—Y al verano siguiente nos fuimos con Bill a las islas de las aves —dijo Jack—. Fue magnífico. Tuvimos dos frailecillos mansos, ¿recuerdas, Jorge?

—«Soplando» y «Bufando» —dijo «Kiki» a continuación.

—Justo, pájaro; justo —asintió Jorge—. «Soplando» y «Bufando» se llamaban. Eran un encanto.

—Iríais a buscar pájaros; pero os encontrasteis con toda una carnada de bribones —dijo la madre—. ¡Contrabandistas de armas! Peligrosos a más no poder.

—Bueno, mamá, ¿y el verano pasado? —observó Dolly—. ¡Por poco te viste tú en esa aventura!

—¡Horrible! —exclamó la señora, estremeciéndose—. Esa montaña horrenda, con sus extraños secretos... y el loco Rey de la Montaña... Por poco no salís de allí. No... os digo, definitivamente, que nunca más iréis solos a ninguna parte. ¡Voy a ir yo siempre con vosotros!

Hubo silencio tras estas palabras. Los cuatro niños le tenían mucho afecto a la señora Mannering, pero les gustaba poder pasar parte de cada veraneo sin personas mayores.

—Bueno... tía Allie..., si Bill nos acompañase, ¿te parecería bien entonces? —inquirió Lucy—. Yo siempre me siento segura con Bill.

—Tampoco puede contarse con que Bill no se meta en una aventura —respondió la señora Mannering—. Es una gran persona, ya lo sé, y me fiaría de él más que de ninguna otra persona del mundo. Pero, en cuanto vosotros y él os juntáis, no hay manera de saber lo que va a ocurrir. Conque estas vacaciones he trazado un plan muy seguro... y Bill no figura en él; conque quizá logremos así mantenernos fuera de peligro y alejados de todo suceso extraordinario.

—¿Cuál es tu plan, mamá? —preguntó Dolly, nerviosa—. No digas que vamos a ir al hotel de una playa o cosa por el estilo. No admitirían a «Kiki».

—Os voy a llevar a todos a hacer un crucero en un barco muy grande —anunció la señora Mannering, sonriendo—. Sé que eso os gustará. Será muy divertido. Haremos escala en muchos sitios y veremos toda clase de cosas raras y emocionantes. Y os tendré a todos bajo mi vista en un solo sitio todo el tiempo... El barco será nuestra casa durante una temporada, y si saltamos a tierra en los puertos, lo haremos todos juntos y en grupo. No habrá ocasión de correr ninguna aventura.

Los cuatro niños se miraron unos a otros. «Kiki» les observó. Jorge fue el primero en hablar.

—Sí que suena emocionante, mamá... ¡de veras que sí! Nunca hemos estado en un barco verdaderamente grande antes. Claro está que echaré de menos el no tener animales.

—¡Oh, Jorge!, ¿es que no puedes pasarte sin tu eterno parque zoológico? —exclamó Dolly—. Por mi parte, confieso que sentiré un gran alivio sabiendo que no llevas escondidos ratones por entre la ropa, ni lagartijas, ni escincoideos. Mamá, a mí me suena estupendo. Gracias por haber pensado en algo tan emocionante.

—Sí, suena de primera —asintió Jack—. Veremos la mar de pájaros que no he visto yo aún.

—Jack se siente feliz mientras esté en un sitio donde pueda ver pájaros —dijo

Lucy, riendo—. Con la locura que tiene Jorge por toda clase de animales, y la pasión de Jack por los pájaros, menos mal que nosotros no le hemos cogido afición desmedida a nada. Tía Allie, su plan es lo mejor de lo mejor. ¿Cuándo marchamos?

—La semana que viene —contestó la señora—. Así tendremos tiempo de sobra para prepararlo todo y hacer el equipaje. Hará mucho calor durante el crucero, conque hemos de equiparnos de ropa de verano en abundancia. La blanca es preferible... no absorbe tanto el calor. Y tendréis que llevar todos algo que os proteja la cabeza contra el sol, conque no empecéis a quejaros de que os obligo a llevar sombrero.

—¿No va a ir Bill? —preguntó Jorge.

—No —respondió la madre, con firmeza—. Me siento un poco mezquina por no invitarle, porque acaba de rematar el caso que estaba investigando y necesita unas vacaciones. Pero esta vez no viene con nosotros. Yo quiero unas vacaciones tranquilas, sin aventuras de ninguna clase.

—¡Pobre Bill! —dijo Lucy—. Sin embargo..., posiblemente, se alegre de poderse ir de vacaciones sin nosotros por una vez. Oíd... va a ser divertido, ¿no os parece?

—¡Divertido! —dijo «Kiki», interviniendo, con un aullido de excitación—. ¡Divertido, divertido, divertido!

Capítulo II

A bordo del «Viking Star»

Desde luego, era divertido ponerse a prepararlo todo; comprar ropa casi transparente y sombreros enormes, rollos y más rollos de película para las máquinas fotográficas, guías y mapas. Había de ser un crucero largo, y tocaría la nave en Portugal, Madeira, el Marruecos francés, España, Italia y las islas del Mar Egeo. ¡Qué viaje más maravilloso!

Por fin quedó todo preparado. Los baúles estaban llenos y sujetos con correas. Habían llegado los pasajes. Tenían los pasaportes y todos habían aullado de consternación al ver lo horribles que estaban en las fotografías de dichos documentos oficiales. «Kiki» aulló también, nada más que por no dejar de participar en el jaleo. Le encantaba chillar, gritar y aullar, pero no veían con buenos ojos que lo hiciese; conque, cuando todos gritaban y chillaban, aprovechaba la ocasión para desahogarse.



—Cállate, «Kiki» —dijo Jack, quitándoselo del hombro de un empujón—. ¡Mira que gritarme al oído de esa manera! Es como para dejarme más sordo que una tapia. Tía Allie, ¿necesitará pasaporte «Kiki»?

—Claro que no —respondió la señora Mannering—. Ni siquiera estoy segura de que le permitirán acompañarnos. Jack la miró, contornado.

—Pero... ¡es que yo no puedo ir si no va «Kiki»! No puedo dejarle atrás. Se

consumiría de tristeza.

—Bueno, ya escribiré preguntando si puedes llevarle. Pero si la respuesta es negativa, no quiero que armes jaleo, Jack. Me he tomado la mar de molestias para arreglar este viaje, y no puedo permitir que lo eches a perder por culpa del loro. No veo yo cómo van a permitirle que vaya... Estoy segura de que los pasajeros se quejarían de un pájaro tan escandaloso como éste.

—Sabe ser muy callado cuando quiere —dijo el pobre Jack.

«Kiki» escogió aquel momento para ponerse a hipar. Lo hacía muy bien, y el ruido le molestaba siempre a la señora Mannering.

—Basta ya, «Kiki» —ordenó.

El loro calló y miró con expresión de reproche a la señora. Empezó a toser, con una tosecilla hueca que le había oído al jardinero. La señora Mannering intentó no reírse.

—¡Es un pájaro tan tonto! —exclamó—. Loco de atar. Bueno, y ¿dónde he puesto la lista de cosas que tengo que hacer antes de que nos marchemos?

—¡Uno, dos, tres, va! —gritó «Kiki».

Jack le contuvo a tiempo, antes de que imitase la detonación. La señora salió del cuarto y el niño le habló con solemnidad al loro.

—«Kiki», tal vez tenga que marcharme sin ti. No puedo descabalar todos los planes de los demás en el último instante por tu culpa. Pero haré cuanto pueda, ¡ánimo!

—¡Dios salve al rey! —dijo «Kiki», decidiendo que debía tratarse de una ocasión solemne por la expresión que veía en el rostro de su amo—. ¡Pobre lorito, lorito malo!

Los últimos días transcurrieron lentamente. Lucy se quejó de ello.

—¿Por qué será que el tiempo va siempre tan despacio cuando una quiere que suceda algo aprisa? Es repugnante. ¡No llegará nunca el jueves!

Jack no estaba tan excitado como los otros, porque había llegado una carta diciendo que no podían llevarse loros a bordo. Los cuatro niños lo sintieron mucho, y Jack se puso angustiadísimo. Pero no gruñó por eso ni molestó a la señora Mannering. Ella se compadeció de él, y ofreció arreglar las cosas para que una mujer del pueblo cuidase a «Kiki».

—Tuvo en otros tiempos un loro —le dijo—. Conque supongo que le gustará tener a «Kiki».

—No, gracias, tía Allie. Ya arreglaré yo algo —le contestó el niño—. ¡No hablemos de ello!

Conque la señora Mannering no volvió a mencionar el asunto y aún cuando al sentarse todos a la mesa a tomar el té, «Kiki» se comió todas las pasas del pastel antes de que se diera cuenta nadie, no dijo una palabra.

El miércoles marcharon todos en el coche de la señora Mannering a Southampton, seguidos de otro vehículo que transportaba el equipaje. Se hallaban en un estado de

excitación enorme. A todos se les había encomendado alguna cosa, y Lucy no hacía más que mirar con ansiedad su paquete para asegurarse de que aún lo llevaba. Iban a alojarse aquella noche en un hotel y embarcar a las ocho y media de la mañana para aprovechar la marea. Estarían ya navegando a las once en dirección a Francia. ¡Qué emoción!

Comieron bien en el hotel, y luego la señora Mannering propuso que fueran a un cine. Estaba segura de que ninguno de los niños se dormiría si les mandaba a la cama a la hora acostumbrada.

—¿Le importa que vaya a buscar a un compañero de colegio, tía Allie? —preguntó Jack—. Vive en Southampton y me gustaría darle la sorpresa de hacerle una visita.

—Bueno; pero no quiero que vuelvas tarde. ¿Quieres tú irle a ver también, Jorge? Pero Jack estaba ya fuera de la habitación, y su respuesta resultó ininteligible.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Jorge.

—Pareció algo así como «Porky» —respondió Dolly.

—¿Porky? ¿Qué querrá decir? Será alguno que esté chiflado por los pájaros. Bueno, iré al cine. Me gustará ver la película, porque creo que salen en ella animales salvajes.

Marcharon al cinematógrafo sin haber vuelto a ver a Jack. Le encontraron en el hotel cuando regresaron, leyendo una de las guías que había comprado la señora Mannering.

—¡Hola! ¿Viste a Porky? —inquirió Jorge.

Quedó extrañado al observar que por toda contestación Jack le miraba frunciendo el entrecejo. ¿Qué estaba urdiendo Jack? Cambió inmediatamente de tema, y se puso a hablar de la película que habían visto.

—Ahora a la cama —dijo la señora Mannering—. Deja de hablar. Jorge. Andando todos... y no olvidéis que a las siete en punto tenéis que estar en pie.

Todos se despertaron mucho antes de las siete. Las niñas hablaron entre sí, y los muchachos estuvieron charlando también. Jorge le interrogó a Jack acerca de la noche anterior.

—¿Por qué me hiciste callar cuando te pregunté por Porky? —quiso saber—. Y, a propósito, ¿quién es Porky?

—Ese chino que se llama Hogsney —contestó el otro—. Le pusimos Porky de apodo. Dejó hace tiempo el colegio. Siempre andaba queriendo que le prestara el loro, ¿no te acuerdas?

—Ah, sí, Porky, claro. Casi me había olvidado de él. Jack, ¿qué pasa? ¡Pareces estarte haciendo muy reservado!

—No me hagas preguntas, porque no quiero contestarlas.

—¡Cuánto misterio! —exclamó Jorge—. Yo creo que se trata de algo relacionado con «Kiki». Nos diste largas a todos cuando te preguntamos qué habías hecho del loro. Creímos que estarías disgustado por tener que separarte de él, y no insistimos.

—Bueno, pues no insistas ahora —le respondió Jack—. No quiero decir nada en este momento.

—Está bien —dijo Jorge, dándose por vencido—. Aunque sé que andas tramando algo. Vamos... levantémonos. Aún no son las siete, pero no podemos estar echados en la cama en una mañana tan hermosa como ésta.

A las ocho y media estaban todos a bordo del barco. La señora Mannering encontró sus camarotes. Eran tres en hilera; uno sencillo para ella, y dos dobles para los niños. Lucy quedó encantada con ellos.

—Pero, ¡si son como cuartitos pequeños! —exclamó—. Jack, ¿es vuestro camarote como el nuestro? ¡Mira, hasta tenemos unos magníficos grifos de agua fría y de agua caliente!

—Tenemos un ventilador eléctrico en marcha en nuestro camarote —anunció Jorge asomado a la puerta—. Es estupendo y fresco. Vosotras tenéis uno también.

—El agua llega hasta cerca de nuestro portillo —dijo Dolly asomando—. ¡Si el mar se encrespara un poco, se nos metería aquí dentro por el agujero!

—Antes de que eso ocurriera, estaría bien cerrado y atornillado —dijo Jorge—. Me alegro de que estemos cerca de la línea de flotación: se estará más fresco en este tiempo tan caluroso. Qué archiestupendo es esto, ¿verdad? ¡Estoy ardiendo en deseos de que zarpe de una vez!

Fueron todos a ver el camarote de la señora Mannering, que era igual que el de ellos, pero más pequeño. Luego, marcharon a explorar el barco. Resultó ser bastante grande, aunque no enorme, e iba pintado de blanco de arriba abajo: chimeneas blancas, batayolas blancas, costados blancos... Su nombre iba marcado en cada uno de los botes salvavidas, blancos, suspendidos a los lados de la cubierta. "Viking Star". Lucy lo leyó y, lo volvió a leer una docena de veces.

—Supongo que tendremos que hacer prácticas de salvamento mañana —anunció la señora Mannering reuniéndose con ellos en su viaje de exploración.

—Hay chalecos salvavidas grandes en nuestro camarote —dijo Lucy—. Supongo que habrá que atárselos alrededor del cuerpo.

—Se los mete uno por la cabeza, para que la mitad de la chaqueta quede delante y la otra mitad detrás —explicó la señora—, luego se lo sujeta uno bien con las cintas que lleva. Tendréis que ponéroslo mañana para las prácticas de salvamento.

Sonaba todo la mar de emocionante. Recorrieron la nave, hallando motivo de excitación en todo. Estuvieron en la cubierta de deportes, donde ya había alguien jugando al herrón con gruesas anillas de cuerda, y otros dos haciendo un partido de tenis.

—¡Hay que ver! —murmuró Dolly—. ¡Mira que poder jugar a cosas así a bordo de un barco!

—Hay un cinematógrafo abajo —dijo la señora Mannering—. Y una sala de escribir... y biblioteca, y salón... ¡y un comedor enorme!

—Y, ¡troncho!, ¡aquí hay una piscina en el mismísimo barco! —exclamó Jack, en

el colmo del asombro, al llegar a un extremo de la nave y ver la hermosa piscina llena de azulada agua.

La sirena del barco sonó de pronto dos veces, muy alto. Lucy por poco se cayó dentro de la piscina del susto. La señora Mannering se echó a reír.

—Ah, Lucy, ¿te ha hecho dar un salto? Y a mí también.

—¡Qué ruido más terrorífico! —exclamó Lucy—. ¡Ay, Señor, menos mal que no está Kiki» aquí! ¡Como empezara a imitar a la sirena, no habría quien lo aguantase!

—¡Cállate, estúpida! —dijo Dolly, en voz baja—. No le recuerdes a Jack que nos vamos sin el loro.

Lucy volvió la cabeza en busca de su hermano, pero no lo encontró.

—¿A dónde ha ido? —le preguntó a Dolly.

Pero nadie le había visto marchar.

—Por ahí debe andar —dijo Jorge—. Debemos estar a punto de marcharnos. Mirad... están quitando las pasarelas.

—Asomémonos por este lado para saludar a la gente —propuso Lucy.

Se asomó a la borda y observó a la gente apiñada abajo, en el muelle. Todo el mundo gritaba, agitando pañuelos y brazos en despedida. De pronto, la niña soltó un agudo chillido.

—¡Mirad! ¡Mirad! ¡Hay alguien allí abajo con un loro exactamente igual que «Kiki»! De veras que sí. ¿Dónde está Jack? He de decírselo. ¡Caramba! ¡No está por ninguna parte!

Las máquinas del barco funcionaban ya, y los niños sintieron la vibración bajo los pies. Lucy esforzó la vista por ver bien el loro que tanto se parecía a «Kiki».

—¡Sí que es «Kiki»! —exclamó—. ¡«Kiki»! ¡«Kiki»! ¡Adiós! ¡Estoy segura que eres tú!

El loro iba sujeto con una cadena a la muñeca de un joven. Había tanto jaleo, que los niños no podían distinguir si el loro decía algo o no. Desde luego, su parecido con «Kiki» era sorprendente.

—¡Estamos en marcha! —anunció Jorge—. ¡Nos hemos separado del muelle!

Agitó locamente el brazo, despidiéndose de todo el mundo Lucy le imitó, sin perder de vista al loro, que se iba haciendo más pequeño a medida que el barco se alejaba. Parecía estarle dando quehacer a su dueño..., propinándole picotazos, agitando las alas... De pronto, se alzó en el aire, partió la cadena, y voló por encima del brazo de agua que separaba ahora a la nave de tierra, lanzando estridentes gritos.

—¡Sí que es «Kiki», sí que lo es, sí que lo es! —chilló Lucy—. ¡Jack!, ¿dónde estás? ¡Jack!

Capítulo III

Los viajeros se instalan

Dolly, Lucy y Jorge corrieron a buscar a Jack. El loro había llegado al barco, perdiéndose inmediatamente de vista. Todos estaban seguros de que se trataba de «Kiki» y Jorge empezaba a tener la idea de que a Jack no le sorprendería tanto la cosa como les había sorprendido a ellos.

A Jack no se le encontró por parte alguna. Era exasperante. Le buscaron por todas partes, y por último, se le ocurrió a Lucy pensar en el camarote.

—Quizás esté allí —dijo—. Aunque, ¡maldito si entiendo por qué había de querer encerrarse en el preciso momento en que sale el barco de Southampton! Y, ¿dónde está el loro? ¡Parece haber desaparecido también!

Bajaron la escalera de los camarotes y se metieron por el pasillo que estaban los suyos. Abrieron la puerta del de Jack, y entraron todos.

—¡Jack! ¿Estás aquí? ¿Qué crees tú que acabamos de ver?

Se detuvieron sorprendidos ante la escena que contemplaron. Jack estaba sentado en su litera y «Kiki», posado en su hombro, parecía estarle arrullando a la par que le tiraba de la oreja.

—¡Troncho! —exclamó Jorge—. ¡Conque te encontró! Supongo que sí que es «Kiki», ¿no?

—Claro que sí, tonto —le respondió Jack—. Ha sido una suerte, ¿verdad? Porky le trajo al muelle, sujeto con una cadena para que me viese marchar. Y ¡rompió la cadena y voló a mí! Y se metió por el portillo de mi camarote. Qué pájaro más listo, ¿eh?

—¿Porky? ¿El chico que conociste en el colegio? ¿Le diste a «Kiki» a él para que te lo cuidara? —preguntó Lucy, asombrada—. Pero..., ¿cómo llegó a Southampton «Kiki»?

—Le traje en el coche ayer —explicó Jack, tapándose la oreja con una mano para que no se la picara «Kiki»—. Estaba en la cesta de la merienda que llevaba, más callado que una ostra. ¡Me aterraba pensar que pudiera pedirme alguno de vosotros que abriera la cesta y le diese algo de comer!

—Pero, escucha..., ¿no se llevará un disgusto Porky por habersele escapado el loro? —dijo Dolly.

—Y, ¿cómo sabía «Kiki» que estabas aquí, si te encontrabas en el camarote? —murmuró Lucy—. Quizá me oyera a mí llamarle. Seguramente sería eso..., me oyó gritar ¡«Kiki», «Kiki»!, rompió la cadena en su excitación y voló al barco... Y por afortunada coincidencia ¡escogió tu portillo para entrar!

—Más vale que le contéis todo eso a tía Allie —dijo Jack, riendo—. Resulta un

relato muy bonito e interesante..., ¡mucho más que el mío!

Los tres le miraron en silencio.

—Eres un bribón, Jack —dijo Jorge, por fin—. Lo proyectaste tú todo. ¡Apuesto a que sí! Sí, hasta arreglarías las cosas de antemano para que se rompiera la cadena y «Kiki» te oyese o te viera asomado al portillo.

Jack volvió a reír.

—Pues, mira, la idea de Lucy me parece muy buena..., gritarle a «Kiki» de esa manera y excitarle hasta el punto de que rompiera la cadena y volara a bordo... Sea como fuere, está aquí ahora, y aquí se queda. Sin embargo creo que será mejor que no le deje salir del camarote.

Todos le hicieron gran cantidad de mimos al loro, que disfrutó una barbaridad. Sin embargo no conseguía comprender el ruido que hacían las vibraciones de las máquinas, y no hacía más que ladear la cabeza, para escucharlas. Intentó una imitación, pero no le salió muy bien.

—No empieces a hacer ruidos raros —le advirtió Jack—. ¿O es que quieres que te hagan comparecer ante el capitán?

—Piii, suena el pito —dijo «Kiki». Y le dio un picotazo cariñoso en la oreja.

De pronto soltó un estornudo que parecía un estornudo de verdad.

—Basta —dijo Jack—. Usa el pañuelo. ¡Troncho, «Kiki»! ¡No hubiese podido marchar sin ti!

Todos estaban contentos de que se hallara con ellos el loro. Le dieron la noticia, con toda delicadeza posible, a la señora Mannering. Ella escuchó, molesta, pero no se le ocurrió pensar ni un solo instante que la llegada de «Kiki» pudiera ser otra cosa que fortuita. Exhaló un suspiro.

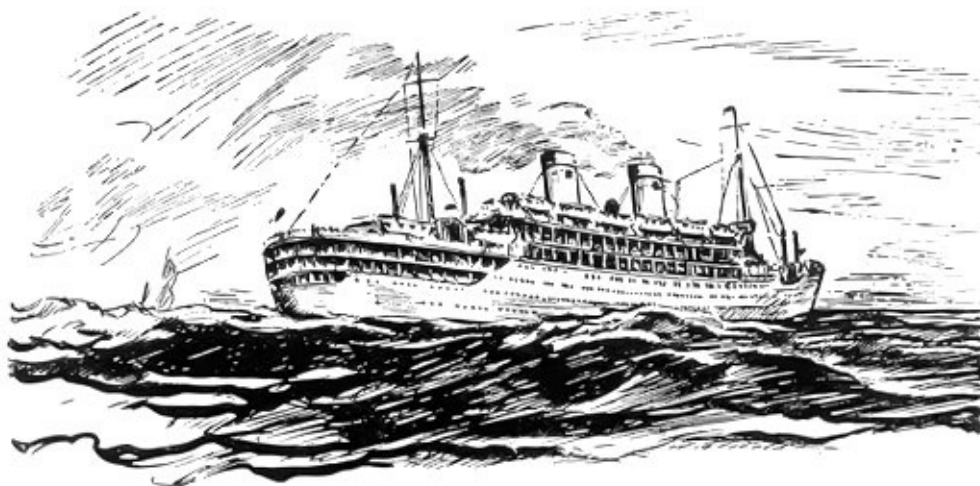
—Bueno. Si está aquí, aquí está. Pero, por lo que más quieras, Jack, tenle encerrado en el camarote. Vas a llevarte un disgusto serio si los pasajeros se quejan de él, y a lo mejor le mandan a la cubierta de la tripulación y le encierran en una jaula si no procuras meterle en cintura.

Conque encerraron en el camarote a «Kiki», que se pasó el primer día preguntándose si estaba él mareado, o si es que se estaba produciendo un temblor de tierra prolongado. No tenía idea de que se hallaba en un barco grande, y no comprendía sus movimientos, aunque había estado más de una vez en embarcaciones pequeñas.

El primer día pareció hermoso y largo. El «Viking Star» se deslizó suavemente



por el agua azul y tranquila, ronroneando sus máquinas, y dejando tras sí una espumosa estela que parecía extenderse hasta el propio horizonte y no tener fin. Pronto Inglaterra quedó atrás. Se iba a hacer la primera escala en Lisboa, Portugal.



Era divertido bajar a comer al enorme comedor y escoger lo que a cada uno se le antojara de la carta. Era divertido subir a la cubierta de deportes y jugar al tenis en la misma, e intentar conservar el equilibrio al correr. Hasta era divertido irse a la cama, porque representaba acurrucarse en una cama estrecha, apagar la luz, sentir la brisa del ventilador eléctrico que les refrescaba el sudoroso cuerpo, y oír el chapoteo del agua por debajo del portillo.

—¡Precioso! —susurró Lucy, antes de quedarse dormida—. Dios quiera que este viaje no se convierta en una aventura. Me gusta tal como es. Ya es bastante emocionante sin aventuras de ninguna clase.

¡No lo encontraron tan agradable en el golfo de Vizcaya! El mar estaba muy picado por allá, y el barco cabeceaba y se balanceaba con violencia. A la señora Mannering no le gustó ni pizca. Se quedó en su camarote. Pero los niños se encontraban divinamente. Comparecían en el comedor a todas las comidas, sin perdonar plato. Hasta hubiesen subido a jugar al tenis de cubierta, de no habérselo prohibido con firmeza uno de los camareros ante el temor de algún percance. Y luego, de pronto, según les pareció a ellos, todo cambió. El mar se tornó azul y apacible, el Sol quemó con sus rayos; el cielo pareció brillar, y toda la tripulación apareció vestida de blanco.

La señora Mannering se sintió bien otra vez. Y «Kiki» empezó a impacientarse mucho, de verse obligado a permanecer encerrado. Era ya muy amigo del camarero y de la camarera que se cuidaban de la limpieza y arreglo de los camarotes de aquel pasillo, y que se habían repuesto de la sorpresa que les causara hallarle en el camarote de Jack. No le habían visto al principio. Estaba posado detrás de la cortinita que colgaba a un lado del portillo, que Jack había cerrado para que no se le ocurriera al loro salir volando por él. Fue la camarera quien le oyó primero. Había entrado a hacer las camas. «Kiki» la observó detrás de la cortinilla. Luego habló en voz firme y

decidida.

—Pon el escalfador al fuego.

La camarera se sobresaltó. Se volvió hacia la puerta, creyendo que alguien le había hablado desde allí. Pero no vio a nadie. «Kiki» soltó un ruidoso eructo.

—Perdón —dijo—. La camarera se alarmó. Miró todo a su alrededor. Abrió la puerta del armario.

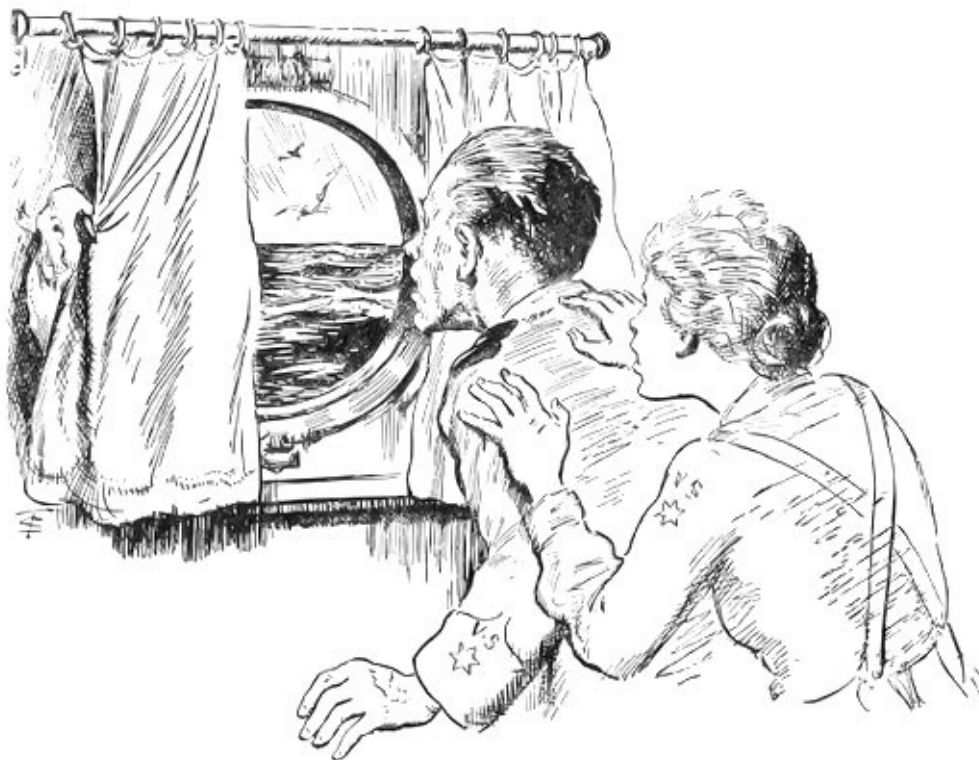
—¡Qué lástima, qué lástima! —exclamó «Kiki» con tan melancólica voz que la muchacha no pudo soportarlo más y salió corriendo en busca del camarero.

Éste era un escocés sombrío y determinado, dotado de muy poca paciencia.

—¿Qué pasa, mujer? —preguntó—. ¿Qué te ha asustado? No hay nadie aquí. «Kiki» tosió, luego estornudó con violencia.

—Perdón —dijo—. ¿Dónde tienes el pañuelo?

Ahora fue el camarero quien dio muestras de asombro. Miró por todo el camarote. «Kiki» bostezó ruidosamente. Tenía un repertorio de ruidos bastante numeroso. No pudo resistir la tentación de asomarse por un borde de la cortina para ver qué tal efecto causaba su representación. El camarero le vio y se acercó al portillo.



—¡Caramba! —dijo—. ¡Un loro! ¿Has oído alguna vez otro como éste? ¡Tienes que ser un pájaro muy inteligente para hacer todas esas cosas! Bien, lorito..., ¡eres un pájaro muy listo!

«Kiki» voló a posarse sobre un armario y miró a los camareros, primero con un ojo y luego con el otro. A continuación imitó la llamada del batintín a las horas de comer. Y remató la escena soltando una de sus carcajadas.

—¡Qué pájaro! ¡Le deja a uno viendo visiones! —exclamó el camarero,

asombrado—. Magnífico de verdad. Su dueño debiera avergonzarse de tenerle encerrado aquí.

—La verdad es que me asustó —aseguró la camarera—. ¿Crees tú que le gustarán las uvas? Al loro de mi tía abuela le encantaban. Iré a buscar unas cuantas.

Poco rato después «Kiki» disfrutaba comiendo uvas y cuando Jack bajó a verle, encontró el suelo del camarote lleno de semillas de uva, y a dos personas que contemplaban al loro boquiabiertas de admiración y llenas de encanto.

—¡Pájaro sucio! —exclamó el niño, con severidad, contemplando las semillas—. Baja de ese armario y recoge toda esta porquería.

—Porquería —dijo «Kiki»—. ¡Pop! ¡Pii, suena el pito!

—Espero que no le habrá molestado a usted —le dijo Jack a la camarera.

—¡Oh, es maravilloso! —contestó la mujer—. Jamás vi pájaro tan listo. Debería subir con él a cubierta y exhibirle.

Y no transcurrió mucho tiempo sin que Jack le llevara a cubierta posado en el hombro, con gran sorpresa y regocijo de todos los pasajeros. «Kiki» lo pasó muy bien, exhibiéndose. Lo único que no podía soportar era el ruido de la sirena del barco, que siempre le sobresaltaba tanto, que cada vez que la escuchaba, del susto, se caía del hombro de Jack. No sabía qué era ni de dónde venía y por regla general volaba a esconderse en alguna parte cuando sonaba.

Asistió a los ejercicios de salvamento, y Lucy estaba segura de que el loro iba disgustado porque no tenía un chaleco salvavidas pequeño que llevar. Todos ellos se pusieron el suyo, se dirigieron al bote que les correspondía, y escucharon la pequeña conferencia que les dio un oficial sobre lo que debía hacerse si alguna vez había peligro de naufragio. Lucy pidió con fervor al cielo que semejante ocasión no se presentara jamás.

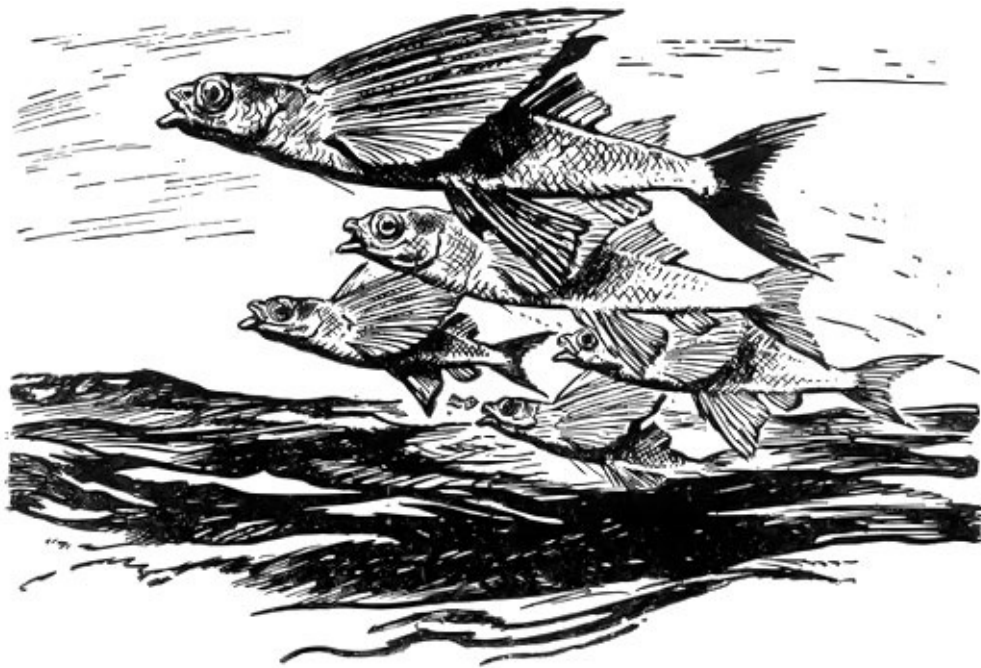
—Vamos a desembarcar en Lisboa mañana —anunció la señora Mannering—. Pero ninguno de vosotros ha de irse por ahí solo. No pienso consentir que surja ninguna aventura. No os separéis ni un momento de mi lado... ¿habéis entendido eso bien?

Capítulo IV

Jorge aumenta el número del grupo

Los días empezaron a transcurrir aprisa. Después de Lisboa, Lucy y Dolly perdieron la cuenta de ellos. Ni siquiera sabían si era martes, miércoles o qué día de la semana. Se daban cuenta de cuando llegaba el domingo porque todos se reunían en el salón a escuchar el breve servicio religioso en el que el capitán leía algún pasaje de la Biblia.

Tardaron mucho en volver a ver tierra. Jorge se puso todo excitado cuando un grupo de peces volantes se elevó del mar y permaneció en el aire un buen rato. Eran unos peces preciosos.



—¿Por qué harán eso? —preguntó Lucy, maravillada.

—Porque les andará persiguiendo algún pez grande hambriento —respondió Jorge—. ¿No saltarías tú fuera del agua e intentarías volar si algún pez enorme te persiguiera, Lucy? ¡Troncho! ¡Ojalá volase a cubierta uno de ellos! ¡Me encantaría ver uno de cerca!

—No podríais convertirle en uno de tus favoritos, a Dios gracias, porque se te moriría en el bolsillo —dijo su hermana—. Parece extraño que no lleves ningún bicho a remolque ahora. Jorge. Y..., ¡cuánto me alegro!

Pero habló demasiado pronto, porque el niño recogió uno dos días más tarde. Habían atracado en Madeira, abandonando la isla y continuando hacia el Marruecos francés. Fue en este último lugar donde Jorge adquirió su nuevo y extraño favorito.

A los niños les gustó Marruecos. Hallaron especialmente agradable los bazares

típicos del país, aun cuando el olor era en ellos tan terrible, que la señora Mannering dijo que sólo podía soportarlo si caminaba con un frasco de sal volátil pegado a la nariz. Los niños pronto se acostumbraron a él, aunque no le sucedió lo propio a «Kiki», a juzgar por la de veces que dijo: «¡Uf! ¡Puh! ¡Gah!».

Dolly probó sus conocimientos de francés hablando con los nativos, y quedó encantada al ver que la comprendían. Compró un broche pequeño y Lucy adquirió un jarrón azul.



—¿No ves nada que te guste a ti? —le preguntó a Jorge.

Éste movió negativamente la cabeza.

—Yo no quiero cosas de ésas. Si viese algo que fuera verdaderamente emocionante..., un puñal antiguo, por ejemplo... o ¡veréis qué! ¡Algo que siempre he querido y que nunca he podido tener!

—¿A qué te refieres? —inquirió Lucy, decidida a comprárselo si lo veía.

—Os reiréis, pero siempre he deseado tener un barco dentro de una botella.

—Yo nunca he visto uno siquiera —dijo Lucy, asombrada—. ¿Un barco dentro de una botella? ¡Qué cosa más extraña! ¿Cómo lo ponen dentro?

—No lo sé —confesó Jorge—. Es una estupidez por mi parte el desearlo, en

realidad... No es más que una de esas ideas que se le meten a uno en la cabeza...

—Estaré al tanto por dondequiera que vayamos, por si veo alguno para comprártelo —prometió Lucy—. ¡Oh, fijaos en «Kiki»! Está aceptando caramelos de esos niños marroquíes. ¡Volverá a ponerse malo!

La señora Mannering insistía en que los niños permaneciesen junto a ella, y no se separaran del grupo procedente del barco. Los cuatro niños hubiesen querido salir de exploración por su cuenta, porque les gustaban los habitantes de aquél país y sus tiendecitas extrañas, oscuras y estrechas.

—De ninguna manera —les repuso la señora cuando intentaron obtener permiso para hacerlo. ¿No oísteis lo que les sucedió al hombre que se sienta a la mesa vecina a la nuestra a bordo? Él y su esposa marcharon solos en un taxi para visitar no sé qué sitio... y el conductor les llevó a una colina desierta y se negó a conducirles de nuevo al barco a menos que le dieran todo el dinero que llevaban encima.

—¡Ay, Señor! —exclamó Lucy, alarmada.

—Llegó con ellos al muelle en el preciso momento en que empezaban a quitar la pasarela —prosiguió la señora Mannering—, conque no tuvieron tiempo de presentar una denuncia. Ahora comprenderéis por qué quiero que no os separéis del grupo. ¡No más aventuras para vosotros si yo puedo evitarlo! ¡Seríais capaces de desaparecer Dios sabe dónde, correr peligros terribles, y hacer que me salieran más canas del disgusto!

—No tiene usted muchas, en realidad —aseguró Lucy—. Aproximadamente, una por cada una de nuestras aventuras nada más. Yo sí que permaneceré a su lado, tía Allie. Tampoco quiero yo aventuras.

Al día siguiente habían de hacer una excursión en automóvil a un lugar famoso del interior; una población antigua, situada al borde del desierto.

—Los coches estarán aquí, en el muelle, a las diez y media —les dijo la señora Mannering—. No dejéis de poneros los sombreros para que no os haga daño el sol. Hará muchísimo calor.

Fue en aquella excursión cuando Jorge adquirió su nuevo favorito. Los coches llegaron a la hora señalada, y todo el mundo subió a bordo, sintiendo un calor enorme. Marcharon a toda velocidad por una carretera arenosa que, durante un buen rato, pareció atravesar lo que tenía aspecto de desnudo desierto. Extrañas chumberas crecían a ambos lados del camino. A Lucy le parecieron feísimas y perversas al ver tanto pincho y unas palas tan enormes, gruesas y abultadas.

Al cabo de dos horas llegaron a la ciudad antigua. Sus arcos y torreones parecieron surgir de pronto de la arena. Unos niños muy morenos y casi desnudos salieron corriendo a su encuentro con las manos tendidas.

—¡Ceeéntimos!, ¡ceeéntimos! —decían.

Y «Kiki» les miró en seguida, diciendo a su vez:

—¡Ceeéntimos!

Se metieron por la estrecha calle de la vieja ciudad y el guía les condujo a un

edificio antiguo cuya historia se puso a contarles. Luego, uno por uno, todos los del grupo fueron subiendo por la pendiente escalera de caracol hasta la parte superior del torreón.

Jorge se detuvo a mitad del camino junto a una gran ventana de piedra. No tenía cristales, claro, y el muro era tan grueso que podía sentarse en el hueco con las piernas extendidas. Se agarró al borde y resbaló hacia delante para poder asomarse. Allá abajo, vio un grupo de niños medio desnudos que hablaban excitados, señalando hacia arriba. Algunos tiraban piedras.

—¿Qué andarán apedreando esos chicos? —se preguntó el niño—. Si se trata de algún ser viviente, ¡capaz soy de darles cabeza con cabeza!

Saltó de donde se hallaba encaramado y bajó, corriendo la escalera. Una piedra que entró volando por una de las ventanas de abajo, le hizo detenerse. Oyó una especie de lloriqueo y vio lo que parecía un montoncito de piel parda en un rincón. Se acercó a él. ¿Qué sería? ¡Clic! Una piedra le pasó rozando. ¡Malditos chicos! Se acercó a la ventana y les miró, ceñudo.

—¡Basta! —gritó—. ¿Me habéis oído? ¡Basta!

Los niños miraron consternados a tan brusco aparecido, y pusieron luego pies en polvorosa. Jorge alargó la mano hacia el montoncito de piel. Asomó una carita mustia, con melancólicos ojos castaños, que cubrieron inmediatamente unas manilas minúsculas.



«Pero..., ¡si es un mono..., un mono pequeño!», pensó Jorge.

Sabía lo mucho que se asustaban aquellos seres tan pequeños, y temió espantarlo más. Había visto ya monos en abundancia por aquella comarca, monos que procuraban mantenerse siempre bien alejados.

Le habló al animalito con lo que Lucy llamaba «su voz especial para los animales». Y el mono se destapó la cara otra vez. Y a continuación, dando un salto, se subió al hombro del niño, acurrucándose tembloroso contra su cuello. Jorge alzó con cautela una mano y le acarició con suma dulzura. Ningún animal había logrado jamás resistir el mágico atractivo de Jorge. Caballos, perros, gatos, reptiles, insectos, pájaros..., todos acudían inmediatamente a él, seguros y confiados. Era el suyo un don que a todos maravillaba y que todos le envidiaban.

Jorge se sentó en el hueco de la ventana y le habló al alicaído y asustado mono. Él respondió parloteando en voz extraña y atiplada. Le miró tímidamente con los ojos castaños que parecían los de una criatura. Los minúsculos deditos morenos se entrelazaron a los del niño. Desde aquel instante, se había convertido en devoto e incondicional esclavo de Jorge.

Cuando los demás bajaron la escalera adelantándose al resto del grupo, quedaron asombrados al ver el mono instalado sobre el hombro del muchacho.

—¡Vaya! ¡Ya sabía yo que tarde o temprano recogería algo! —exclamó Dolly—. ¡Uf! ¡Un monito desagradable, sucio y maloliente, y con toda seguridad, lleno de pulgas!

—Bueno, pues sí que está sucio y que huele mal —respondió Jorge—. Y estoy seguro de que tiene pulgas. Pero no es desagradable. Le han estado apedreando esos chicos de abajo. Tiene heridas las dos patas.

—¡Pobre animalito! —exclamó Lucy, llorando.

Jack le acarició la cabeza al mono, que se aplastó aún más contra Jorge.

—No has de regresar con él al barco —empezó Dolly—. Se lo diré a mamá como lo hagas. No me da la gana tener un mono entre nosotros.

—Irá conmigo —anunció Jorge, con firmeza.

Dolly empezó a enfadarse.

—Entonces se lo diré a mamá, no pasaré por ello. Yo...

—Dolly..., es tan pequeño... y está herido —dijo Lucy, con voz trémula—. No hables así. ¡Es tan poco bondadoso...!

Dolly se puso colorada y volvió la cabeza. Estaba enfadada y le horrorizaba el pensamiento de que les acompañase un mono, pero no quería ir contra los otros. No habló más.

Sólo el propio Jorge hubiera sabido explicar cómo se las arregló para esconder al mono hasta regresar al barco. El hecho es que nadie se dio cuenta de su existencia. Jack y Lucy le ayudaron, colocándose delante de él cada vez que creyeron que alguien podía verle. Dolly no quiso ayudar; pero por lo menos no les delató. Una vez en el camarote, los tres niños examinaron al minúsculo animal.

—Ni siquiera es un mono hecho y derecho —dijo Jorge—. No comprendo cómo han podido apedrear esos chicos a una criatura como ésta. Pero supongo que en todas partes hay gente cruel y poco bondadosa... Después de todo ¡hasta en nuestro propio país hemos visto a niños apedrear a los gatos! Mirad..., tiene magulladas las patas y con algunos cortes; pero no están rotas. Puedo curárselas en poco tiempo. ¡Si querrá dejarme que le lave! Está muy sucio.

El animalito estaba dispuesto a dejarle a Jorge hacer lo que quisiera de él. Los niños se pasaron dos horas lavándole y secándole con cuidado. Jack fue a buscar un cepillo pequeño, que llevaba para las botas, con que cepillarle la piel. El mono le dejó a Jorge que le pusiese yodo en los cortes, sin soltar más que un leve gemido.

—¡Vaya! —dijo el niño por fin—. Ahora estás la mar de guapo. ¿Cómo te llamas?

El mono parloteó algo.

—Suenan como si dijese «Micky-micky-micky» —dijo Lucy.

—Bien. Pues si cree que se llama «Micky», «Micky» se llamará —anunció Jorge—. ¿Qué pensará de él «Kiki»?

—No le tendrá ni pizca de simpatía —aseguró Jack—. Sentirá celos. Menos mal que le dejamos en el camarote de las niñas. Escandalizaría a todo el barco con sus

gritos si nos viese lavar y cepillar a «Micky».

«Kiki» quedó asombrado, en efecto, al ver aquella noche a «Micky» sobre el hombro de Jorge. Se le quedó mirando fijamente. Luego, tal como dijera Jack, soltó un chillido imitando a continuación el silbar de un tren. La señora Mannering asomó la cabeza al camarote, para protestar. Vio al mono de pronto, y dio un paso hacia adelante, preguntándose sorprendida si había visto bien.

—¡Oh, Jorge! ¡No debiste traértelo al barco! ¡Qué cosa más pequeña!

—Mamá, le estaban apedreando unos niños —contestó Jorge.

La madre le miró. Era exactamente lo mismo que hubiese hecho su padre de haber estado vivo. ¿Cómo podía regañarle por algo que llevaba en su sangre?

—Bueno..., no sé si vas a poder tenerle a bordo sin que haya jaleo —dijo, acariciándole la cabeza al mono—. ¿Qué dice de esto Dolly?

—Se enfadó al principio, pero no dijo gran cosa —respondió Lucy—. Creo que aún está en nuestro camarote. Ya se irá acostumbrando a «Micky»..., no tendrá más remedio que aguantarse.

—«Micky-Kiki», «Micky-Kiki», «Micky-Kiki» —exclamó el loro, con voz triunfal, como si acabara de descubrir algo muy ingenioso. Le encantaban las palabras que tenían sonido parecido—. «Micky-Kiki», «Micky-Kiki»...

—Cállate, «Kiki» —le ordenó Jorge—. ¡Qué lástima que se llame «Micky»!..., ahora no habrá quien pueda impedirle a «Kiki» que repita continuamente las dos palabras. Pero sí que es «Micky». No podemos cambiarle el nombre ahora.

Conque «Micky» se llamó, y al cabo de un par de días era amigo de todo el mundo..., sí, ¡hasta de la propia Dolly! Tenía una carita tan rara y tan cómica, que resultaba imposible no quererle en cuanto le miraba a uno con aquellos ojos tan melancólicos.

—Es tan criatura —dijo Lucy—. Y, sin embargo, ¡qué cara tan encogida y sabihonda! Y me gustan esos deditos negros tan monos que tiene..., ¡son exactamente iguales a los nuestros! ¿No te gustan a ti, Dolly?

—La verdad —reconoció Dolly—, no es tan terrible como le creí al principio. No puedo decir que tengo el menor deseo de que se pase el día subiendo a mi hombro, como hace con Jorge..., y estoy segura de que aún tiene pulgas..., pero no está mal.

—No tiene pulgas —contestó Jorge, molesto—. Hazme el favor de no andar repitiendo eso tantas veces.

«Micky» no tardó en animarse y de animalito dulce y confiado, se tornó en un monito parlanchín, alocado y travieso. Saltaba de un lado a otro del camarote con la misma agilidad que una ardilla, y Dolly siempre andaba temiendo que le aterrizara en un hombro. Pero no había peligro. ¡«Micky» era demasiado listo para intentarlo!

A «Kiki» le alarmaban aquellas acrobacias, y cuando se hallaban los dos juntos en el mismo camarote, siempre se volvía de cara al mono, para poderle dar un picotazo si le saltaba encima. Pero «Micky» le dejó en paz, y apenas le hizo caso alguno..., ¡cosa que al loro no le gustó ni pizca! Se acostumbró a llamarle imitando la voz de

Jorge, y, por cierto, lo sabía hacer a la perfección.

—¡«Micky»! ¡«Micky»!

El mono miraba a su alrededor, y, claro, no encontraba a Jorge.

—¡«Micky»! —repetía el loro. Y el mono saltaba por todas partes, buscando al niño.

Entonces «Kiki» soltaba una carcajada, y «Micky» se marchaba asqueado, sentándose en el borde del portillo de espaldas al pájaro, y mirando por el grueso vidrio hacia el mar.

«Kiki» se llevaba siempre la mejor parte, porque no tardó en descubrir que algunos de los ruidos que sabía hacer aterrorizaban al mono. Si ladraba como un perro, el animalito se ponía frenético de miedo. Y quedaba en duda también. Observó al loro atentamente, y se dio cuenta de que no ladraba ningún perro a menos que estuviese «Kiki» en el camarote. Así, ¿era «Kiki» una especie de pájaro-perro?

La siguiente vez que al loro se le ocurrió ladrar, soltó un rugido a continuación. Esto ya fue más de lo que «Micky» podía soportar. Tomó una pastilla de jabón del lavabo y se la tiró al sorprendido «Kiki». Le dio en el pico, casi desalojándole de su percha, y arrancándole un grito de alarma. A la pastilla siguió un cepillo de dientes y luego un vaso. Tenía muy buena puntería, y a los pocos segundos «Kiki» andaba volando por toda la estancia en busca de un sitio en que guarecerse de la salva de proyectiles que le estaba disparando el mono: cepillos, peines, un rollo de película..., ¡todo lo que encontraba a mano! Jorge puso fin a la batalla cuando entró.

—¡«Micky»! ¡Recoge todo eso! —ordenó, muy severo—. ¿Qué te hizo «Kiki» para que perdieras los estribos de esa forma? ¡«Micky» malo!

—¡«Micky» malo, niño malo! —dijo inmediatamente el loro. Y rompió a reír a carcajadas.

«Micky» lo recogió todo humildemente. Luego fue a sentarse en el hombro de Jorge como de costumbre. «Kiki» tuvo celos. Voló al otro hombro del muchacho.



El mono le miró, emitiendo una serie de sonidos. «Kiki» le respondió empleando los mismos sonidos y el mismo tono. «Micky» le miró con asombro, y le contestó, excitado. Jorge escuchó con regocijo.

—No sé si os entenderéis el uno al otro o no —dijo—. Pero más valdría que así fuese. No quiero encontrarme todas las cosas diseminadas por el camarote cada vez que entre. Conque, ¡sed amigos! ¿Me habéis oído, «Kiki» y «Micky»?

—¡Puh! —dijo el loro, en amistosa voz, picándole cariñosamente la oreja.

—¡Puh, puh y requetepuh! —contestó Jorge—. ¡Y hazme el santísimo favor de dejarme la oreja tranquila!

Capítulo V

Llega Luciano

Los niños no tardaron en sentirse a bordo del «Viking Star» como en su propia casa; una casa flotante que contenía todo lo que necesitaban y querían, salvo el campo. Llegaron a conocer todos los recovecos y rincones del buque. Exploraron la sala de máquinas bajo la mirada de Mac, el primer maquinista, y hasta les permitió el piloto subir al puente, gran honor, en verdad. La señora Mannering hizo amistad a bordo con dos o tres personas que le resultaron simpáticas.

Había muy pocos niños en el barco, aparte de Jack y los otros, y eran mucho más jóvenes y tan mimados, que nadie quería tratos con ellos.

—Lástima que no haya niños de vuestra edad —les dijo la señora Mannering a los cuatro—. Estaríais más divertidos.

—¡Oh, no nos interesa nadie más; gracias! —respondió Jorge—. Estamos divinamente solos. Ya tenemos que aguantar a esos niños mimados, que andan siempre metiéndose con «Micky» y queriendo que les hable «Kiki».

—Pero «Kiki» tiene demasiado sentido común —agregó Jack—. Se limita a mirarles y les dice: «¡Calla el pico!», cada vez que los ve.

—¡Qué mala educación! —exclamó la señora—. Espero que le regañarás cuando les habla así a los niños.

—Pues, con franqueza, no —respondió Jack—. No hace más que decir lo que de buena gana les diría yo. ¡Esos mocosos consentidos! El día menos pensado voy a tirar a esa niña tan desagradable de pelo amarillo a la piscina de un empujón. ¡Mira que venirme lloriqueando para que le deje tener a «Kiki»! ¡Tener a «Kiki»! ¿Por quién habrá tomado a «Kiki»? ¿Por una de sus horripilantes muñecas?

—No has de tirar a esa criatura a la piscina —exclamó, horrorizada, la señora Mannering—. Estoy de acuerdo en que necesita unos cuantos cachetes..., pero no es más que una niña pequeña, Jack.

—Es un mosquito humano —repuso Jack—. ¡Cuánto siento no tener una pala matamoscas cuando se me acerca!

—Bueno, todos los chicos van a desembarcar en el primer puerto —dijo Jorge, acariciando a «Micky», que, como de costumbre, se le había subido al hombro.

Hacían una pareja curiosa los dos niños. El uno con un loro en el hombro; el otro, con un mono. Los pasajeros sonreían cada vez que les veían.

—Me alegro de saber que esos niños insoportables no tardarán en dejarnos —dijo Dolly, que no era muy amiga de las criaturas—. Pero supongo que en su lugar embarcarán otros igualmente desagradables.

Se equivocó, sin embargo. Sólo embarcó un niño. Niña, ninguna. Todas las

criaturas mimadas bajaron la pasarela en Nápoles, chillando y quejándose hasta el último instante. Desde luego, formaban una colección bastante antipática. Jack y sus compañeros los vieron marchar con satisfacción y «Kiki» les despidió gritando:

—¡Adiós! ¡Que no vuelva a veros! ¡Adiós! ¡Que no vuelva a veros!

—Jack, eso no lo había dicho nunca antes —dijo la señora Mannering en tono de reproche—. Debes de habérselo enseñado tú ahora.

—«Kiki» no ha hecho más que leerme los pensamientos, tía Allie —rió el niño—. ¡Troncho! ¡Mirad! ¡Ahí viene «Fray Conejo»!

Los niños se echaron a reír al ver subir la pasarela a un niño delgado y larguirucho. Tenía la boca exactamente igual que la de un conejo, desde luego. Le sobresalían los dientes y le retrocedía la barbilla. Tendría aproximadamente la edad de Jack y de Jorge. Llevaba unas gafas grandes, redondas que aumentaban el tamaño de los ojos y les hacían parecer saltones. Adornaba su rostro una sonrisita muy amable al subir a bordo. Daba la sensación de estar muy excitado, y hablaba en una mezcla de inglés y otro idioma extranjero con la señora, de aspecto bastante lánguido, que le seguía, acompañada de un hombre corpulento, cuyos ojos cubrían unas gafas de sol muy oscuras.

—¡Tía, tía!, ¡estamos en marcha por fin! ¡Oh, qué barco más magnífico! Estoy seguro de que no me marearé en él.

Luego prorrumpió en un torrente de palabras ininteligibles que eran, en realidad, un idioma extranjero. «Kiki» ladeó la cabeza al oír lo que a él le sonó a puro caramelo.

Al pasar el niño, le habló en voz natural, largando una serie de sonidos, semejantes a los que le había oído emitir. El niño le miró, asombrado.

—¡Ah, caramba! Un loro que habla. ¡Ah, caramba!

—¡Ah, caramba! —repitió al punto «Kiki»—. ¡Ah, caramba! ¡Ah, caramba!

—Cállate, «Kiki». No seas grosero —le dijo Jack.

«Micky» se inclinó hacia delante sobre el hombro de Jorge y le dirigió a «Kiki» un torrente de rápidos sonidos. El niño le miró con delicia.

—¡Oh, caramba! ¡Y un mono que habla también! ¿Qué está diciendo?

—Dice que cree haberte visto antes en alguna parte, pero que no recuerda dónde, y quiere saber si lo recuerda «Kiki», el loro —respondió Jorge, muy serio.

Lucy rió con regocijo. El niño le miró boquiabierto, y luego rompió a reír, enseñando los enormes dientes.

—¡Ah, me estás tomando el pelo, eh! Pero, escucha..., ¡qué divertido...!, un loro que habla y un mono amaestrado. ¡Qué suerte tienes!

—Andando, Luciano, andando —dijo el hombre corpulento, dando al niño un empujón.

Luciano no caminó, más bien corrió, volviendo al propio tiempo la cabeza para dirigirles a los niños una sonrisa de excusa por tener que dejarles con tanta brusquedad. El hombre le dijo algo molesto a la mujer que le acompañaba, pero como

lo dijo en idioma extranjero, los niños no entendieron una palabra. Adivinaron en seguida, sin embargo, que Luciano no era santo de la devoción de su tío.

—Bueno... si «Consejo» es el único chico que ha de embarcar aquí, supongo que se colgará a nosotros el día entero —observó Jorge—. ¡Qué desecho!

—¡Oh, caramba! —exclamó «Kiki».

Jack soltó un gemido.

—Ahora vamos a tener que aguantarle esa expresión a «Kiki» noche y día. Menos mal que «Micky» no sabe hablar como es debido, si no, jamás conseguiríamos meter una palabra ni de canto.

El buque zarpó de nuevo, surcando aguas más azules que nunca. Resultaba agradable irse a proa y sentir la brisa. A «Kiki» y a «Micky» les gustaba también.

Tal como temieron Jack y Jorge, el otro niño se pegó a ellos siempre que tuvo la ocasión. Los niños sabían siempre cuándo se acercaba, porque «Kiki» les avisaba.

—¡Oh, caramba! —decía.

Y los cuatro exhalaban un suspiro. ¡Luciano otra vez! Llegaba sonriendo agradablemente y se acomodaba a su lado. Les contó su historia en seguida. No tenía padre ni madre. Su padre había sido inglés, pero su madre era griega, conque tenían muchos parientes de dicha nacionalidad. Iba al colegio en Inglaterra, pero se pasaba la mayor parte de sus vacaciones con los parientes. Tenía catorce años, cerca de quince. No le gustaban los juegos ni los deportes. Le encantaba la historia y hubiese querido no llamarse Luciano.

—¿Por qué? —preguntó Dolly.

—Pues porque los niños de mi colegio lo cambian y me llaman Ana Lucía y Luciana —explicó el otro—. Quiero decir..., ¡mira que tener un nombre tan de niña como ése! ¡Imaginaos!

—Ése es también mi nombre —anunció Lucy—. Y me gusta.

—Y es muy bonito —asintió Luciano—. Para ti. Pero, para mí, es terrible. Sobre todo cuando lo acortan y me llaman Lucía.

—¡Lucía la cría! —exclamó inmediatamente «Kiki», encantado con su hallazgo—. ¡Lucía la cría! ¡Oh, caramba!

Todos rompieron a reír a carcajadas, hasta el propio Luciano.

—¡Lucía la cría! ¡Lucía chirimía! ¡Oh, caramba! —cantó el loro.

—¡Oh, caramba! Ese pájaro vuestro es todo un comediante, ¿eh? —dijo Luciano, con admiración—. ¡Troncho! ¡Cuánto me gustaría que me lo prestaseis para llevármelo al colegio! Escucha, ¿le llevas tú al colegio contigo?

—Solía hacerlo —contestó Jack, con sentimiento—. Pero se empeñaba en decirle al maestro que se limpiara los pies y cerrara la puerta, y, cuando se le ocurrió gritarle al rector: «¡No respingues, usa el pañuelo!», bueno..., entonces sí que se acabó.

—¿Te acuerdas de cuando le encerraste en un armario para esconderle en clase... y empezó a hacer ruido de cohetes, siseando, dando chasquidos e imitando explosiones? —inquirió, riendo. Jorge—. Fue después de la noche de San Juan y

recordaba los ruidos.

Luciano escuchó, lleno de admiración y con la boca abierta, como si la empleara para oír al mismo tiempo que los oídos.

—¡Oh, caramba! ¿Y qué ocurrió?

—Pues..., ¡que estallamos nosotros también! —contestó Jorge—. Y a continuación estalló el maestro..., aunque de otra manera, claro está. Tuvimos que mandar a «Kiki» a vivir con uno del pueblo. Le íbamos a ver todos los días, claro, y estaba con nosotros todos los fines de semana y los días de fiesta.

—Y siempre va a todos los partidos del colegio y vitorea al equipo, ¿verdad, Jack? —dijo Lucy.

—Es una maravilla —observó Luciano—. Dejádmelo un momento.

—Ten cuidado..., no quiere nada con extraños —le advirtió Jack.

Pero Luciano estaba intentando ya coger al maravilloso loro. No tardó en soltarle. «Kiki» le dio un picotazo con el curvado pico, y el niño lanzó un alarido. Lucy, asombrada, ¡vio que tenía lágrimas en los ojos! Dio media vuelta y se marchó sin decir una palabra, chupándose un dedo ensangrentado. Los otros se miraron.



—Estaba llorando —exclamó Lucy, estupefacta.

No comprendía que un niño de catorce años pudiese hacer semejante cosa.

—Es un tonto —dijo Jack, intentando calmar a «Kiki» que había erguido con orgullo la cresta y saltaba, furioso, de un pie a otro.

—Tonto —dijo el loro, agarrándose inmediatamente a la palabra—. Tonto, tanto, tinta, ¡oh, caramba!

—Eres un pájaro malo. A la gente no se la picotea así —dijo Jack—. ¡Menudo picotazo ha sido!

—Pico-tazo. Pico-tazo, pico-tazo —remedó «Kiki».

—Sí, eso es lo que tú eres —asintió Jack, riendo—; un picotonto. ¡No empieces, «Micky»! Ya hemos escuchado suficientes groserías de «Kiki».

«Micky» había iniciado uno de sus prolongados castañeteos excitados. Resultaba cómico ver cómo y con qué solemnidad le escuchaba el loro, ladeando la cabeza. Solía responderle muy serio al monito en cuanto éste terminaba su parlamento:

—¡Riqui-liqui-aki, pop-pop-pop!

Y los niños se desternillaban de risa.

—Creo que está hablando su idioma. ¡Ole por «Kiki»! ¡A él no hay quien le deje parado! —dijo Jorge en aquella ocasión—. Me alegro de que le inspire «Micky» sentimientos más amistosos ahora. ¡Es tan simpático!

—Pero se está volviendo demasiado travieso —contestó Dolly, que ya pensaba mejor del mono también—. Se metió en una docena de camarotes ayer, recogió todas las pastillas de jabón de los lavabos, y las puso en uno de los sillones del salón.

—¡Caramba! ¡Se va a llevar un disgusto como continúe así! —dijo Jack.

—Nosotros somos los que nos vamos a llevar el disgusto —intervino Jorge—. Lástima que no podamos enseñarle a «Kiki» a que no pierda de vista a «Micky» ni le deje hacer barbaridades. En la actualidad, lo que hace es animarle. Estoy seguro de que fue «Kiki» quien le dijo que gateara por el mástil hasta la cofa y diera un susto al vigía.

—«Micky» es un monito muy lindo y muy simpático —aseguró Lucy.

Y le hizo cosquillas en la barbilla. El mono la miró con sus ojitos sabihondos y melancólicos. La niña sabía que ahora era feliz, pero estaba siempre preocupada porque el animalito la miraba con tristeza. Jorge le decía que todos los monos tienen la mirada triste; pero ella no le creía más que a medias.

—Ahí suena el batintín llamándonos a comer —anunció Dolly, con alivio—. Tengo tanta hambre, que me parece como si hubiese sonado hoy con una hora de retraso. ¡Vamos allá!

Capítulo VI

La historia del tesoro de Andra

El «Viking Star» se disponía ahora a navegar por entre las islas del mar Egeo. El mar era de un hermoso azul oscuro, y a los niños, al ver surgir las islas de las olas, se les antojaba aquélla la parte más agradable del crucero.

Luciano resultó de gran utilidad entonces, porque conocía muy bien aquellas aguas. Pudo hablarles de las diferentes islas, y contarles emocionantes relatos de los piratas de antaño, de sus presas y de sus tesoros.

—¿Veis la isla a la que nos estamos acercando? —dijo—. Se llama Oupos. Es pequeña, pero tiene un castillo con una de las mazmorras más grandes del mundo. Antiguamente, los marineros hacían prisioneros en el mar, y los llevaban a Oupos a encerrarlos allí. A veces los dejaban en la mazmorra años y años..., hasta que se hacían viejos o morían.



—¡Qué horrible! —exclamó Lucy—. ¿Has estado tú en Oupos?

—Sí, una vez —contestó Luciano—. Y vi los agujeros de las mazmorras también. Por poco me caí por uno de ellos.

—¿Los agujeros de las mazmorras? —murmuró Jorge—. ¿Qué quieres decir con

eso?

—El patio del castillo estaba salpicado de agujeros... profundos, muy profundos —explicó Luciano—. Y cuando desembarcaban a un prisionero en la isla, le arrastraban al patio o plaza de armas y le tiraban por el agujero más cercano. Caía a las profundidades e iba a reunirse con los demás encerrados.

—¡Eso es terrible! —exclamó Jack, horrorizado—. ¿Y no podía volver a salir?

—No. La única salida eran aquellos agujeros verticales. Nadie podía escalarlos.

—Pero, ¿cómo alimentaban a los prisioneros? —preguntó Jorge.

—De una manera muy fácil. Los guardianes se acercaban a los agujeros todos los días y tiraban por ellos las provisiones.

—No sé si creer eso —murmuró Jack.

—Te digo que he estado en la isla y que he visto los agujeros yo —insistió Luciano—. Claro que ahora no se usan las mazmorras... La plaza está toda cubierta de hierba y maleza, y apenas se ven los agujeros. Por eso estuve a punto de caerme yo por uno.

—¿Y hubieses tenido que quedarte ahí hasta ser viejo? —preguntó Lucy.

—Claro que no. Mi tío hubiese buscado una cuerda para sacarme. Sin embargo, es muy probable que me hubiera roto una pierna.

—Cuéntanos más cosas de esas islas —dijo Jack—. ¡Nada me importaría visitar un par de ellas!

—Pues seguramente podríamos si se lo pidiera a mi tío —indicó Luciano.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué tiene que ver tu tío con el asunto? —exclamó Jorge—. Hablas como si fuese dueño de las islas.

—Sí que es amo de unas cuantas —contestó Luciano—. ¿No os lo había dicho? Es una especie de manía que tiene. Compra ésta y la otra, las explora a conciencia, y luego a lo mejor se cansa de ellas y vuelve a venderlas.

Los cuatro niños miraron a Luciano para ver si decía la verdad. Les parecía extraordinario a ellos que hubiese quien comprara y vendiera islas como si se tratase de pasteles o cosas por el estilo.

—Pero, ¿por qué lo hace? —inquirió Jack—. Quiero decir..., ¿le interesan las cosas antiguas? ¿Anda buscando antigüedades por algo?

—Le interesa mucho la historia —contestó Luciano—. Sí, y las cosas antiguas en general. Deberiais ver su casa en Atenas. Tiene la colección más maravillosa de reliquias de estas islas. Y las quiere con locura.

Los niños pensaron en el tío de Luciano. No podían distinguir si estaba loco o no. A ellos les parecía una persona mayor corriente, de bastante mal genio, difícil de analizar porque siempre llevaba gafas oscuras y no podían verle los ojos.

—No se sabe nunca lo que piensa la gente cuando no se le pueden ver los ojos —decía Lucy.

—Supongo que yo heredé de mi tío la afición por la historia —dijo Luciano—. Siempre soy el primero en esa asignatura. Y el último en todo lo demás, claro. Y odio

los deportes.

—Sí, eso ya nos lo has dicho antes —repuso Jack.

—Pero sólo unas quince veces —intervino Dolly.

—¡Oh, caramba! Lo siento, perdonad. Es que ¡los odio tanto!

—Dieciséis veces —anunció Lucy.

—Ana-Lucía-pazguatería —observó «Kiki».

Cosa que les pareció muy oportuna a los niños. Se miraron sonriendo. Luciano era un pazguato, en efecto, un cabeza de chorlito, un papanatas y un cándido; pero era completamente inofensivo y les proporcionaba cierta diversión.

—Volvamos a la cuestión de tu tío —dijo Jack—. ¿Dices, en serio, que es propietario de algunas de estas islas tan emocionantes?

—Claro. Oupos no es suya ahora; pero es dueño de la que pronto pasaremos. Una que se llama Helios. Casi ha terminado con ella ya, sin embargo. Mandó a sus hombres allí a cavar y a explorar; pero no encontraron gran cosa.

—¿Qué encontraron? —inquirió Lucy, con interés.

—Deja que piense... tres magníficos jarrones; pero eso es todo. Estaban cascados, naturalmente..., casi siempre lo están, me parece a mí. Encontró un par de puñales también; creo que eran muy antiguos. Y cantidad de porquería..., pedazos de vajilla rota, trozos de joyas y adornos que no valían nada... Ah, sí: también descubrió una oca tallada. Me la dio a mí.

—Oca loca —dijo «Kiki», que parecía estar escuchando con atención todo lo que decía el niño.

—Cállate, «Kiki». No interrumpas —ordenó su amo—. Sigue, Lucía..., Luciano, quiero decir.

—¡Oh, caramba! ¡No empieces tú ahora a llamarme eso, Jack! —exclamó el niño, sintiéndose ofendido.

—No seas tonto. Sigue contando —le contestó Jack.

Luciano le hacía perder la paciencia siempre que se daba por ofendido, cosa que sucedía con alguna frecuencia.

—¿Conoces más cuentos o historias de las islas? —preguntó Lucy, viendo que Luciano aún parecía disgustado.

—Pues verás..., hay la historia de los barcos del tesoro de Andra —contestó el niño—. Se dice que todo lo que se cuenta de eso es verdad. Se la he oído narrar a mi tío más de una vez.

—Anda, cuéntanosla —le instó Jorge, rascándole el lomo a «Micky», que se le había quedado dormido en brazos.

—Sucedió hace centenares de años —empezó Luciano—. No recuerdo la fecha exacta. Vivía un rey llamado Panlostes que tenía su reino en una de estas islas..., una de las grandes. Supongo que ya sabréis que la mayoría de ellas tenían rey propio. Bueno, pues, Panlostes tenía un hijo.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Lucy.

—No lo sé. Sea como fuere, el hijo sufrió un accidente de pequeño, y perdió un ojo y se hizo daño en un pie y por ése cojeaba. Quería casarse con la hija de un rey del territorio continental de Grecia..., una muchacha que se llamaba Andra.

—Pero supongo que ella no quiso aceptarle porque era tuerto y cojo —intercaló Jack—. Y porque había otro a quien quería y con el que deseaba casarse.

—Bueno, pues si ya conocéis la historia... —empezó Luciano, medio molesto.

—No la conozco. ¡Pero sí muchas otras que se le parecen! Continúa.

—El padre de Andra dijo que la muchacha se casaría con el príncipe tuerto si el rey Panlostes le mandaba oro, armas y tesoros por valor de la mitad de su reino. Conque el rey unió una flota y cargó los barcos de riquezas de todas clases. Y una mañana zarparon para el continente.

Lucy clavó la mirada en el mar azul oscuro, imaginándose lo surcado por una flota de barcos pequeños, hinchidas las velas, y abarrotadas las bodegas de ricos tesoros. Oyó las voces de mando, el chirriar de las planchas de madera, los chasquidos y latigazos de las velas sacudidas por el viento.

Luciano se paró a respirar profundamente y luego prosiguió:

—Bueno, pues Andra mandó aviso al hombre con quien ella quería casarse, habiéndole de los barcos. Y él reunió otros barcos por su cuenta, y salió a interceptar a la flota que transportaba el tesoro.

—¿La encontró? —quiso saber Lucy.

—Sí. Pero cuando la atacó, y acabó derrotándola..., ¡no encontró tesoro alguno en los barcos!

—¡Cielos! ¿Adónde había ido a parar? —exclamó Dolly—. ¿Lo habían tirado al mar o algo así?

—No. El capitán de la flota jamás había tenido la intención de entregar el tesoro. Lo trasladó a una isla y lo escondió en lugar seguro, pensando volver a recogerlo más adelante. Su propósito era decirles a los dos reyes que le habían asaltado y desvalijado por el camino.

—Y sí que le asaltaron. Pero, ¡había ocultado ya el tesoro! —exclamó Jack—. ¿Qué ocurrió luego?

—El capitán murió en la lucha, y la mitad de la tripulación también. Los demás huyeron en sus barcos, dispersándose a los cuatro vientos. Se buscó el tesoro escondido, pero no pudo encontrarse.

—¡Troncho! ¿No se volvió a saber nunca nada de él? —preguntó Jorge.

—Oh, sí. Algunos de los hombres creían recordar dónde estaba la isla en la que habían desembarcado el tesoro una noche. Formaron una expedición en secreto, y fueron a buscarlo. Acabaron regañando y lucharon entre sí. Y a fin de cuentas no quedaron más que dos o tres con vida. Uno de ellos había trazado un mapa.

—¿Un mapa de la isla? ¿Se encontró alguna vez? —preguntó Dolly, excitada.

—Sí. Años más tarde. Llegó a manos de un mercader griego Dios sabe cómo, y éste lo estudió hasta lograr entenderlo. Llegó a la conclusión de que sólo podía

referirse a una entre cinco islas determinadas del mar Egeo... y hay islas a montones en este mar, como sabéis. Conque empezó a explorarlas una por una.

—¿Encontró lo que buscaba? —preguntó Lucy, con los ojos muy brillantes—. A mí me parece una historia preciosa.

—Sí..., dicen que dio con la isla... y que descubrió dónde estaba el tesoro también. Pero antes de que pudiera hacer nada de él, murió.

Hubo un silencio de desilusión.

—Pero, entonces, ¿quién se quedó con el tesoro? —inquirió Jack.

—Nadie —le respondió Luciano—. El viejo mercader no se lo dijo nunca a nadie. Pero se asegura que en alguna parte hay una copia del mapa y del plano que hizo él. ¡Dios sabe dónde! Los escondió antes de morir. O así dice la gente, por lo menos. Vivió hace cosa de cien años.

—¡Qué historia más emocionante! —dijo Dolly—. ¡Ojalá pudiésemos encontrar nosotros el mapa! ¿Dónde vivía el viejo? ¿No estará escondido el mapa en la casa que ocupó?

—Seguramente la habrán registrado ya desde los sótanos hasta el tejado —contestó Luciano—. Sé la isla en que vivía. Llegaremos a ella dentro de veinticuatro horas. Se llama Amulis.

—¡Oh! ¿Y vamos a desembarcar en ella? —preguntó Lucy—. ¡Me gustaría!

—Sí. Generalmente hacemos escala en ella —repuso el niño—. Es una isla bastante grande, con ciudades y pueblos, y algunas tiendas buenas que venden antigüedades y todo eso. Los turistas desembarcan con frecuencia en grupos y van a comprar cosas.

—¡Iremos juntos! —dijo Dolly—. Yo quiero comprar algunas cosas... no tengo ni con mucho las suficientes. ¡Acompáñanos tú, Luciano, que serás una gran ayuda!

Capítulo VII

Luciano es una gran ayuda

La señora Mannering se alegró de saber que el barco iba a hacer escala en la romántica isla de Amulis. Ella, al igual que los niños, se había dejado fascinar por las brumosas islitas que surgían, purpúreas, de las azules aguas. Había estado buceando en la historia de Grecia y le parecía como si el mar Egeo perteneciese al pasado y no al presente.

Los niños le pidieron prestados los libros de historia y los leyeron también. ¡Cuan viejas eran aquellas islas y qué historias tenían! Lucy se sentía cautivada por su embrujo. Se pasaba el día entero contemplándolas desde la borda.

—¿Por qué hay tantas? —quiso saber—. ¿Cómo se llama una colección de tantas islas? Es un nombre largo, ya losé.

—Archipiélago —repuso la señora Mannering—. ¿Sabes, Lucy?, se dice que en otros tiempos todas estas islas estaban unidas, formando una sola pieza con el continente. Luego sucedió algo, y el mar se precipitó en lo que hoy es la cuenca del Mediterráneo y la llenó y cubrió gran parte de esa tierra. Sólo quedaron las partes más altas... las colinas y las montañas... que asoman por encima del agua como islas... ¡las islas Egeas, por entre las que navegamos!

—¡Ay, Señor!

La fogosa imaginación de Lucy le hizo ver, de pronto, una gran masa de agua que avanzaba, implacable, por la tierra en que se alzaban ciudades y pueblos, tragándoselos uno por uno, ahogándoles y dejando por fin asomar tan sólo las partes más altas por encima de la superficie.

—¡Oh, tía Allie! ¿Quiere usted decir que, muy por debajo de nosotros, en el lecho del océano, existen las ruinas de ciudades? ¿Sucedió eso hace mucho tiempo?

—Millares y millares de años ha —repuso la señora Mannering—. No debe quedar ni rastro de ellas ya. Pero explica la presencia de millares de islas en este mar. Me alegro de que vayamos a visitar una de ellas.

—No tiene usted miedo de que vayamos a meternos en alguna aventura emocionante ahora, ¿verdad? —dijo Lucy con cierta malicia—. ¿Usted cree que puede visitarse con seguridad esa islita tan romántica?

—Con seguridad completa —rió la señora—. En primer lugar, estaré yo con vosotros, y eso es ya una garantía.

—Le hemos pedido a Luciano que nos acompañe también —dijo Dolly—. Ya sé que es un poco papanatas; pero conoce de verdad estas islas, mamá. Nos ha contado un montón de cosas de ellas. Su tío es propietario de varias de ellas.

—Sí; eso he oído decir —anunció la madre—. He hablado con su esposa... es

una señora muy simpática. La verdad es que a mí no me haría mucha gracia un marido que se dedicara exclusivamente a comprar islas, excavarlas con frenesí unos meses, y venderlas luego para hacer lo propio con otras. Yo creo que tiene algún tornillo suelto. Sin embargo, sí que parece haber hecho algunos descubrimientos interesantes... ¡descubrimientos que le han hecho rico!

El «Viking Star» entró en un puerto pequeño al día siguiente. Los niños estaban asomados a la borda y se sorprendieron cuando el buque se detuvo y ancló donde se encontraba, sin acercarse al desembarcadero.

—No podemos acercarnos más. El desembarcadero no nos sirve. Somos demasiado grandes para poder emplearlo —les explicó uno de los oficiales—. Iréis a tierra en una canoa.

En efecto, una canoa se acercó al barco, y una veintena de pasajeros descendieron a ella. Entre ellos figuraban los cuatro niños, claro, y Luciano y la señora Mannering. La familia de Luciano no les acompañó. Conocían tan bien Amulis que no experimentaban el menor deseo de visitarla. Pero para los niños aquello resultaba muy emocionante en verdad. La canoa se dirigió al desembarcadero, donde todos saltaron a tierra. Luciano se encontraba en la isla como en su propia casa, porque la había visitado ya con anterioridad en compañía de su tío.

—Vosotros venid conmigo —dijo—. Yo puedo enseñaros todas las cosas de interés. Y puedo hablar con la gente también y regatear por cuenta vuestra si queréis comprar algo.

Luciano resultó, en verdad, muy útil. Apartó a los niños sucios que se apiñaron a su alrededor pidiendo dinero, y soltó un torrente tan feroz de palabras de sonido extraño, que hasta el propio «Kiki» se sintió impresionado. Conocía las calles y sabía explicar las cosas bien.

—Aquí está el mercado. La gente de las colinas trae su mercancía aquí... miradla en los puestos... luego se gasta el dinero que obtiene por ella en las tiendas de la ciudad. O se va al cine.

Los habitantes de la isla eran de aspecto pintoresco, pero muy sucios. Llevaban sombreros muy grandes para protegerse contra el sol, y una colección de prendas blancas que hubieran podido ser cualquier cosa, pero que les iban muy bien. Los niños eran hermosos, pensó Lucy, con sus ojos negros, los rostros bien torneados y el cabello espeso y rizado.

Luciano les llevó a un castillo antiguo en ruinas, pero los niños se desilusionaron porque no se veían mazmorras en él. A las niñas les asombró que viviera gente, al parecer, en varias partes del castillo, junto con cabras y gallinas.

—No son más que pobres campesinos —explicó Luciano—. No tienen ningún otro sitio en que alojarse. Tierra adentro, si tuviera tiempo de llevaros, veríais a gente que vive en cuevas de las laderas de la montaña. Eso lo solían hacer también hace miles de años. Es raro pensar que esas cavernas han albergado a gente siglo tras siglo.

—¿Va esa gente de las cavernas al cine de la población? —preguntó Dolly.

—Claro que sí. Y le encanta, aunque son incapaces de leer los títulos. Ninguno de entre ellos sabe leer ni escribir. En realidad, viven en dos mundos: el de tiempos remotos, en que la gente usaba las cuevas como refugio y lograba ir tirando con el producto de las cabras, las gallinas y las ocas, y el de hoy, en que hay automóviles, cinematógrafos y todo eso.

—Extraña mezcla —observó Jack—. ¡Yo no sabría ni dónde estaba!

—Oh, ellos ya saben perfectamente en qué siglo viven.

Y se detuvo a gritarle iracundo a una criatura que intentaba arrancarle, cautelosamente, a Lucy una cinta que llevaba en el vestido. «Kiki» se puso a gritar excitado también, y «Micky» empezó a danzar sobre el hombro de Jorge, castañeteando con el pico. La criatura huyó aterrada. A Lucy le inspiró la mar de compasión.

Luciano les llevó a los establecimientos. Algunos eran tiendecillas indígenas, pequeñas, oscuras y llenas de mercancías extrañas. Una de ellas, que estaba atestada de antigüedades para atraer a los forasteros, era grande.

—Podéis entrar aquí si queréis echar una mirada y comprar algo —dijo Luciano—. ¡Ah, caramba! ¿Adónde ha ido «Micky»?

—A hacer un poco de ejercicio en el toldo de la tienda —contestó Jorge.

Resultaba divertido ver brincar a «Micky» con frecuencia del hombro del niño y agarrarse a toda clase de cosas cercanas, corriendo de aquí para allá, y saltando luego por el aire en dirección a otro lugar elevado, sin caerse nunca ni fallarle la puntería ni la mano. En aquel momento estaba galopando sobre el toldo, corriendo de lado a lado. De cuando en cuando se detenía para dar un brinco y asir el alféizar de una ventana, y luego volvía a dejarse caer para continuar su galope. Pero cuando vio que Jorge iba a entrar en la tienda se arrojó del toldo y dando un salto volante aterrizó sobre el hombro del muchacho.

—No puedo deshacerme de ti, ¿eh? —dijo Jorge—. Eres como una moneda falsa, ¡no haces más que volver al punto de partida! ¡Y cuidado que me das calor en el cuello!

El establecimiento fascinó a los niños. No tenían la menor idea de cuáles eran las cosas antiguas y cuáles no. Luciano, con los conocimientos que había adquirido de su tío, señaló unas cuantas piezas que eran antiguas de verdad; pero éstas resultaron demasiado caras para que pudieran comprarlas. Lucy contempló su dinero, y le preguntó al niño si había alguna cosa que estuviese a su alcance.

Luciano lo contó. Eran monedas griegas, y la niña no tenía la menor idea de su valor.

—Sí; podrías comprar una o dos cosas —dijo—. Esta piedra azul tallada, por ejemplo.

—No, eso no lo quiero —contestó la niña—. Lo que deseo comprar en realidad es algo para Jorge. Va a ser su cumpleaños muy pronto. ¿Hay aquí alguna cosa que pudiera gustarle a él? No dejes que la vea... quiero guardarla para el día de su

cumpleaños.

—¿Qué te parece este barquito tallado? —inquirió el niño, enseñándole un barco en miniatura, exactamente igual que los que había anclados en el puerto—. No es antiguo, claro. El ver aquel barco le recordó a Lucy otra cosa.

—¡Ah!, ¡ya lo sé lo que me gustaría comprarle, Luciano! Acabo de pensarlo. Algo que tiene muchas ganas de poseer.

—¿De qué se trata?

—Quiere un barco dentro de una botella. Ya sé que es una cosa rara que pedir, pero Jorge dice que siempre ha deseado tener un barco metido dentro de un frasco.

—No creo haber visto nunca uno aquí —dijo Luciano—. No es la clase de cosa que venden. Aguarda un poco. Le preguntaré al individuo que está en la pared. Él lo sabrá.

Se metió por entre las pilas de extrañas mercancías y desapareció tras un biombo. Se le oyó hablar con alguien. Salió de nuevo al cabo de unos instantes.

—No; no venden cosas como ésas aquí —dijo—. Pero me asegura que sabe dónde hay uno, aunque está bastante sucio y cree que está rajada la botella.

—¿Dónde está? Podría limpiarla si no está demasiado rota.

—Dice que la vio sabré un estante en la casa de un pescador, no muy lejos de aquí. Te llevar a ella si quieres. ¿Le importaría a la señora Mannering?

La señora Mannering se hallaba con el grupo de personas procedentes del buque, pero no perdía de vista a Luciano y sus compañeros. A Lucy le pareció conveniente ir a pedir permiso. Salieron de la tienda y hallaron a la señora y al resto del grupo sentados en un patio curioso, bebiendo una bebida indígena fresca, a la sombra de un árbol enorme.

—Tía Allie... le quiero regalar a Jorge un barco dentro de una botella para su cumpleaños, y me han hablado de uno. Luciano dice que me acompañará a buscarlo. ¿Puedo ir?

—preguntó la niña.

—Sí, pero no tardes, Luciano —contestó la señora—. No estará eso muy lejos, ¿verdad?

—Oh, no... está aquí, detrás del mercado —contestó el niño. Y marchó acompañado de Lucy.

Atravesaron el ruidoso mercado, tropezando con gallinas por todas partes y metiéndose en el camino de un rebaño de cabras. Llegaron a una pared muy alta, sin hueco alguno, y pasaron al otro lado dando la vuelta. Por aquel otro lado había una especie de patio en declive y, a su alrededor, varias cabañas muy pintorescas, de piedra. Luciano se acercó a una de ellas y gritó por la abierta puerta. Le respondió una voz cascada.

—¿Quieres entrar? —le preguntó el niño a Lucy—. Se me figura que apestará un poco dentro.

Lucy no tenía ganas de entrar en realidad, pero pensó que resultaría un poco

grosero negarse, conque pasó por encima de la gallina que había sentada en el escalón y entró en una habitación pequeña y oscura que, en efecto, tenía un fuerte olor a ropa sucia, humo y cocina que molestaba para respirar.

—Ahí está el barco en una botella. Mira —dijo Luciano. Y señaló la repisa de piedra que había en el fondo del cuarto. Sobre ella se veían un puchero roto, un hueso y ¡la botella! Lucy la escudriñó para ver si había un barco dentro. Estaba tan sucia, que le resultaba imposible ver a través del vidrio.

Luciano le dijo algo a la vieja que ocupaba un taburete, y tomó la botella y la llevó a la puerta. La limpió con su pañuelo y la alzó para que la viese la niña.

—Ahí tienes. Ahora se ve, aunque a duras penas, el barco. Tendríamos que lavar la botella con agua y jabón para quitar la porquería. No está mal el barco. Lo han tallado muy bien. Y yo creo que a Jorge le gustará si de veras tiene ganas de tener uno... aunque no comprendo por qué ha de tener ganas nadie de poseer un barco dentro de una botella.

—Oh, yo sí que lo comprendo —aseguró la niña—. He anhelado muchas veces tener cosas así... completamente inútiles, ¿comprendes?, pero bonitas y raras. Recuerdo que una amiga mía tuvo una vez una bola de cristal, y dentro de ella había un hombrecillo de nieve... y, cuando se sacudía la bola, subía la mar de nieve dentro de la bola hasta la parte de arriba, y luego caía sobre el hombre de nieve. A mí me encantaba. Conque sé por qué quiere Jorge esta botella.

—Bueno, ¿quieres que le pregunte a la vieja si quiere venderla? La botella está sucia y cascada; aunque no vale gran cosa.

—Sí, pregúntaselo. Ya sabes el dinero que tengo. Puedo gastarlo todo.

Luciano volvió a entrar en la cabaña con la botella, y por poco dio de narices contra el suelo al tropezar con dos cluecas que se metieron delante. Lucy, sintiéndose incapaz de soportar nuevamente el hedor, se quedó fuera, y oyó desde allá la ruidosa discusión que sostenían dentro y de la cual no entendió una palabra. Por fin volvió a salir Luciano con gesto triunfal. Llevaba una botella en la mano.



—Bueno, aquí tienes. He gastado la mitad de tu dinero. La vieja tenía muchas ganas de coger ese dinero; pero dijo que no sabía lo que iba a pensar su abuelo si se enteraba de que había vendido un barco que llevaba en la botella y en la familia años y años. Sin embargo, como su abuelo debe haber muerto hace tiempo, no creo que le importe gran cosa. Toma.

—Oh, gracias, Luciano —dijo Lucy, agradecida—. Buscaré un trozo de papel y lo envolveré. Dios quiera que le guste a Jorge. Es un regalo emocionante, ¿verdad?

Pero, ¡iba a ser mucho, mucho más emocionante de lo que Lucy se hubiera jamás imaginado!

Capítulo VIII

El barco dentro de la botella

Lucy consiguió obtener un trozo de papel y envolver la botella antes de que Jorge la viese. Los demás mostraron gran curiosidad por saber lo que había comprado; pero ella se negó a decírselo.

—¡Es algo frágil, porque si no, no lo llevarías con tanto cuidado! —dijo Jack.

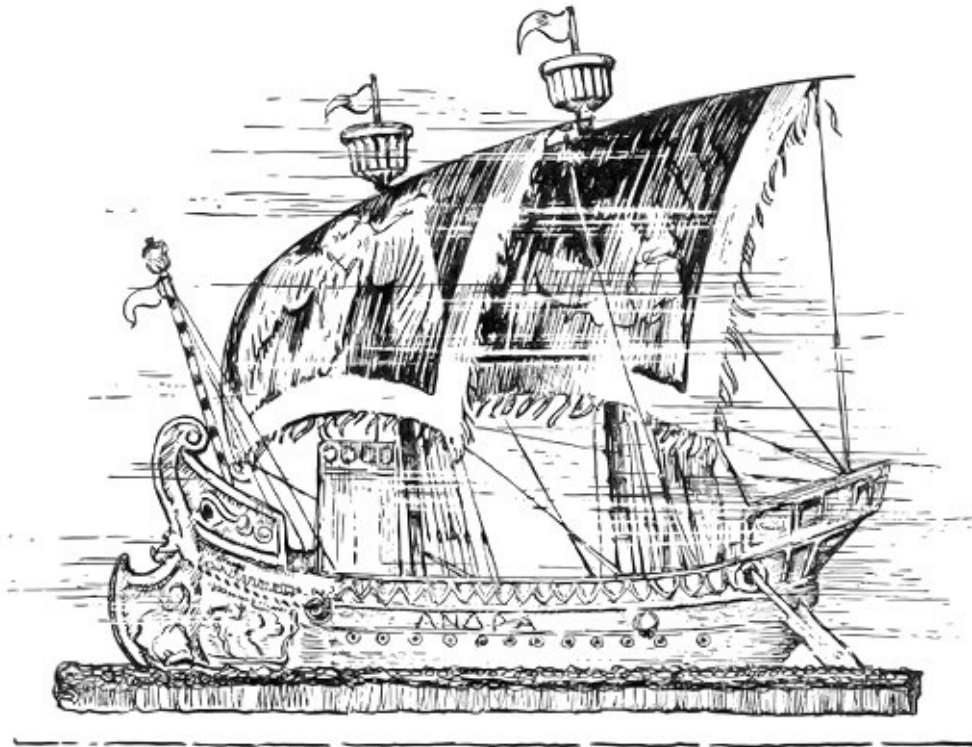
Cuando regresaron al buque, desenvolvió la botella una vez se hallaron ella y Dolly en su camarote, y se la enseñó a su amiga.

—¡Qué cosa más sucia! —exclamó Dolly—. ¿Qué es? ¡No me digas que te has gastado el dinero en eso!

—La mitad del que llevaba —respondió Lucy—. Es para el cumpleaños de Jorge. Me dijo que quería una cosa así. Se trata de un barco dentro de una botella.

—¿De veras? ¡Troncho! ¡Pues es verdad! —dijo Dolly con interés ahora—. Limpiémosla para poder verlo bien. ¡Qué grande es!

Untaron un trozo de franela con jabón y se pusieron a limpiar la botella. Una vez limpio el vidrio, pudo verse claramente la nave que contenía. Era muy hermosa, grande, primorosamente tallada y con velas muy bien hechas. En contraste con el recipiente, estaba limpia y libre de polvo. Los colores con que la habían pintado seguían brillantes.



—¡Míralo! —exclamó Lucy, encantada—. Debe ser el modelo de uno de los

barcos griegos antiguos. ¿Cómo lo meterían en la botella, Dolly? El gollete pequeño y estrecho...; no podrían meter este barquito tan lindo por él. Resultaría imposible.

—No puedo imaginarme cómo habrá entrado en la botella —contestó Dolly, extrañada también—. Pero está dentro; conque de alguna manera se habrá logrado. ¡Lo contento que se pondrá Jorge! Hasta a mí me gusta, si quieres que te diga la verdad.

—A mí también. Es magnífico —asintió Lucy.

Lo puso sobre un estante. La botella tenía un lado plano sobre qué sostenerse. La nave parecía estar navegando por el interior, con todo el velamen desplegado.

—¿Cómo se llama la embarcación? —inquirió Dolly, escudriñándola—: No consigo leerlo. ¿Y tú? Las letras no son como las nuestras. Deben ser griegas.

El barco le fue entregado a Jorge dos días más tarde, al cumplir años el niño. Le emocionó. Lucy se puso muy contenta al ver el buen efecto que producía.

—Pero, ¿de dónde lo sacaste? ¡Si es el más bonito que he visto en mi vida! —exclamó Jorge—. Le da ciento y raya a todos los demás. Está maravillosamente hecho. ¿Cuántos años tendrá? Y me alegro de que además sea tan grandea. La mayor parte de los barcos que yo he visto dentro de botellas son más pequeños que éste.

«Micky» y «Kiki» se acercaron a admirar la embarcación. «Micky» la vio a través del vidrio, e intentó cogerla. Y se quedó perplejo al resbalarle la mano por el cristal.

—Felices Pascuas —le dijo el loro al niño repetidas veces.

Le habían enseñado a decir «Muchas felicidades», pero siempre se hacía un lío y confundía una felicitación con otra.

—Gracias, «Kiki» —le contestó Jorge—. Yo te deseo a ti un próspero Año Nuevo.

—Oh, no lo hagas más lío —intervino Dolly—. Vamos a enseñarle el barco a mamá. Subieron a cubierta y encontraron a la señora Mannering. Estaba sentada en una gandula al lado de la tía de Luciano, cosa que le resultaba a ratos desagradable, porque no hacía ni pizca de gracia a su tío.

—Fíjate, mamá... mira lo que me ha regalado Lucy para mi cumpleaños... algo que siempre he deseado —dijo Jorge.

La señora lo admiró, entregándoselo después a los tíos de Luciano para que lo viesan. El señor Eppy lo examinó cuidadosamente. Parecía extrañado.

—El barco es antiguo —dijo—, muy antiguo. Pero la botella es relativamente reciente, claro.

Pero el barco que hay dentro es muchísimo más viejo... ¡casi una antigüedad! Es muy interesante.

—Lleva un nombre tallado en letras muy pequeñas —dijo Lucy—. Yo no puedo leerlo. ¿Puede usted, señor Eppy?

Lo miró él atentamente y lo deletreó luego.

—Sí... «A-n-d-r-a»... ¡Extraño nombre para una nave! En mi vida he oído de

ninguna que se llamara así en griego.

—He oído ese nombre antes —anunció Lucy, intentando hacer memoria—. Ah, sí..., ¿no era ese nombre de la muchacha en ese cuento tan bonito de tesoros que nos contó Luciano... el de la princesa que no quería casarse con el tuerto? Bueno, pues nosotros damos con frecuencia a nuestros barcos el nombre de una muchacha o de una mujer... Fíjese en nuestros transatlánticos: el «Queen Mary» (Reina María) y el «Queen Elizabeth» (Reina Isabel). No veo yo por qué no había de llevar un barco griego el nombre de una princesa también.

El señor Eppy no la estaba escuchando. No le interesaba ninguno de los niños, ni siquiera su propio sobrino Luciano. Bostezó y se arrellanó en el asiento para ponerse a dormir. La señora Mannering indicó a los muchachos con un gesto que podían marcharse. «Micky» y «Kiki» resultaban un poco latosos cuando alguien quería dormir. Los gritos del loro y el castañeteo y las gracias del mono no les hacían tanta gracia a las personas mayores como a los niños.

Se llevaron la botella con el barco al camarote otra vez y ahora al de los niños. Jorge decidió colocarlo en el estante que había frente a su cama, para poder verlo. Estaba verdaderamente encantado del regalo. Era raro, extraño y muy bello, y siempre había deseado tener algo así. Ahora lo tenía.

—Ten cuidado de que el mono no lo toque —le advirtió Jack—. Le llamó mucho la atención el barco. No hace más que intentar tocarlo a través del vidrio, y se enfada porque no puede conseguirlo.

El «Viking Star» navegó de isla en isla. El tiempo no parecía existir, y ninguno de los niños tenía la menor idea del día en que se encontraban. Se les antojaba que vivían un sueño agradable en el que, afortunadamente, la comida era real y sabía muy bien. Es más; como aseguraba Jack, de no haber sabido tan de verdad la comida, hubiese quedado convencido de que soñaba. Hasta que, de pronto, estalló entre «Micky» y «Kiki» una riña que pulverizó el sueño de una manera muy rara y dio desde aquel momento en adelante una realidad y seriedad a las cosas que jamás se hubiese esperado.

Sucedió un atardecer. Los niños habían subido a cubierta a jugar al tenis con las muchachas, dejando, por una vez, al loro y al mono solos en su camarote, «Micky» era un verdadero latoso cuando jugaban, porque se empeñaba en lanzarse tras la anilla de goma que hacía veces de pelota y, si conseguía apoderarse de ella, se subía al palo más cercano, desde el que les contemplaba castañeteando con regocijo. Conque le habían relegado al camarote aquella tarde, dándole por compañero a «Kiki». El loro estaba enfadado. No le gustaba que le dejasen atrás. Se posó en el portillo, con una cara muy larga, emitiendo una especie de gemido horrible que angustiaba al mono una barbaridad. «Micky» fue a sentarse a su lado, mirándole interrogador. Alargó, compasivo, una mano para acariciarle las plumas a su amigo. Éste gruñó como un perro, y «Micky» retrocedió al estante, donde se sentó, desconcertado y triste. Probó nuevamente consolar a «Kiki». Se acercó a él con el

cepillo de dientes de Jack, e intentó cepillarle con él las plumas, haciendo ruiditos de regocijo. «Kiki» le dio la espalda y acabó por meterse la cabeza debajo del ala, cosa que siempre extrañaba y asustaba a «Micky». No le gustaba que no tuviese cabeza. Empezó a buscársela cautelosamente, separando con cuidado y dulzura las plumas. ¿Adónde había ido a parar? «Kiki» habló desde el fondo del plumaje:

—¡Pazguato, pazguato, pazguato, oh, caramba! ¡Grrr! ¡Limpia la puerta y ciérrate los pies! ¡Dios salve al Rey!

«Micky» le dejó, con desesperación. Aguardaría a que le creciese la cabeza de nuevo y volvería a ser el alegre loro que estaba acostumbrado a ver. Volvió a dejar el cepillo de dientes en el vaso, y contempló la vecina esponja. La tomó y chupó parte de la humedad. Se limpió luego la cara con ella, como le había visto hacer a Jorge. Luego se cansó de eso, y saltó al estante otra vez. ¿Qué podía hacer? Miró al estante. Allí estaba la botella con el barco. Acercó cautelosamente la mano. ¿Por qué no podía tocar lo que había dentro? ¿Por qué no podía sacarlo y jugar con ello? Ladeó la cabeza y estudió el barco. Tomó la botella y la acunó como si fuera una muñeca, arrullándola en lenguaje mono.

«Kiki» sacó la cabeza de debajo del ala y le miró. Cuando le vio acunar la botella, le entraron celos y se enfadó.

—¡Cierra la puerta, cierra la puerta, niño travieso! —regañó—. ¿Dónde tienes el pañuelo, piii, suena el pito?

«Micky» no comprendió una palabra y lo mismo hubiese dado aunque la hubiera comprendido. Sacudió con fuerza la botella. «Kiki» irguió la cresta y volvió a regañar:

—¡Malo, malo! ¡Niño travieso! ¡Pop-pop-pop!

«Micky» le respondió con su castañeteo, y se negó a soltar el frasco. «Kiki» voló al estante y le propinó al sorprendido animal un fuerte picotazo. El mono soltó un alarido de dolor, y arrojó lejos la botella, cogiéndose el brazo ensangrentado. La botella dio con violencia en el suelo y se rompió. La sacudida desalojó al barco de su base, haciéndole caer de costado. «Micky» lo vio y bajó de un brinco. ¡Allí estaba por fin lo que había contenido la botella! Lo recogió y se metió debajo de la cama.

«Kiki» se llevó una fuerte sacudida también al oír caer la botella y romperse. Sabía que aquello era malo, imitó a una segadora y luego guardó silencio. ¿Qué diría Jorge?

Cinco minutos más tarde los dos niños bajaron al camarote a lavarse y cambiarse de ropa para ir al comedor. Lo primero que vieron fue la botella rota en el suelo. Jorge la contempló con horror.

—¡Mira! ¡Está hecha polvo! ¡Esto es obra de «Micky» o de «Kiki»!

—¿Dónde está el barco? —inquirió Jack, mirando a su alrededor.

No se veía por parte alguna. Y no lo encontraron hasta haber sacado a «Micky» de debajo de la cama. No le había hecho ningún mal. Le dieron tres cachetes y «Kiki» recibió tres golpecitos en el pico.

—¡Mi precioso regalo! —exclamó Jorge, contemplando la tallada embarcación—. Mira, ¿verdad que es magnífica, Jack? Se ve mejor ahora que está fuera de la botella.

Jack la tomó, y tiró de una especie de botoncito que tenía por un lado.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Con gran sorpresa suya, el botón se desprendió, y pudo ver el interior del barco.

—Está hueco por dentro —dijo—. Y hay algo ahí. Jorge..., parece un trozo de papel o de pergamino. Oye, ¿qué podrá ser?

Jorge se sintió de pronto excitado.

—¿Pergamino? ¡Entonces debe ser un documento antiguo! ¿Y por qué había de estar escondido dentro del barco? ¡Sólo por contener un secreto! ¡Escucha, esto es estupendo! ¡Sabe Dios lo que ese documento será!

—Saquémoslo a ver. Mira..., esta sección del barco puede moverse ahora que hemos quitado ese botón... y nos quedará aproximadamente el espacio suficiente para extraer el pergamino.



—¡Ten cuidado! ¡Puede caerse a pedazos si es muy antiguo! —le advirtió Jorge. Jack quitó la sección móvil de la nave y la depositó junto al botón. Luego, con

exquisito cuidado, se puso a hurgar dentro para extraer el documento. Pero estaba excitado y le temblaban demasiado las manos. De pronto sonó el batintín, llamándoles a comer.

—No podemos ir, no podemos ir —murmuró Jack—. ¡Tenemos que averiguar de qué se trata!

—¡Cuidado, lo estás rompiendo! —dijo Jorge—. Aguardemos hasta después de comer. Ahora no tenemos tiempo. Y creo que las niñas debieran estar aquí para ver todo esto.

—Sí. Tienes razón. Aguardaremos hasta después de comer —asintió Jack con un suspiro—. Enciérralo todo, Jorge. ¡No podemos correr el riesgo de que le suceda nada al barco ni a su secreto!

Conque encerraron el barquito con llave en un armario y luego, ardiendo de excitación, subieron a comer. ¡Qué emoción! ¡Trabajo les costó contenerse y no decírselo inmediatamente a las niñas!

Las dos niñas no lograban explicarse qué les sucedía a los muchachos aquel mediodía. Jack no hacía más que sonreírles como un idiota y Jorge hizo un esfuerzo para dar la noticia en susurros. La señora Mannering le miró sorprendida, con el entrecejo fruncido.

—¡Jorge! ¿Dónde tienes los modales? ¡Di lo que tengas que decir en voz alta!

Y eso era precisamente lo que no podía hacer Jorge, claro.

—Ah..., ¿quién ganó el partido de tenis de cubierta? —preguntó débilmente.

—Vaya..., no comprendo por qué tenías que preguntar eso en un susurro —dijo la señora Mannering—. No seas tonto. Jorge.

—Perdona, mamá —contestó Jorge, sin dar muestras de sentirlo. Por el contrario, parecía extraordinariamente satisfecho. No lo podía remediar. No hacía más que pensar en el barco y en el pergamino escondido. Estaba seguro de que se trataba de algo emocionante.

En cuanto terminó la comida, los cuatro niños se marcharon juntos. Una vez fuera de vista, Jack asió a las muchachas.

—¡Lucy! ¡Dolly!

—¿Qué pasa? —quiso saber Dolly—. Los dos obrasteis como chiflados durante la comida. ¿Qué os ocurre?

—¡Chitón! ¡Escuchad! ¿Sabes ese barco metido en la botella? —empezó Jack.

Pero Jorge le interrumpió.

—No. Deja que lo cuente yo. Bueno, pues «Micky» y «Kiki» rompieron la botella entre los dos, los muy granujas, y cuando llegamos al camarote, ¡encontramos los pedazos en el suelo! ¡Y el barco había desaparecido!

—¿Adónde había ido a parar? —preguntó Lucy, disgustada.

—Lo tenía «Micky» debajo de la cama. Se lo quitamos y lo examinamos. Y... ¿querréis creerlo?... había una especie de botón, o espiguita de madera, que se quitaba... y pudimos retirar entonces una sección del barco... y, dentro ¡hay un

pergamino o documento!

—¡No! —exclamaron las dos niñas, emocionadas.

—De verdad que sí. Bajad a verlo. No se lo digáis a nadie, sin embargo, y mucho menos a Luciano. Este secreto es exclusivamente nuestro.

Bajaron todos al camarote de los niños a toda prisa, y por poco derribaron en sus prisas al camarero, que había estado haciendo las camas.

—¡Perdón! —dijo—. ¿Ha terminado ya, camarero?

—Sí, ya he terminado. Pero, ¿por qué tantas prisas? —inquirió al asombrado tripulante.

No le respondieron. La puerta se le cerró en las narices y oyó cómo echaban el cerrojo por dentro. ¿Qué demonios estarían urdiendo aquellos niños?

Dentro del camarote habían encendido la luz ya, y abierto un armario. Jorge sacó el barquillo tallado. Los demás se agruparon a su alrededor.

—¿Veis?... Se saca esta espiga de madera... esta sección del barco queda suelta entonces... y se puede sacar —dijo Jorge—. Y ahora, mirad..., ¿veis el documento enrollado dentro? Estoy seguro de que es pergamino.

Las niñas respiraron profundamente.

—¡Caramba! ¡Qué emoción! —dijo Dolly—. ¡Sácalo pronto!

—Tendremos que ir con cuidado para no romperlo —dijo Jack—. Apartaos un poco, niñas..., no hacéis más que darme empujones en el codo.

Fue un milagro que los niños lograron ir sacando el papel del interior del barco de madera. Haciendo derroche de paciencia, lo extrajeron milímetro a milímetro hasta tenerlo, por fin, todo fuera, y quedar vacío el interior de la embarcación.

—¡Ya está! —exclamó Jack con voz triunfal, depositando sobre la mesa del tocador el amarillento pergamino—. Ahora ¡a ver de qué se trata!

Jorge desplegó el pergamino con cuidado sumo. Era una hoja bastante grande. Los niños la contemplaron, excitados.

—¡Es un mapa!

—¡Es una especie de plano!

—No puedo leer las palabras. ¡Maldita sea! ¡Deben estar en griego o algo así!

—¿Qué es? ¡Parece una isla o algo así!

—Fijaos en estas señales..., deben ser puntos cardinales... medios de orientación... Mirad, ¿creéis que pueden representar norte, sur, este y oeste?

—Apuesto a que son dos mapas en realidad. Mirad..., yo creo que esto debe figurar que es una isla..., ¿no es éste el mar todo alrededor? Y este otro trozo es un plano..., el de un edificio creo yo, con corredores y todo eso.

La excitada charla continuó, intentando cada uno de los niños aproximarse más y más al mapa. Jorge se acordó de que tenía una lupa y fue a buscarla. Con su ayuda pudieron ver aún mejor y distinguir unas cuantas palabras extrañas y señales demasiado débiles para que pudieran observarlas antes.

—Fijaos en esta palabra tan rara que hay aquí, a la izquierda, arriba de todo —

dijo Lucy, de pronto—. Parece exactamente igual al nombre que hay en el barco, ¿no? Comparemos las dos palabras, a ver.

Examinaron las dos palabras, letra por letra..., primero la del barco, luego la del mapa. No había la menor duda de que, en efecto, eran iguales.

—Bueno..., el señor Eppy dijo que el nombre del barco era «Andra»..., conque, si el nombre del mapa es igual, tiene que tener algo que ver con una isla o una persona que tenga ese nombre —dijo Dolly.

Hubo silencio. Todos estaban digiriendo aquello y preguntándose si se atreverían a decir lo que les parecía que significaba. No, no era posible. Que no, que no podía ser posible, vaya. Lucy fue la primera en dar voz a los sentimientos de todos. Habló, en voz casi sin aliento.

—Andra..., el nombre de la muchacha que no quería casarse con el príncipe tuerto. ¿Creéis que uno de los barcos que mandaron con el tesoro llevaba el nombre de Andra en honor suyo? ¿Y creéis que se daría el nombre de Andra a la búsqueda del tesoro y que por eso están marcados con ese nombre el barco y el mapa?

—¡No puede ser! —exclamó Jack, contenido el aliento—. No es posible que hayamos dado nosotros con el antiguo mapa que se perdió... ¡la copia del plano más antiguo, hecho cientos de años antes! Es completamente imposible eso.

—Probablemente se trata de una broma —observó Jorge, seguro de que no era tal.

—No..., no puede serlo —intervino Dolly—. El señor Eppy, que entiende de estas cosas, nos dijo que el barco era antiguo, ¿no? Le dejó la cosa un poco extrañado, porque dijo que el barco era mucho más antiguo que la botella.

—Bueno, pues voy a deciros lo que yo creo —anunció Jack, hablando muy despacio—. Creo que éste quizá sea el plano... y creo que, probablemente, ese antiguo mercader griego que hizo la copia del original y murió después, la escondió en este barco... que quizá tallara él mismo.

—Sí... y, una vez muerto él, la familia lo conservaría quizá con curiosidad, sin saber lo que había dentro... y más tarde la embarcación cayó en manos de otra persona, a quien le pareció muy apropiada para meterla en una botella —agregó Jorge.

—Pero, ¿cómo entró? —quiso saber Lucy—. Eso es lo más desconcertante para mí.

—Es muy fácil en realidad —contestó Jack—. Los mástiles se colocan con bisagras y yacen tendidos sobre la cubierta con unos hilos largos atados a las puntas. Se introduce luego el casco del buque por el cuello de la botella..., se tira de los hilos a continuación, y los mástiles se alzan con sus velas. Después se quitan los hilos y se sella el frasco, quedando dentro la embarcación con todas las velas desplegadas.

—¡Caramba! ¡Qué ingenioso! —exclamó Lucy.

Miró otra vez al barco, y luego al mapa que yacía a su lado, viejo y amarillento.

—¡Y pensar que estamos contemplando el plano que trazó hace siglos un almirante griego que mandaba una flota de barcos cargados de tesoros! Y en este

mapa va señalado el sitio en que el tesoro sigue escondido... y ¡nosotros somos los únicos que conocemos este secreto en el mundo!

Era algo tremendo, en efecto. Los cuatro niños quedaron silenciosos, contemplándose.

Lucy volvió a hablar con timidez.

—¡Jack! ¡Jorge! Ésta no será otra misteriosa aventura, ¿verdad?

Nadie contestó. Todos estaban pensando en el extraño mapa. Jack se hizo eco de sus pensamientos.

—La cosa es que, como dice Lucy..., podemos ser los únicos del mundo que conozcamos este secreto..., ¡pero todo esto es chino o, mejor dicho, griego para nosotros! No somos capaces de leer una sola palabra del mapa..., ni siquiera sabemos cómo se llama la isla que está señalada aquí. Es exasperante.

—Tendremos que averiguarlo —dijo Dolly.

—Ah, sí..., correr de un griego a otro... entre ellos el señor Eppy... y decir: «Por favor, ¿quiere usted descifrarnos este documento tan raro?». Ésa no es una idea muy brillante, Dolly. Cualquiera que sepa algo, verá en seguida que en este mapa hay algo que vale la pena... ¡y desaparecería en un santiamén!

—¡Ay, Señor! ¿De veras? —exclamó Lucy—. Entonces, más vale que tengamos mucho cuidado con él.

—Ya sé lo que podríamos hacer para que nadie pudiese robarlo y hacer uso de él —dijo Jack—. Podríamos cortarlo con mucho cuidado en cuatro pedazos, y cada uno de nosotros podría guardarse un trozo. Así, si alguien intentara quitarle su trozo a alguno de nosotros, de poco le serviría; ¡sólo tendría la cuarta parte del mapa!

—Sí..., ésa es una buena idea —dijo Jorge—. Aunque ¡maldito si sé por qué andamos ahora imaginándonos que andan por ahí ladrones!

—Nada más que porque hemos tenido algo de experiencia en nuestras otras aventuras —dijo Dolly—. ¡Ahora empezamos a saber cómo hacer bien las cosas!

—¡Y bien! —prosiguió Jack, pensando todavía en su plan—; si cortamos el mapa en cuatro pedazos, podríamos muy bien ir a cuatro personas distintas a pedirles que descifrarán uno de los cuartos... sin que vieran los demás pedazos. Así ellas no sacarían nada en limpio; pero nosotros podríamos reunir sus explicaciones y obtener el significado completo del mapa.

—Es una idea ingeniosa, Jack —anunció Jorge—. Pero, de todas formas, propongo que no vayamos al señor Eppy a consultarle lo que dice una de las cuatro partes.

—No veo por qué no —dijo Jack—. No podrá descubrir nada con sólo ver un pedazo, y desde luego nosotros no le diremos que tenemos lo que falta. Es más, no sería mala idea ir a él primero..., él podría decirnos si se trata de un documento auténtico. Si no lo es, no habrá necesidad de que perdamos el tiempo buscando a otras tres personas que descifren los otros tres pedazos.

—¿Crees tú que adivinará él lo que adivinamos nosotros..., que el mapa éste

indica dónde está escondido el tesoro de Andra? —inquirió Jorge, dudando de la prudencia de ir a consultar al señor Eppy.

—No le daremos el trozo en que va el nombre de Andra —dijo Jack—. Y no diremos una palabra de los otros pedazos ni de dónde los encontramos. Nos limitaremos a decirle que hallamos el trozo que le enseñamos durante nuestras exploraciones, pero que no sabemos dónde. Lucy no tiene por qué decir una palabra. Ella es la única que sabe dónde se compró el barco..., nosotros no. Conque podemos mirarle tranquilamente de hito en hito y decir sin mentir: «No, señor...; no tenemos la menor idea de dónde salió este pedazo de papel. Apareció impensadamente como quien dice».

—Dios quiera que te crea —observó Dolly—. No parece creer nunca una palabra de lo que Luciano le dice.

—Bah, ese pazguato...

—Luciano es mucho más amable de lo que suponéis —intervino Lucy—. No echéis en olvido que el barco lo conseguí gracias a él... Jamás lo hubiese encontrado yo sola.

—Bueno, le daremos una pequeña parte del tesoro si lo encontramos —dijo Jack, con generosidad.

—Oh..., ¿vamos a buscarlo entonces? —inquirió Lucy—. ¿Y tía Allie? ¿Qué dirá de ello? ¿Y no le importará al «Viking Star» que vayamos a buscar una isla del tesoro?

—No seas criatura, Lucy —dijo Jack—. ¿Cómo quieres que podamos hacer planes para el futuro sin saber primero lo que el mapa dice? Me imagino que tía Allie estará tan excitada como nosotros en cuanto se entere de esto.

—Pues yo no —aseguró Lucy—. Estoy segura de que lo detestará. ¡Volverá a Inglaterra inmediatamente con todos nosotros! No permitirá que andemos corriendo por ahí buscando islas ni tesoros, eso sí que lo sé yo. Ya está harta de vernos metidos, con bastante frecuencia, en esa clase de aventuras.

—Entonces no se lo diremos hasta que todo esté arreglado. Y, cuando lo esté, mandaremos llamar a Bill —declaró Jack.

Lucy se animó inmediatamente. Mientras estuviese con ellos Bill Cunningham, nada importaría.

Los cuatro se sentaron sobre las dos camas, cansados tras su emocionante conversación. Hubieran querido que el ventilador eléctrico funcionase dos veces más aprisa, tan grande era el calor que sentían. El aparato giraba emitiendo un leve zumbido, volviéndose a un lado y a otro y dirigiendo su chorro de aire en todas direcciones. De pronto llegó a sus oídos un ruido terrible y mucho más fuerte del que fuera capaz de hacer ventilador eléctrico alguno. Los cuatro dieron un brinco.

—Es «Kiki»..., imitando el silbido de un tren expreso —dijo Jack—. Vamos..., más vale que vayamos a buscarle, o bajará el capitán en persona a averiguar qué sucede. ¡Dios santo, ahí suena otra vez! Le hemos dejado demasiado rato en el

camarote de las niñas, ¡si será bribón!

Los niños corrieron al camarote contiguo, ansiosos de hacer callar a «Kiki» antes de que se quejara los pasajeros. «Kiki» estaba de pies sobre la mesa del tocador delante del espejo, dirigiéndose alaridos a sí mismo. Aun cuando estaba muy familiarizado ya con los espejos, aún había veces en que se enfurecía al ver a otro loro delante, un loro al que no podía dar un picotazo.

—¡Calla, «Kiki», pájaro malo! —exclamó Jack—. ¡Acabaré por atarte el pico! ¡Pájaro malo, lorito travieso!

—Muchas felicidades —anunció «Kiki», dirigiéndose a Jorge, y haciendo caso omiso de Jack.

Imitó el descorchar de una botella y el gorgoteo de un líquido al ser vertido.

—Quiere beber —dijo Jack—. Perdona, chico. Me olvidé de que tendrías calor aquí.

Llenó el vaso de lavarse los dientes con agua, y el loro la sorbió, sediento. «Micky» salió a beber también.

—Somos terribles —dijo Jorge—. Nos olvidamos de estos dos en nuestra excitación. Siempre hay agua para ellos en nuestro camarote; pero no la hay en el de las muchachas. ¡Pobre «Kiki»! ¡Pobre «Micky»!

—Pazguato —dijo cortésmente el loro. Imitó la mar de bien un eructo—. ¡Perdón! «Micky», «Kiki», «Micky», «Kiki», «Ki...»

—Bueno, basta —le interrumpió Jack—. A nosotros eso no nos parece ni pizca de gracioso. Subid a dar un paseo por cubierta. Tomaremos todos un poco el fresco, y luego consultaremos nuestros planes con la almohada.

Subieron a cubierta con el loro y el mono. Los demás pasajeros sonrieron al verles. Les eran simpáticos los cuatro niños y sus dos animales favoritos. «Kiki» hipaba cada vez que pasaba por delante de alguien, y decía inmediatamente: «¡Ah, caramba! ¡Perdón!». Sabía que eso le hacía reír a la gente, y le gustaba exhibirse.

Allá, al aire vespertino, hacía fresco sobre cubierta. Los niños hablaron muy poco, porque estaban pensando mucho. La botella..., el barco..., el mapa antiguo..., cortarlo en cuatro..., descifrarlo... a la caza, a la caza, a la caza luego..., buscando... ¡el tesoro de Andra!

Abajo en los camarotes aquella noche hallaron dificultad en dormirse. No hicieron más que dar vueltas en la cama, ansiando poder sentirse un poco frescos. «Micky» y «Kiki» se habían instalado en el borde del portillo en busca de alivio a su calor. Los niños lo conservaban abierto ahora porque ninguno de los dos animales daba muestras de desear salir por el redondo agujero.

Lucy yacía en la cama pensando. Experimentaba una excitación extraña, el presentimiento de algo inminente y una mezcla de temor. ¡Qué bien conocía la sensación aquella! Era la misma que sentía siempre cuando empezaba a perfilarse una aventura. Llamó quedamente a Dolly.

—¡Dolly! ¿Duermes? Escucha..., ¿crees tú que estamos empezando una de

nuestras aventuras otra vez? ¡Por favor, di que no!

—Bueno, y si estuviésemos empezándola, ¿quién tendría la culpa? —le respondió la voz de Dolly, sin vestigio de somnolencia—. ¿Quién compró el barco?

—Yo —dijo Lucy—. Sí..., si nos metemos de cabeza en una aventura, esta vez será exclusivamente porque compré yo ese barquito... ¡Aventura en el barco!

Capítulo IX

El secreto del barco de la aventura

Cuando llegó la mañana, los niños empezaron a darse cuenta de las dificultades con las que se enfrentaban por causa del extraño documento que había caído en sus manos. La cosa no parecía ni tan fácil, ni tan lisa, ni tan llana como se las imaginaron la noche anterior. Detalles a los que no dieron importancia, tales como las posibles objeciones de la señora Mannering, parecían, de pronto, verdaderos escollos. Es más, la idea entera perdió su rosado brillo y pareció retroceder y cobijarse en el reino de lo imposible. Resultaba bastante desilusionador.

Pero cuando volvieron a sacar el mapa que Jorge había introducido en un sobre y conservado debajo de la almohada durante toda la noche, la excitación del día anterior volvió a apoderarse de ellos. Era preciso que hicieran descifrar el mapa de una manera u otra, era preciso asegurarse de su autenticidad o falsedad. Y luego..., ¡quién sabía lo que podría suceder!

Hicieron planes. Había que cortar el mapa cuidadosamente en cuatro pedazos. Cada cuarta parte se metería en un pequeño sobre que a su vez se introduciría en uno mayor. Cada niño debía ocultar su parte del mapa, ya fuera en su propia persona o en algún lugar de su camarote. Eso era lo primero. Luego, uno de ellos debía llevar su trozo al señor Eppy y ver qué decía. No el pedazo que llevaba el nombre de isla, claro, sino uno de los otros trozos.

—Y Lucy no debe acompañarnos cuando le preguntemos —dijo Jorge—, porque si nos pregunta a quemarropa de dónde sacamos originalmente el papel, todos podemos decir sin mentir que no lo sabemos..., pero Lucy no puede decir eso... y se ruborizaría o algo así, y lo descubriría todo con su sonrojo.

—No es cierto —protestó Lucy, que no quería perderse ninguna de las emociones.

—Claro que sí. ¡Eres una chica tan amiga de decir la verdad! —anunció Jorge—. No pongas esa cara, Lucy... Es una cualidad muy buena el no saber mentir, y nosotros no te querríamos de otra manera. Sólo que esto es importante, y pudiera echarse todo a perder si tu expresión delatara que andábamos tramando algo.

—Bueno —dijo Lucy con un suspiro—. Tal vez tengas razón. Me gustaría que el señor Eppy se quitase los lentes a veces... No sé, en realidad, cómo es si no le veo los ojos.

—Eso no será necesario, he oído comentar que es un poco fuerte de genio —dijo Jack—. Es muy amable con su esposa, y siempre trata a tía Allie con mucha cortesía. Claro que trata bastante mal a Luciano..., pero, después de todo, si ese «Conejo» fuese sobrino nuestro, quizá le tratáramos nosotros bastante mal también.

—Ya lo hacemos ahora a veces —asintió Lucy—. Como cuando nos empeñamos en pedirle vez tras vez que se eche a nadar en la piscina sabiendo como sabemos que le aterra el agua.

—Sólo lo hacemos para ver qué excusa inventa cada vez —dijo Jack—. Es una verdadera maravilla fabricando excusas.

—Bueno, ¿y qué del mapa? ¿Cuándo se lo llevamos al señor Eppy? —preguntó Jorge—. Y si él dice que se trata de un mapa auténtico, ¿qué hacemos a continuación? ¿Hay alguna otra persona a bordo a quien podamos enseñarle otro trozo del plano?

—Sí..., el camarero de cubierta —respondió Dolly—. Es griego. Yo creo que él podría descifrarlo divinamente. Y luego hay esa mujercita griega que tiene la tienda en la cubierta de paseo... Supongo que ella podría descifrar otro.

—¡Estamos haciendo progresos! —observó con satisfacción Jorge—. Bueno, ¿y si nos ponemos a cortar?

—Yo tengo una tijera muy afilada —anunció Lucy—. Está en mi camarote. Iré a buscarla. Y aprovecharé el viaje para ver qué hacen «Micky» y «Kiki»... ¡Alguna travesura, seguramente!

—No podíamos tenerlos aquí mientras sacábamos el mapa —dijo Jack—. A «Micky» podría ocurrírsele quitárnoslo de un tirón y tirarlo por el portillo, como hizo ayer con la postal que acababa yo de escribir.

—¡Qué pensamiento más horrible! —exclamó Dolly.

Vio, con los ojos de la imaginación, salir al valioso mapa por el portillo, y se levantó a cerrarlo.

—Por si acaso —dijo.

Y los niños se echaron a reír.

Lucy fue en busca de la tijera. Tardó mucho en volver, y los otros se impacientaron.

—¿Qué está haciendo? Marchó hace siglos.

Cuando la niña regresó, la acompañaba «Kiki».

—Tuve que traerle —dijo—. Había acorralado a «Micky» en un rincón y estaba saltando delante de él... Ya sabéis cómo lo hace cuando está enfadado..., dando unos rugidos tan terribles, que el pobre «Micky» parecía medio muerto de miedo. Tuve que consolarle un buen rato.

—Lo que quieres decir es que te quedaste a jugar un rato con los dos —gruñó Jack—. ¡Mira que hacernos esperar tanto tiempo! ¿Dónde está la tijera?

—¡Atiza! ¡Me he olvidado de ella después de todo! —exclamó la niña.

Y volvió a marcharse apresuradamente. Regresó al instante con la tijera en la mano. «Kiki» estaba ahora posado, muy satisfecho, sobre el hombro de su querido amito, cantando algo raro en una voz muy queda. Sabía que se había portado mal.

Jack tomó la tijera y con mucho cuidado y solemnidad cortó el documento en dos. El pergamino crujió al ser seccionado. Los otros observaron la operación con el aliento contenido. Luego cortó cada mitad en dos a la vez, y quedaron sobre el

tocador los cuatro pedazos...; cuatro emocionantes fragmentos de un documento raro y único... ¡si era lo que los niños se imaginaban!

—Ahora los sobres pequeños y otros un poco más grandes —dijo Dolly.

Rebuscó entre las cosas de los muchachos y sacó cuatro sobrecitos bastante fuertes. Se introdujo cuidadosamente uno de los fragmentos del mapa en cada uno. Luego se encontraron unos sobres algo mayores, y se metieron los pequeños dentro. ¡Magnífico! ¡Se había dado el primer paso!



—Ningún trabajo nos costará pegar los cuatro trozos uno con otro cuando los tengamos todos ya descifrados —dijo Jorge—, y ahora, ¿cuál es el mejor momento para entrevistarse con el señor Eppy y... cómo nos las compondremos para hacerlo?

—Sería un buen momento ahora —anunció Jack—. Suele estar casi siempre en su gandula, ¡y probablemente estará despierto, porque no hace mucho que se desayunó en el comedor!

—Escuchad, ¿hemos de decirle algo de esto a Luciano? —preguntó Lucy.

—¡No seas tonta! ¡Claro que no! —respondió Jack—. No le confiaría a Luciano el menor secreto. Su tío no tiene más que ladrarle unas cuantas palabras y suelta al punto todo lo que sabe... y hasta cosas que no sabe también.

Se decidió que fuera el pedazo de Jack el que se presentara al señor Eppy. No llevaba el nombre de «Andra» ni, que ellos creyeran, el nombre de isla tampoco. Tenía parte de la isla con unos cuantos jeroglíficos extraños.

—¿Qué son jero-qué-sé-yo-cuántos? —quiso saber Lucy, cuando Jack empleó la palabra—. ¡Suena eso a medicina o algo así!

—¿Jeroglíficos? Pues... esas señales retorcidas que no entendemos... Señales que representan palabras. Símbolos secretos quizá.

—Símbolos secretos... Suena emocionante —dijo Lucy—. Bueno, y, ¿dónde escondo yo mi pedazo?

—En tu estuche de cartas, no; ni en ningún sitio tan a la vista como ése, Lucy —contestó Jorge—. Yo ya sé dónde voy a esconder el mío.

—¿Dónde? —preguntaron los otros.

Jorge se puso en pie y se dirigió a la mesa tocador. Estaba sujeta a la pared, claro. Todos los muebles del camarote estaban atornillados, o a la pared o al suelo, para que no se movieran cuando se balanceaba el barco. Entre la mesa y la pared o mampara, había un espacio pequeño, poco más de una rendija. Jorge se inclinó y metió el sobre en la hendidura.

—¡Ahí! —dijo—. Nadie intentará sacar el polvo de ese sitio. Está completamente escondido entre la mesa y la pared. ¿Dónde pondrás el tuyo, Jack?

—Lo llevaré encima. Mi pantalón tiene un forro delgado. Le diré a Lucy que quite unas cuantas puntadas para que pueda meter el sobre. Lo sujetaré con un alfiler luego. Pero no esconderé el mío todavía, porque tengo que enseñárselo al señor Eppy.

A Dolly se le había ocurrido un sitio verdaderamente excelente. Condujo a los demás a su camarote. Detrás del ventilador eléctrico había una placa de madera, a la que iba atornillado. Introdujo el sobre sin dificultad por una rendija entre la placa y la pared. Quedó bien escondido. Había tenido que parar el ventilador para usar el escondite, claro. Ahora lo puso en marcha de nuevo, y los demás reconocieron que era un escondite de primera. ¡A nadie se le ocurriría pensar que hubiese nada detrás de un ventilador que funcionaba día y noche sin interrupción!

—Te felicito, Dolly —dijo Jack—. ¿Y tú, Lucy?

—Piensa en algún sitio que esté fuera del alcance de «Micky» —le advirtió Jorge—. Te está observando. No puede tocar el sobre de Dolly, porque le tiene miedo al ventilador. ¡Jamás se atrevería a explorar por detrás!

—¿Podría meterlo debajo de la alfombra? —preguntó la niña.

—No —le contestó Jack—. Pudiera darse cuenta de su presencia la camarera al hacer la limpieza, y sacarlo.

—¡Ah, ya sé!... ¿y si lo metiera en el hueco detrás de uno de los cajones? —dijo la niña.

Sacó uno de los cajones de su mesa tocador y lo depositó en el suelo. Buscó una chincheta en su plumero, y sujetó con ella el sobre al fondo del hueco.

—Ya está —dijo—. Nadie puede verlo ahí, a menos que saque el cajón del todo.

Y..., ¿por qué había de ocurrírsele a nadie hacer eso?

—Sí, no está mal —reconoció Jack. Y los demás dieron su aprobación también—. «Micky» no es lo bastante fuerte para sacar del todo el cajón, aunque quisiera hacerlo. Bueno, ¿y si fuéramos a ver al señor Eppy ahora?

—De acuerdo, Lucy, ve tú al tenis de cubierta con Luciano mientras hablamos nosotros con su tío —dijo Jorge—. Así estaréis fuera del paso los dos.

Lucy fue en busca de Luciano. Éste se encontraba solo y con algo de morriña, preguntándose dónde estarían los niños. Quedó encantado de ver a Lucy, y accedió inmediatamente a echar un partido con ella. Lucy era la que más simpatía le inspiraba de todos. Quizá porque se daba cuenta de que se burlaba menos de él que los otros.

—Bueno, pues ya están fuera del paso —anunció Jack, viéndoles subir por la escalera que conducía a la cubierta de juegos—. Vamos. Nos dirigiremos a las gandulas. «Kiki», decide de una vez en cuál de mis hombros quieres ir... ¡Eso de que andes aleteando de uno a otro lado, resulta la mar de incómodo!

—¡Ojalá cargases con «Micky» una hora o dos! —gruñó Jorge—. ¡Parece como si tuviera una botella de agua caliente junto a la oreja toda la mañana!

Los pasajeros contemplaron a los niños, con su loro y su mono. Se habían acostumbrado ya a ellos, y les divertían las gracias de los dos animales. La señora Mannering llevaba un buen rato buscándoles con la mirada.

—Estaba preguntándome dónde os habríais metido —dijo—. ¿Y Lucy?

—Jugando con Luciano —contestó Jack.

Se sentó al lado de la señora. La señora Eppy y su esposo ocupaban las gandulas al otro lado de ella. Jack habló en voz alta, para que se le oyera bien un poco más allá.

—Tengo una cosa rara aquí —dijo—. Un documento muy viejo, yo creo. ¿Cree usted que el señor Eppy será lo bastante amable como para mirarlo, tía Allie, y darme su opinión?

—Pregúntaselo a él —le contestó la señora Mannering—. Está aquí.

Capítulo X

Escondites

Jorge y Dolly estaban sentados juntos en el borde de la misma gandula, junto a la señora Mannering. Jack se encontraba junto a la extremidad del asiento en que tenía los pies ella, con el trozo de papel en la mano. El rostro de los tres no podía expresar mayor ingenuidad ni despreocupación.

—No me gusta molestar al señor Eppy ahora —dijo Jack—. Está leyendo.

La señora Eppy le oyó. Le dio un golpecito a su marido en el brazo.

—Pablo —dijo—, Jack quiere preguntarte algo. El señor Eppy lo sabía ya perfectamente, pero había fingido no oírlo. Alzó la cabeza.

—Bueno —dijo, de mala gana—, ¿de qué se trata?

—No es más que un trozo de papel viejo que hemos encontrado —explicó Jorge, interviniendo—. Probablemente no tendrá interés alguno. No entendemos una palabra de lo que lleva, claro.

—A lo mejor ni siquiera es viejo —observó Jack, dándole al papel un golpecito con el pulgar.

—Parece antiguo —dijo la señora Mannering, empezando a despertarse su interés—. ¿De dónde lo sacasteis?

—En realidad no lo sé a ciencia cierta..., lo hemos recogido en alguna de las islas que hemos visitado —contestó Jack—. ¿Sabes exactamente dónde, Dolly?

—No —respondió, sin mentir, la niña—. No tengo la menor idea.

—Ni yo tampoco —agregó Jorge.

—Trae a ver —dijo el señor Eppy, con cara de aburrimiento.

La señora Eppy tomó el papel de manos del niño y se lo dio a su marido. Lo aceptó éste, y le echó una mirada con la intención de devolverlo al punto con algún comentario de desdén. ¿Qué sabían aquellos niños de cosas antiguas? ¡Nada! Probablemente se trataría del trozo de alguna carta que hallarían en mitad de la calle. O quizá habrían comprado algo, y aquello era un trozo de papel en que había ido envuelto. El señor Eppy lo miró, y entreabrió los labios para decir algo desdeñoso. Pero no llegó a hacerlo. Siguió mirando y mirando el papel. Por fin se quitó las gafas de sol, y lo contempló sin ellas.

—Ah..., ¿es antiguo de verdad, señor? —inquirió por fin Jack, no pudiendo contenerse más.

El señor Eppy no le respondió. Se estaba buscando algo en el bolsillo. Sacó un estuche negro pequeño y lo abrió. Contenía un cristal de aumento muy grueso, montado en una especie de tubo, semejante al que usan los relojeros para examinar la maquina de los relojes. Se lo adaptó al ojo como si se tratara de un enorme monóculo

y se puso a estudiar de nuevo el pergamino de Jack. Lo estuvo escudriñando mucho rato. Los niños aguardaron, casi sin aliento. ¿Por qué no hablaba? ¿Por qué tardaba tanto? ¡Qué ganas de hacerles rabiar!



Por fin se quitó el señor Eppy el cristal de aumento del ojo y miró a los muchachos. Se llevaron una sorpresa, porque nunca le habían visto sin las gafas oscuras antes. ¡Aquellos ojos no tenían nada de agradables! Eran extraños a más no poder. Uno de ellos era azul y el otro castaño oscuro. Dolly sintió que un escalofrío le recorría toda la espina dorsal. ¡Qué extrañísimo! Sin poderlo remediar, le miró el ojo azul primero, y luego el castaño. ¿Era uno de ellos postizo? No..., ¡qué estupidez! De haber sido uno postizo, lo hubiese llevado del mismo color que el bueno.

—Pues... —dijo el señor Eppy, haciendo una pausa, como pensando qué era lo mejor decir—, es... ah... interesante... Ah...

—Pero, ¿es antiguo de verdad, señor Eppy? —insistió Jack—. Eso es lo que queremos saber.

—El pergamino no está completo —dijo el hombre, paseando la mirada de niño en niño—. Éste no es más que un fragmento. Y, a juzgar por los bordes del mismo, ha sido cortado recientemente. Es un poco extraño, ¿no os parece?

Aquello no se lo habían esperado. Jack respondió en seguida, para que no hubiese una pausa que pudiera delatarles.

—¡Troncho! ¡Sí que es extraño! Supongo que habrá caído entonces uno de los pedazos en nuestras manos. Ah..., ¿quién tendrá los restantes?

—Eso mismo me pregunto yo —dijo el señor Eppy, mirando a Jack—. Me interesaría mucho... mucho... saberlo.

—¿Por qué, señor? —inquirió Jorge, con tal cara de ingenuidad, que Dolly quedó admirada.

—La verdad es que no puedo sacar gran cosa en limpio de este trozo —respondió el señor Eppy—. Ayudaría mucho el tener lo que falta.

—¿Qué es lo que se puede sacar en limpio, señor Eppy? —preguntó Dolly.

La miró él con los extraños ojos.

—Puedo sacar en limpio que señala parte de una isla —dijo—. Una isla interesante... en la que hay algún secreto. Quizá pudiese saber en qué consiste todo ese secreto si tuviese lo que falta del pergamino.

—Qué lástima que no lo tenga usted, señor —dijo Jack, tendiendo la mano para que le devolviera el papel.

—¿Dónde decías que encontrasteis esto? —inquirió el señor Eppy, haciendo tan brusca e incisivamente la pregunta, que los niños dieron un brinco de sobresalto.

—No lo hemos dicho, porque no lo sabemos —contestó Jack sin vacilar.

El señor Eppy frunció el entrecejo. Se puso las gafas de sol otra vez, volviendo a ser el hombre a quien estaban acostumbrados, al quedar completamente ocultos los ojos.

—Me quedaré con este pergamino unos días —anunció. Y sacó la cartera para guardarlo dentro.

—Preferiría que no lo hiciese, señor, si le es igual —dijo Jack—. Voy a llevármelo a casa..., ah..., para el museo del colegio..., si es antiguo de verdad y todo eso.

—Sí, es antiguo de verdad —dijo secamente el señor Eppy—. Te lo compro. A mí me interesan las antigüedades, como sabéis.

—No queremos venderlo, señor Eppy —dijo Jack, empezando a alarmarse—. En cualquier caso, no puede valer gran cosa. Lo queremos conservar como curiosidad.

—Está bien. Pero me gustaría que me lo prestaseis una temporada —dijo el señor Eppy.

Y metió tranquilamente el fragmento en la cartera, que volvió a guardarse en el bolsillo. Luego tomó su libro y se puso a leer.

Jack miró a sus compañeros, consternado. Estaba furioso y se sentía chasqueado. Pero, ¿qué podía hacer? No podía quitarle la cartera al señor Eppy y sacar de ella el pergamino. Y si armaba escándalo, la señora Mannering se enfadaría, y el señor Eppy empezaría a desconfiar... ¡si es que no desconfiaba ya!

Jorge y Dolly quedaron estupefactos. ¡Qué frescura, quitarles el pergamino así!

¿Lo devolvería? Sintieron no haberlo calcado. ¡Lástima no lo hubiesen hecho! A lo mejor ya no recobrarían aquelpreciado fragmento jamás.

Se levantaron y marcharon, sintiendo la necesidad de hablar solos del asunto. El señor Eppy no se fijó en ellos siquiera. Jack no se atrevió a decirle nada más; pero le miró como si de buena gana le hubiera arrancado la cartera del bolsillo. Bajaron a su camarote.

—¡El muy granuja! —exclamó Jack—. ¡El muy insolente! ¡Qué frescura apropiarse de esa manera de nuestro pergamino!

—¡Dios quiera que volvamos a recobrarlo! —murmuró Dolly, alicaída.

—Una cosa hemos adelantado por lo menos: estamos seguros ahora de que es auténtico... y antiguo... y de que contiene algo que le interesa mucho al señor Eppy —dijo Jorge, animándose un poco. Eso sí que lo sabemos. Se quedó de una pieza cuando le echó la vista encima..., hasta tuvo que sacar aquella lupa. Apuesto a que sabe que puede ser parte del plano de un tesoro.

—No sé por qué me parece que no fue una idea muy buena irle con ese papel al señor Eppy —observó Dolly—. Puede tener señales que le digan a un hombre así, que sabe de antigüedades... muchísimo más de lo que le dirían a nadie.

—Dios quiera que no adivine que tenemos los otros trozos —dijo Jack.

—Lo ha adivinado ya —contestó Jorge—. Apuesto a que sí.

Lucy irrumpió en el camarote.

—¡Hola! —dijo—. ¿Cómo os ha ido? Tuve que dejar de jugar con Luciano, porque se acercó su tío a llamarle. Se lo llevó no sé dónde.

—Conque sí, ¿eh? —murmuró Jack—. Entonces, supongo que va a preguntarle qué sabe él. ¡Menos mal que no sabe una palabra!

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Lucy—. Parecéis desanimados todos. ¿No era antiguo de verdad?

—Sí que lo era. Pero el señor Eppy se lo ha quedado, guardándoselo en la cartera. Y ¡apuesto a que no nos lo devuelve!

Lucy quedó horrorizada.

—Pero, ¿por qué se lo dejaste quedar, tonto?

—Bueno, y, ¿qué hubieses hecho tú? ¿Derribarle de la gandula, quitarle la cartera y salir corriendo? —inquirió Jack, representando con mímica el acto de derribar a alguien de un golpe y de apoderarse de algo.

«Kiki» se llenó de asombro al ver sus gestos, y alzó, asustado, el vuelo, dando chillidos. Se posó, alarmado, encima del armario. Jack no le hizo caso. Se sentía verdaderamente abatido. ¡Mira que ocurrirles aquello tras tan maravillosos, cuidadosos e ingeniosos planes!

—Tendremos que confiar en que acabará devolviéndonoslo —dijo Jorge—. No nos queda otro remedio. Y, si lo hace, ¡seguramente será porque habrá hecho una copia exacta!

—Tendremos que averiguar qué es lo que le ha dicho a Luciano —anunció Jack

—. Probablemente le ordenará que intente sonsacarnos y descubrir si tenemos los otros fragmentos del pergamino... y averiguar de dónde lo sacamos... y cómo... y dónde se encuentran los demás pedazos que faltan.

—Sí. ¡Pero inventaremos un cuento maravilloso y se lo haremos tragar! —exclamó Dolly, con los ojos muy brillantes—. ¡Vamos! ¡Inventemos uno! Si el señor Eppy trama algo, también tramaremos nosotros alguna cosa por nuestra parte. ¿Qué decimos si intenta sonsacarnos Luciano?

—Hombre..., dijimos que nosotros no sabíamos gran cosa del asunto; conque quizá sea mejor que finjamos que Lucy lo sabe todo —contestó Jack, animándose ante la idea de poderle tomar el pelo a Luciano, y posiblemente, al señor Eppy también.

—¡Ay, Señor! —exclamó Lucy, alarmada—. ¿Tengo que contarle yo la mar de cuentos de hadas a Luciano?

—No. Ya nos encargaremos nosotros de hacerlo por ti —repuso Jack, riendo—. Bueno..., vamos a pensar. ¿Cómo diremos que llegó a manos de Lucy ese pergamino?

—Estaba en la cubierta de deportes un día —empezó Dolly—, dando de comer a las gaviotas que viven por estas islas.

—Y una gaviota muy grande se acercó con algo en el pico —agregó Jorge—. Voló en círculo alrededor de la cabeza de Lucy, y...

—Dejó caer un papel a sus pies cuando bajó a comer unas migas de pan —dijo Jack—. Ella lo recogió y nos lo enseñó... y nosotros pensamos... ja-ja... sólo un hombre tan inteligente y listo como el querido señor Eppy será capaz de descifrar este extraño documento que nos ha sido entregado por una generosa gaviota...

—Conque nos apresuramos a enseñárselo —terminó Dolly. Se echó a reír—. Es el cuento más tonto que pueda inventarse. Luciano no se lo tragará ni mucho menos.

—¡Ya lo creo que sí! El que no se lo tragará será su tío —rió Jorge—. Le estará muy bien empleado. Esperará conocer los detalles cuando nos haya sonsacado su sobrino... ¡y no se enterará más que de tonterías!

—Bueno, pero no me obliguéis a mí a decirlo —advirtió Lucy—. Estaría colorada como un pimiento mientras lo hiciese.

—Escuchad..., ¿no es Luciano el que se acerca? —exclamó Jack—. Tú vete, Lucy. Mira, toma este libro y di que vas a llevárselo a tía Allie. Anda. Así quedarás fuera del paso. Sí que es Luciano. Reconozco esa forma de tararear tan ridícula.

Lucy tomó un libro y se dirigió a la puerta. Se abrió al aproximarse ella, y asomó la cara de conejo de Luciano.

—¡Hola, hola! —dijo—. ¿Puedo entrar?

—Sí, entra —le respondió Lucy, saliendo—. Yo voy a llevarle este libro a tía Allie. Pero están los otros aquí. Quedarán encantados de verte.

Capítulo XI

Luciano lo pasa mal

—¡Hola, Luciano! —dijo Jack—. Entra. ¿Quieres un caramelo?

—Oh, gracias —dijo Luciano, sentándose en la cama. Tomó un trozo grande de caramelo de la lata que le tendió Jack—. Caramba..., es delicioso esto.

—¿Quieres jugar un «set» de tenis? —inquirió Jorge.

—Ah..., pues, la verdad..., en realidad sólo me gusta jugar con Lucy —contestó el niño, que jugaba tan mal, que hasta Lucy le ganaba—. No soy partido para ninguno de vosotros. Escuchad..., mi tío me ha estado hablando del trozo de pergamino que le enseñasteis.

—¿De veras? Y, ¿qué dijo? —preguntó Jack.

—Pues cree que puede ser auténtico..., pero no puede estar seguro sin ver los otros pedazos —dijo Luciano, sin dejar de roer—. ¡Ah, caramba! ¡Fijaos en el mono! ¡Se ha llevado un trozo enorme de caramelo!

—Sí..., ¡casi tan grande como el tuyo! —dijo Dolly, que había observado que Luciano se llevaba siempre el trozo más grande que encontraba en la lata.

—¡Ah, caramba! ¿De veras cogí un trozo grande? —exclamó el niño—. ¡Tendré que fijarme un poco más! No me habíais dicho una palabra de ese pergamino. ¿Por qué? Me hubiese gustado verlo.

—Hombre..., no tiene mucha importancia: ¿no te parece? —dijo Jorge—. Quiero decir que nos pensamos que pudiese interesarte.

—¡Ya lo creo que me interesa! ¡Muchísimo! —dijo Luciano, mascando sin parar. «Micky» estaba machacando caramelo también con los dientes y «Kiki» le observaba con mirada torva. A él no le gustaba aquel caramelo, pero no le gustaba ver que estuviese disfrutando el mono comiéndolo—. Podríais contármelo, vaya si podríais. Dónde lo encontrasteis y... ah... todo.

—¿No te dijo tu tío dónde lo encontramos? —preguntó Dolly, con fingida ingenuidad.

Luciano dio muestras de sorpresa.

—¡Troncho, no! ¿Se lo dijisteis? —exclamó—. Entonces, ¿por qué rayos me pidió que lo averiguase?

Se había delatado por completo. Los otros niños se guiñaron el ojo unos a otros.

—Bueno, quizá no se lo dijéramos —murmuró Jack, con solemnidad—. ¿Se lo dijimos, o no?

—Dijimos o no, dijimos o no —repitió «Kiki», pareciéndole ya hora de que alguien se fijara en él.

Pero nadie le hizo caso.

—No está bien que se lo ocultemos a Luciano —anunció Dolly, con voz bondadosa.

Luciano la miró con faz radiante.

—Tienes razón. Después de todo, es amigo nuestro —respondió Jorge.

Luciano se emocionó tanto al escuchar esto, que se tragó un trozo de caramelo y se atragantó. «Kiki» se atragantó inmediatamente a su vez. Sabía imitar aquello sorprendentemente bien. Jack le dio unas fuertes palmadas en la espalda al niño, al ver lo cual, «Micky» se acercó a «Kiki» e hizo lo propio con él. Los niños rieron a carcajadas; pero «Kiki» se enfureció tanto con «Micky», que le persiguió por todo el camarote.

—¡Ay, Señor! —exclamó Dolly, secándose las lágrimas—. Esos animalitos acabarán matándome de risa. ¿De qué estábamos hablando?

—Decíais que yo era vuestro amigo y que me contaríais lo del trozo de pergamino —contestó sin vacilar Luciano—. Ah, ¿de veras que puedo comerme otro trozo de caramelo? Gracias, muchísimas gracias. Tomó un pedazo acordándose de no escoger el mayor esta vez.

—¡Ah, sí! —dijo Jack—. Estábamos diciendo que no había derecho a no contárselo al amigo Luciano. Bueno, pues verás, chico: en realidad le sucedió todo a Lucy. Vamos a ver..., ah..., pues fue...

Después de vacilar unos segundos, agregó:

—Estaba sobre cubierta preparada para echar de comer a las gaviotas que vuelan al barco desde las islas.

Luciano hizo un gesto de asentimiento. Había visto con frecuencia a Lucy alimentando a los pájaros.

—Y, de pronto —intervino Jorge—, una gaviota muy grande voló por encima de ella, con algo metido en el pico —intervino Jorge—. ¿No es eso, Jack?

—Ni más ni menos —respondió Jack, con voz solemne.

—Y, ¡oh, maravilla! —dijo Dolly—, cuando la gaviota se posó sobre cubierta para comer unas migas, dejó caer el pergamino a los pies de Lucy. ¿Qué te parece eso, Luciano? Fue así, ¿no es cierto, Jack?

—Exactamente así —asintió el niño, con firmeza.

Luciano les miró boquiabierto.

—¡Ah, caramba! —exclamó—. Qué asombroso es eso, ¿verdad? Quiero decir..., ¿quién hubiera podido imaginárselo?

Pues que los tres niños lo habían imaginado sin dificultad alguna, prefirieron no responder. A Dolly le entraron unas ganas enormes de reír, y apartó la cara. Luciano parecía completamente maravillado.

—Quiero decir..., la verdad, parece un cuento de hadas o algo así, ¿no? —dijo—. Lo de dejar la gaviota caer el pergamino a los pies de Lucy.



Los otros asintieron: sí que era exactamente igual que un cuento de hadas.

—Extraordinario —murmuró Luciano, poniéndose en pie y tragándose lo que del caramelo le quedaba en la boca—. Bueno, he de marcharme. Muchísimas gracias por decirme todo eso. Ah, caramba..., ¿qué ha sido de la botella en que estaba metido el barco? ¡Lo tenéis sin botella ahora!

—Sí, «Kiki» y «Micky» la rompieron entre los dos —repuso Jack—. ¡Los muy bribones! Sin embargo, es un barco muy bonito, y no necesita la botella.

Luciano se fue. Los tres niños se miraron, sonrientes. ¡Qué pelo más a propósito el suyo para tomárselo! Pobre Luciano..., tenía él la culpa... Había pedido como quien dice, que se lo tomaran.

—Me lo imagino contándole todo eso a su incrédulo tío —dijo Jack—. Vamos..., si no subo al aire libre y hago un poco de ejercicio, expiraré. Busquemos a Lucy y juguemos al herrón o algo parecido. Hace demasiado calor para jugar al tenis.

Estuvieron jugando toda la mañana y luego bajaron al comedor con un apetito voraz. Con gran sorpresa suya, Luciano no se presentó. Se preguntaron si estaría enfermo. La señora Mannering le preguntó a su tía por él.

—No, no está enfermo. Yo creo que lo único que tiene es que le ha dado un poco de sol —repuso la señora—. Se ha echado un poco para que se le pase.

—Propongo que vayamos al camarote de Luciano y averigüemos cómo se encuentra —dijo Jack—. Nunca le había hecho el menor efecto el sol hasta ahora.

Bajaron al camarote y dieron con los nudillos en la puerta. No obtuvieron contestación. Jack hizo girar el tirador y entró. Luciano yacía boca abajo, con la cara hundida en la almohada.

—¿Estás dormido, Luciano? —preguntó el niño, en voz queda.

Luciano se volvió bruscamente.

—¡Ah, eres tú! —exclamó.

Jack vio que el niño tenía la cara colorada y mojada de lágrimas.

—¿Qué ocurre? —quiso saber—. Oye, ¿pueden entrar los otros? Están fuera.

—Hombre, si se empeñan... —repuso Luciano que, evidentemente, no estaba de humor para recibir visitas, pero no se atrevía a decirlo.

No tardaron en encontrarse todos los niños en el camarote. Lucy se puso toda angustiada al ver el manchado rostro del muchacho.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Es muy fuerte la insolación?

—No es insolación —contestó Luciano. Y, con gran horror de los niños, empezaron a anegársele los ojos en lágrimas—. ¡Ha sido ese tío mío, tan horrible y tan bestia!

Sepultó el rostro en la almohada otra vez, para ocultar las lágrimas.

—¿Qué te ha hecho? —inquirió Jack, sin gran compasión, porque se le antojaba una debilidad inexcusable que un muchacho de su edad pudiera portarse de aquella manera.

—Me llamó qué sé yo cuántas cosas —dijo Luciano, incorporándose—. Me... llamó pazguato... y papanatas...

—¡Guato! —exclamó «Kiki»—. ¡Papanatas!

—No empieces tú ahora —le dijo el pobre chico al loro—. Dijo que era imbécil de nacimiento y tonto, y...

—Pero, ¿por qué? —preguntó Lucy, asombrada.

—Le dije cómo había conseguido Lucy ese estúpido trozo de pergamino. Ya sabéis... de la misma manera que me lo contasteis. Creí que iba a quedar la mar de satisfecho al ver que había logrado descubrir lo que a él le interesaba saber. Pero no fue así.

—¿No? Lástima —observó Jorge.

Estaba pensando que Luciano se merecía con creces la regañina, por haberle faltado tiempo para ir corriendo a su tío a contarle el cuento de hadas que habían inventado. Con esa intención se lo habían dicho ellos, claro. Pero, ¡qué lengua más larga tenía el pobre!

—Le dije: «Una gaviota fue a posarse cerca de Lucy y depositó el pergamino a sus pies» —recitó el niño, con dramática voz—. Y mi tío exclamó: «¿Cómo?». Conque se lo conté otra vez.

—Y, ¿qué dijo entonces? —preguntó Jack, haciendo esfuerzos por no echarse a reír.

—Todas las cosas que os he dicho. Se mostró muy insultante y ofensivo —contestó Luciano—. Después de todo, si creyó todas las demás cosas que le dije, ¡no comprendo por qué no quiso creerse ésa!

—¿Qué otras cosas le dijiste? —preguntó inmediatamente Jack.

—Oh, no fue mucho. Quiso saber si había ido de compras con alguno de

vosotros... y adonde... y todo eso. Le dije que sólo había ido a comprar con Lucy... y que habíamos encontrado ese barco dentro de la botella. Y dijo él entonces: «Ah, claro..., el “Andra”! ¡El “Andra”!». Así, tal como os lo digo. Con un tono muy raro, que no pude explicarme lo que quería decir.

Los otros escucharon esto en silencio. Los esfuerzos del señor Eppy por sonsacar a Luciano no habían resultado vanos. Sabía que habían comprado un barco, y dónde. Recordaba haber visto el nombre cuando le preguntaron ellos cuál era el «Andra». Estaba sumando los hechos y sacando consecuencias. Probablemente adivinaba ya que se había encontrado el pergamino en la embarcación, porque el estúpido de Luciano le habría dicho, con toda seguridad, que ésta había dejado de estar encerrada en el recipiente de vidrio.

—¿Le dijiste a tu tío que se había roto la botella en que estaba el barco metido? —preguntó Jack.

—Ah..., sí; creo que sí —contestó el niño—. Escuchad... no habré hecho mal, ¿verdad? Supongo que no os importará que le haya dicho todo eso a mi tío.

—No nos importó un comino que le contases lo de la gaviota y el trozo de papel —respondió Jorge, con sinceridad—. Lamento que fuera tu tío tan descreído. Hizo mal en insultarte.

—¿Verdad que sí? —murmuró Luciano, quejumbroso—. No tenía derecho a hacerlo. Y os llamó a vosotros unas cuantas cosas también.

—Bueno, pues no las repitas —le aconsejó Jack—. Debieras aprender a respetar las confidencias de los demás, Luciano. Quiero decir que, la verdad, no se hace eso de ir repitiendo a otro las cosas que a uno le dicen, posiblemente, en confianza.

—¡Ahora os habéis enfadado conmigo vosotros también! —gimió Luciano.

Jack se puso en pie, asqueado. Aquella clase de comportamiento le resultaba completamente insoportable. Ni siquiera sintió la menor compasión por Luciano. El hecho de que le hubiesen maltratado por contar el absurdo relato que para él inventaron, no le daba ni pizca de lástima. Le estaba muy bien empleado. Quizás así aprendiera a ser más discreto en adelante.

Los demás se levantaron también. La única que compadeció a Luciano fue Lucy. Aun ella, no obstante, se sintió algo asqueada por aquellas lágrimas y muestras de lo mucho que se compadecía Luciano a sí mismo. Podía haber dado alguna muestra de fortaleza, por lo menos.

Marcharon sin decir una palabra, dejando al niño disgustado, melancólico, furioso y... ¡con unas ganas de comer muy grandes!

—Venid a nuestro camarote un momento —dijo Jack—. Deberíamos discutir este asunto un poco. El señor Eppy está sacando consecuencias demasiado aprisa. ¡Qué idiota ha sido Luciano! ¿Por qué tuvo que hablar tanto del barco? Más vale que lo guardemos en lugar seguro, no sea que se lo lleve su tío como hizo con el pergamino.

Entraron en el camarote de los niños y Jorge dio un grito que les hizo pegar un brinco a todos.

—¡Mirad! ¡Se lo ha llevado ya! ¡El barco ha desaparecido!

Capítulo XII

El segundo fragmento del mapa

Era cierto. La hermosa embarcación tallada ya no ocupaba su puesto de honor sobre el estante. Había desaparecido.

Los cuatro niños se miraron con exasperación. ¡Maldito señor Eppy! ¿Con qué derecho se llevaba «prestadas» las cosas así? ¿La devolvería?

—De todas formas, ¿por qué se lo habrá llevado? —murmuró Dolly—. Si ha llegado hasta el punto de sospechar que hemos encontrado el pergamino en el barco... ¡sigo sin comprender por qué había de llevárselo! ¡El pergamino lo tiene ya en cualquier caso!

—El pergamino no —advirtió Jack—; nada más que un pedazo. Y lo sabe. Probablemente cree que el resto del mapa se encuentra aún dentro del barco... porque no le hayamos visto nosotros o porque lo hayamos dejado en él escondido. Y se lo ha llevado prestado para comprobarlo.

—Querrás decir que nos lo ha robado —dijo Lucy, con desdén—. ¡Qué hombre más desagradable! ¡A mí me parece horrible a más no poder!

—¿Queréis que vaya yo a preguntarle si lo tiene? —quiso saber Jorge.

Estaba furioso y dispuesto a enfrentarse con la fiera en su guarida. Los demás reflexionaron.

—¿Y si no se lo hubiese llevado él? —objetó Jack—. Resultaría un poco violento acusarle de ello.

—¿Qué otra persona puede habérselo llevado? —contestó Jorge—. ¡Ninguna!

—Escuchad..., vamos a nadar un rato a la piscina y olvidarnos del asunto de momento —sugirió Dolly—. Si después de eso aún sientes ganas de ir a verle, hazlo. ¡Hace tanto calor! Me encantaría pasar unos minutos en el agua.

—Bueno —repuso Jorge, de mala gana—. Pero a lo mejor luego no tengo tantas ganas de enfrentarme con el señor Eppy.

Siguió igualmente decidido después de haberse bañado, sin embargo. Los otros no pudieron menos de admirarle. Se les antojaba un acto de verdadero heroísmo ir en busca del señor Eppy y acusarle de haberles quitado el barco.

El niño marchó en busca del tío de Luciano. No se encontraba en su camarote. No estaba en la hamaca que solía ocupar sobre cubierta. ¿Dónde podía estar? Empezó a registrar el barco en su busca, decidido a encontrarle. Le vio, por fin, salir de la oficina de radiotelegrafía.

—Señor Eppy —dijo, acercándosele sin miedo—. ¿Qué ha hecho usted de nuestro barco?

El señor Eppy se detuvo. Jorge hubiese querido que no llevara aquellas gafas

oscuras. No podía juzgar si el hombre sentía sorpresa, ira o qué. No tardó en saberlo. El señor Eppy habló, con voz bastante cortante por cierto.

—¿Qué quieres decir, niño? ¿De qué barco estás hablando?

—Del barquito tallado que le enseñamos... el que estaba metido en una botella... el «Andra» —contestó Jorge, deseando más que nunca poder ver los ojos del otro y leer lo que en ellos hubiese—. ¿Qué ha hecho usted de él?

—Se me antoja que estás loco —dijo el señor Eppy, fríamente—. Completamente loco. Tan loco como Luciano, que me viene con un cuento de hadas relacionado con una niña, una gaviota y un fragmento de pergamino. ¡Qué idiotez! ¡Qué tontería! Y, ahora, ¡me vienes tú con el cuento de un barco de juguete! ¿Crees que me lo he llevado para hacerlo flotar en mi baño, quizá?

—¿Se lo llevó usted, señor Eppy? —insistió Jorge.

—¡No! ¡Y no vuelvas a atreverte a insultarme con tus cuentos de hadas ni tus preguntas de perturbado! —tronó el hombre. Y se alejó ceñudo.

Jorge se quedó un poco alterado. Bueno... pues bien poco había logrado sacarle al señor Eppy. ¡Maldito tipo! Estaba completamente seguro de que era él quien se había apoderado del barco. Bajó a reunirse con los otros en el camarote. Le estarían aguardando allí. Abrió la puerta y entró.

—No hay nada que hacer —anunció—. Él dice que no tiene la embarcación, pero yo apuesto a que sí. ¡Lo siento en los huesos!

—Pues los huesos te engañan —le repuso Jack, y señaló hacia el estante—. Mira allá.

Jorge miró y se quedó boquiabierto. ¡El Barco de la Aventura se encontraba en su sitio otra vez!

—¿Dónde estaba? —preguntó—. ¡Troncho! ¡Cómo he hecho el tonto al acusar al señor Eppy de tenerlo! ¿Dónde rayos estaba?

—No lo sabemos —repuso Dolly—. Entramos aquí todos hace unos minutos, después de separarnos de ti y... ¡lo primero que vimos fue el barco!

—Ahí estaba, sobre el estante..., en el mismo sitio en que lo dejamos por la mañana —agregó Lucy.

—¿Quién lo devolvió?

—Ajá... si lo supiéramos, sabríamos quién se lo había llevado —contestó Jack—. Sigo creyendo que fue el señor Eppy. Si hacéis memoria, recordaréis que entró en el comedor después de nosotros. Tuvo tiempo de sobra para meterse aquí y llevarse el barco entonces. Y pudo volverlo a dejar en su sitio con igual facilidad mientras nos bañábamos. Si nos vio en la piscina, cosa que es muy probable, comprendería que disponía del tiempo necesario para entrar en nuestro camarote y colocar la embarcación sobre el estante.

—La espiga de madera está un poco floja —dijo Dolly—. Creemos que descubrió cómo funcionaba, y que quitó la sección movible, y examinó a conciencia el interior.

—Ya. Y cuando vio que no había nada dentro, ¡tuvo la generosidad de

devolvérmolos! —dijo Jorge—. No me gusta ese hombre. Andará rondando por nuestros camarotes en busca de los otros fragmentos como no tomemos precauciones.

Lucy se sintió alarmada.

—¡Ay, Señor! ¿Tú crees que los encontrará? —preguntó.

—Podría ser. A nosotros nos parecen magníficos los escondites que hemos escogido; pero probablemente le costaría poco trabajo descubrirlos.

—Escuchad..., ¿vamos a hacer descifrar los otros pedazos ahora? —preguntó Dolly, de pronto—. Acordaos que habíamos pensado consultar a la griega que tiene la tienda a bordo, y al camarero de cubierta. Si lo hacemos, y el señor Eppy se entera de que hemos ido enseñando a otras personas trozos de pergamino, no tardará en ponerse a buscarlos.

—Sí, eso es cierto —repuso Jack—. Pero, si no los hacemos descifrar, nos encontramos en la misma situación que antes. Los tesoros escondidos para nada sirven si no se sabe por lo menos dónde se encuentran. De todas formas, ni siquiera estamos seguros de que el mapa señale el lugar en que se encuentra un tesoro. Lo único que sabemos es que se trata de un documento antiguo, y que al señor Eppy le interesa enormemente.

—Yo creo que podríamos confiar en que la griega no diga una palabra —dijo Lucy—. Es muy buena y le somos la mar de simpáticos. Si le dijéramos que se trataba de un secreto, ¿no lo guardaría? Después de todo, ¡a alguien hemos de consultárselo!

Discutieron si la griega era digna de confianza o no. Decidieron que, en conjunto, podía considerársele como tal.

—Me dijo que iba a enseñarme unos retratos de sus hijos —dijo Lucy—. Tiene tres en una de las islas. Los deja con su abuela cuando viene a bordo. ¿No podríamos ir todos a ver los retratos y preguntarle luego lo concerniente al pergamino?

—¡Caramba con Lucy! —rió Jorge—. ¡En seguida se entera de la vida y milagros de la gente! No sé cómo se las arregla. Conoce ya el nombre de los hijos del segundo oficial; está enterada de todo lo relacionado con la madre anciana de la camarera y con la enfermedad que padece, y ¡hasta sabe cuántos perros ha tenido el propio capitán durante toda su vida!

—¡No es verdad! —contestó Lucy, indignada—. Ni siquiera me atrevería a hablarle de perros. Y, en cualquier caso, no puede tener perros a bordo.

—No hacía más que tomarte el pelo un poco, Lucy. En realidad, opino que tu idea de ir a ver los retratos de esa señora y de enseñarle luego el pergamino... o un fragmento de él por lo menos... es muy buena.

—Entonces, vayamos ahora mismo —sugirió Lucy, consultando el reloj—. Todo el mundo echa una siesta a bordo a esta hora aproximadamente... y no hay nadie en la tienda. La encontraremos sola.

Marcharon juntos. A Jorge se le ocurrió la idea de averiguar primero dónde se encontraba el señor Eppy... ¡nada más que por si andaba husmeando por la vecindad!

Regresó y dijo:

—Está dormido en su tumbona de la cubierta de paseo. Tiene la cabeza echada hacia atrás, y no está leyendo nada.

—¿Cómo sabes tú que está dormido? —quiso saber Jack—. Con esos lentes oscuros, no hay manera de saber si tiene los ojos abiertos o cerrados.

—Hombre..., parecía dormido —contestó Jorge—. Daba la sensación de tener todos los músculos relajados. Vamos, iremos a la tienda ahora.

Se dirigieron a las tiendecillas. La griega enseñó unos dientes muy blancos en sonrisa de contento cuando vio a los niños con «Kiki» y «Micky».

—Ah, «Kiki» y «Micky», ¿qué travesuras habéis hecho? —preguntó, haciéndole cosquillas al mono y dándole con el dedo en el pecho al loro—. Uno, dos, tres, ¡va!

«Kiki» imitó inmediatamente la detonación de una pistola, que era precisamente lo que había pretendido conseguir la mujer. Conocía las costumbres de “Kiki” ya, y reía a mandíbula batiente cuando hipaba, tosía o estornudaba el loro.

—Decidle que estornude —suplicó—. Me hace mucha gracia cuando estornuda.

Conque Kiki» la complació, emitiendo una hermosa variedad de estornudos, con gran asombro de «Micky». Luego salieron a relucir los retratos de las niñas, y los muchachos escucharon la historia de la vida de cada una de las tres hijas que tenía la mujer. Dolly se dijo que no era posible que hubiesen existido en el mundo tres niñas como aquéllas antes, tan dulces, tan buenas, tan amantes, tan religiosas, tan imponderablemente lindas y ¡tan extraordinariamente aburridas!

A continuación, Jack creyó llegado el momento de que hablaran ellos. Dio un codazo a Jorge, que sacó inmediatamente su fragmento de mapa.

—Mire —le dijo a la griega—, ¿puede usted descifrarnos esto? Es un documento antiguo que hemos encontrado. ¿Qué dice... y qué representa?

La griega lo examinó detenidamente con sus brillantes ojos negros.

—Es un plano o un mapa de alguna parte —dijo—. Pero no lo tenéis completo aquí, ¡qué lástima! Representa parte de una isla llamada Thamis o Themis, no puedo distinguir con exactitud cuál. Ved, aquí está el nombre, en griego; pero vosotros no entenderéis las letras, claro. Vuestro alfabeto es distinto. Sí; es parte de una isla; pero dónde estará, eso sí que no lo sé.

—¿No puede usted sacar ninguna otra cosa en limpio de ese mapa? —preguntó Dolly.

—Hay algo de importancia en la isla —repuso la mujer—. ¿Un templo quizá? No lo sé. Hay un edificio marcado aquí... o quizá quiera representar una ciudad. Tampoco eso lo sé. Podría deciros más cosas si tuviese el mapa completo.

Los niños habían estado tan absortos, que no oyeron los pasos quedos de alguien que se acercaba. Vieron de pronto una sombra. Y al alzar la cabeza, Lucy exhaló una exclamación. Era el señor Eppy, con los ojos ocultos tras las gafas de sol, como de costumbre.



—Ah..., algo interesante. Dejádmelo ver —dijo tranquilamente el hombre.

Y antes de que nadie pudiera detenerle, le quitó el pergamino a la griega, de la mano, y se puso a examinarlo. Jorge intentó arrancárselo de entre los dedos; pero el señor Eppy estaba en guardia. Lo alzó en alto, y fingió bromear.

—¡No quiere dejárselo ver al señor Eppy! ¡Malo, malo!

—¡Malo, malo! —repitió inmediatamente «Kiki».

Y «Micky», creyendo que se trataba de un juego, dio de pronto un salto en el aire y alargó la mano hacia el papel. Consiguió cogerlo, cayó de nuevo sobre el hombro de Jorge, y luego, sin soltar el pergamino, dio un brinco hacia una viga y se aposentó en ella, fuera del alcance de todos, castañeteando excitado. El señor Eppy sabía reconocer una derrota.

—¡Qué animalito más gracioso! —dijo con la voz la mar de amable, que logró hacer sonar al propio tiempo. Dios sabe cómo, la mar de enfurecida—. Vaya, vaya..., ¡tendremos que echarle una mirada a ese pergamino algún otro día!

Dicho lo cual, dejó a los estupefactos muchachos, encaminándose apresuradamente a su tumbona.

Capítulo XIII

¡Adiós, señor Eppy!

—¡Vaya! —exclamó Dolly, recobrando, por fin, el uso de la voz—. ¡Habrá frescura! Jorge, ¿no puede haber estado dormido cuando le viste tú en la hamaca! Debíó verte mirarle, y adivinó que tramabas algo... y anduvo buscándonos hasta encontrarnos.

—¡Maldita sea su estampa! —exclamó Jorge—. Ahora ha visto dos de los fragmentos. Y sabe cuál es la isla, por añadidura, porque estaba el nombre en el segundo trozo. Eso sí que es mala pata.

Dejaron a la sorprendida tendera y se dirigieron contristados a la proa del buque, agradeciendo la caricia del viento en el rostro. «Micky» había bajado de la viga no bien hubo marchado el señor Eppy, y Jorge tenía el pergamino nuevamente en su poder. Pero el mal estaba hecho: ¡el señor Eppy lo había visto!

—Si hay algo de verdad en nuestra suposición, el señor Eppy ha visto lo bastante para comprenderla —observó Jack, alicaído—. No puede decirse que hayamos sido muy listos en este asunto. Cualquier cosa menos eso.

—¡Nosotros mismos hemos revelado nuestro secreto! —asintió Dolly—. ¡Estamos perdiendo facultades!

—De todas formas, no veo yo qué hubiésemos podido hacer nosotros con lo del tesoro —dijo Lucy, de pronto—. Quiero decir... aunque supiéramos exactamente dónde se encontraba, no podríamos ir en su busca. Conque más vale que renunciemos a él y si el señor Eppy quiere molestarse en buscarlo... ¡que lo haga!

—¡Caramba! ¡Pues sí que eres generosa renunciando a lo que hubiera podido ser nuestro tesoro y diciendo que puede quedarse el señor Eppy con él! —exclamó Jack, exasperado—. Y todo ello porque no quieres meterte otra vez en una aventura.

—¡Ah, caramba! —gritó «Kiki».

Y los niños enmudecieron al instante. «Kiki» había dado su acostumbrada señal para anunciar la vecindad de Luciano. Éste se acercó, sonriendo amablemente. Parecía haber olvidado por completo su última entrevista con ellos en su camarote y las quejas y los lloros. Aún le quedaban huellas del llanto en el rostro, pero, por lo demás, parecía la mar de alegre y animado.

—¡Hola! —exclamó—. ¿Dónde habéis andado metidos durante la última media hora? Os he estado buscando por todas partes. Escuchad, ¡mirad lo que me ha dado mi tío!

Enseñó a los niños unas piezas de dinero griego.

—Supongo que es que se arrepintió de haber arremetido contra mí de aquella manera, ¿no os parece? —prosiguió—. Sea como fuere, se encuentra de muy buen

humor ahora. ¡Mi tía no acaba de comprenderlo!

Los niños podían comprender divinamente el buen humor repentino del señor Eppy. Se miraron unos a otros, con amarga sonrisa. El señor Eppy había conseguido lo que deseaba, o parte de lo que deseaba, y estaba contento. Se le antojó a Jack que el señor Eppy siempre conseguía lo que pretendía... de una manera o de otra. El procedimiento le tenía sin cuidado.

Pensó, con inquietud, que debían buscar escondites más seguros que los del camarote para los restantes fragmentos del mapa. Se sentía muy desanimado. ¿De qué servía preocuparse? ¡Ellos no podrían hacer una gran cosa en la cuestión del tesoro! ¿Cómo iban a poder? Tía Allie se negaría a tener nada que ver con el asunto, estaba seguro. Y tendría que ponerse al frente de una persona mayor. ¡Si Bill les hubiese acompañado en el viaje! Se le ocurrió de pronto, una idea.

—Me voy sólo un rato —anunció—. Ya os veré luego.

Y se marchó con «Kiki», meditando. ¿Por qué no buscar la isla de Thamis o Themis en un mapa moderno, y ver si estaba señalada en él? Resultaría interesante saber exactamente dónde se encontraba. ¡Si hasta pudiera hallarse cerca del lugar por el que en aquel momento ellos navegaban!

Bajó a la pequeña biblioteca del buque con «Kiki», y pidió un buen mapa de las islas. El bibliotecario le dio lo que pedía, y miró, con muy poca aprobación, a «Kiki». No le gustaban loros en su tranquilo feudo.

—¡Suénate la nariz! —le aconsejó «Kiki»—. ¡Límpiate los pies! ¿Cuántas veces he de decirte que cierres la puerta? ¡Puh! ¡Pah!

El bibliotecario nada dijo. Jamás le habían hablado de aquella manera antes. Y ahora lo hacía... ¡nada menos que un loro! Estaba irritadísimo.

—Uno, dos, tres, ¡va! —dijo «Kiki». E imitó la detonación de una pistola. El bibliotecario dio un brinco en su asiento.

—Lo siento muchísimo —se apresuró a decir Jack, temiendo que el hombre le echara. Le dio un golpe a «Kiki» en el pico—. Modales, «Kiki», modales. ¡Es escandaloso!

—¡Escandaloso! —repitió el loro, con voz plañidera.

Y se puso a respingar de la misma manera que lo estaba haciendo el bibliotecario. Jack escudriñó el mapa de las islas olvidándose de «Kiki» en su abstracción. Durante mucho rato no pudo encontrar a Thamis. Luego, de pronto, ¡le apareció ante los ojos! No era una isla grande y tenía señalada por la costa lo que parecía ser una ciudad o una población. Una o dos señales pequeñas indicaban, al parecer, pueblos; pero no había más población grande que aquélla. Conque ¡allá era donde había ido la legendaria flota cargada con el tesoro años y años antes! Entró en el puerto en el silencio y la oscuridad de la noche. ¿Cómo descargaron el tesoro? ¿Estaban en el secreto los habitantes de aquel lugar? ¿Dónde lo habían ocultado? Debían haberlo escondido asombrosamente bien para que nadie lo hubiera podido descubrir en el transcurso del tiempo.

Contempló el mapa, evocando mentalmente cuadro tras cuadro, conmoviéndose y excitándose más a cada instante. Exhaló un profundo suspiro, que «Kiki» imitó sin vacilar. ¡Si pudiera ir a Thamis; si pudiese ir a aquella ciudad junto al mar y echarle una mirada siquiera...! Pero sería el señor Eppy quien lo hiciese; el señor Eppy, que se sabía de memoria todas las islas, y que podía permitirse el lujo de alquilar barcos que fueran de una a otra, explorándolas a su antojo.



Jack plegó el mapa con otro suspiro. Desterró de su mente la idea, de una vez para siempre. Uno no podía ir en busca de tesoros a menos que fuese persona mayor. El sentido común le decía que todos los planes que sus compañeros y él habían trazado no eran más que una locura; sueños hermosos, pero completamente irrealizables.

Salió de la biblioteca y marchó a cubierta. Habían puesto proa a otra isla. Iban a navegar muy cerca, para que los pasajeros pudiesen ver la romántica costa, pero sin hacer escala en ella. Así pensó Jack, por lo menos. Cuando se acercaron se dio cuenta de que debía haberse equivocado. O el barco iba a entrar en puerto, o iba a desembarcar gente en la canoa automóvil que había salido al encuentro del buque. Las máquinas dejaron de funcionar en aquel instante, y Jack se asomó a la borda para ver cómo se acercaba la canoa. No tardó en hallarse junto al costado del barco, meciéndose suavemente al impulso de las olas. Descolgaron una escala por el costado del «Viking Star». Alguien empezó a descender por ella, alguien que agitaba el brazo despidiéndose de otros que quedaban a bordo y que gritaban algo en idioma extranjero. Y de pronto Jack se llevó una fuerte sacudida. ¡Aquel alguien era el señor

Eppy! Estaba diciéndoles adiós a su esposa y a su sobrino. Descendió hasta la canoa y saltó sobre la cubierta de ésta. Le descolgaron la maleta con una cuerda. Él alzó la cabeza y volvió a agitar el brazo, viéndosele claramente las gafas de sol. Jack le contempló melancólico y enfurecido.

¡Maldito señor Eppy, maldito individuo! Estaba seguro de que conocía el motivo de su marcha. El señor Eppy sabía lo suficiente para poner las cosas en marcha e iniciar la búsqueda del tesoro de Andra. Iba a Thamis. Se apoderaría del tesoro cuyo paradero él y los demás niños habían descubierto en el mapa. Sería suyo. Y, con toda seguridad jamás sabrían ellos cuál había sido la suerte de tanta riqueza, si había sido hallada, en qué consistía, ni nada. Era como leer la mitad de un libro enormemente emocionante y que se lo quitaran a uno antes de haberlo acabado, sin que jamás pudiera conocer el final.

La canoa automóvil se alejó del buque. Desaparecieron el señor Eppy y sus gafas ahumadas. Jack se apartó de la borda y fue en busca de los otros. Se preguntó si estarían enterados de la partida del tío de Luciano.



Los encontró en el camarote. «Micky» había comido algo que no le sentó bien y tenía náuseas. Le cuidaban con ansiedad. Ni siquiera se habían dado cuenta de que las

máquinas del barco se habían detenido, y volvían a ponerse en marcha ahora.

—¡Vaya! —estaba diciendo Dolly, en el momento de entrar Jack—. Ahora ya está bien. ¿Verdad que sí, «Micky»? No debieras ser tan glotón.

Jack entró con cara tan sombría, que todos se sobresaltaron.

—¿Qué pasa? —inquirió Jorge.

—Lo peor —anunció Jack, sentándose en la cama más cercana—. ¿Quién creéis que se ha ido en una canoa automóvil, con maleta y todo?

—¿Quién? —preguntaron los tres a coro.

—¡El señor Eppy! ¡Corriendo tras nuestro tesoro! Conoce la isla, ha adivinado que el tesoro de Andra debe hallarse allí... y ha marchado a poner las cosas en movimiento. ¡Así es como yo lo interpreto por lo menos!

—Es un golpe muy fuerte —dijo Jorge—. Lo hemos echado a perder todo de verdad. No hemos sabido llevar el asunto, ni mucho menos. Y el señor Eppy es hombre que sabe aprovechar hasta los segundos.

—Ya podemos renunciar a todas nuestras grandes ideas —asintió Dolly—. ¡No hay derecho! ¡Con lo emocionada que me sentía yo!

—Apuesto a que había ido a mandar un radiograma pidiendo que acudiera aquí una canoa a recogerle, cuando yo le vi salir de la cabina del radiotelegrafista —observó Jorge, recordando el hecho—. Ese primer trozo de pergamino debió bastar para hacerle entrar en acción. ¡Ahora ha visto el segundo, y está seguro!

—Es una mala suerte —dijo Lucy—. No solemos llevar las cosas tan mal en otras ocasiones. Hola..., ¿quién viene hacia aquí?

—¡Ah, caramba! —exclamó «Kiki» al punto.

Y, en efecto, se abrió la puerta y entró Luciano con su sempiterna exclamación:

—¡Ah, caramba! ¿Qué creéis que ha sucedido?

—Que te has quitado de encima a tu tío —repuso inmediatamente Dolly.

Luciano rió.

—Sí. Se ha ido. Dijo que había recibido un mensaje urgente de negocios, y que no podía perder más tiempo haciendo el idiota por ahí conmigo y con mi tía. ¡Troncho, lo que yo me alegro de que se haya ido!

—No es una persona muy agradable, en efecto —repuso Jack—. Me alegro de que no sea tío mío. Tiene algunas cosas que no pueden llamarse ni agradables ni atractivas.

—Ni lo son —anunció Luciano, que ahora se sentía libre para decir lo que pensaba de su tío—. ¿Sabéis que quería que le llevase vuestro barquito tallado y que no os dijese una palabra? ¿Qué os parece eso?

—Nada bueno —le contestó Jack—. ¿Y, te lo llevaste?

—¡Claro que no! —exclamó el niño con tanta indignación que todos quedaron convencidos de que decía la verdad—. ¿Por quién me habéis tomado?

Ninguno dijo por quién le tomaban. Les pareció una lástima aguarle la alegría. Luciano les miró, radiante.

—Ahora podremos jugar como es debido, sin que mi tío pueda meterse para nada, ¿verdad?

—No creo yo que la presencia de tu tío nos afectara en un sentido ni en otro —le aseguró Jack—. No deseo volver a hablar con él. Como tema de una conversación, no puede resultar más desagradable. Ahí suena el batintín, avisándonos para que nos vistamos y dirijamos al comedor. Más vale que te vayas, Luciano. No comiste al mediodía, y debes estar medio muerto de hambre.

—Vaya si lo estoy —asintió Luciano.

Y se fue, encantado de la vida. Los otros, sin embargo, parecían cualquier cosa menos encantados. Es más, su aspecto era decididamente sombrío.

—Bueno... he ahí el fin de lo que parecía una aventura la mar de prometedora —dijo Jorge.

Pero estaba equivocado. No era el fin. En realidad, aquello no era más que el principio.

Capítulo XIV

Empiezan a ocurrir cosas

Empezaron a suceder cosas al día siguiente mismo. El buque navegaba, como de costumbre, por un mar azul purpúreo, y el sol brillaba en el firmamento salpicado de nubecillas deslumbradoramente blancas y trozos de luminoso azul. Pasaban planeando las gaviotas, y flotaban sobre el agua o volaban por encima del barco numerosas otras aves. Todos los pasajeros se hallaban instalados cómodamente en las gandulas, leyendo o dormitando, o esperando la llegada de la limonada helada que solían repartir los camareros al mediodía. Hasta los niños, fatigados de tanto jugar al tenis, holgazaneaban en sus asientos.

«Kiki» estaba posado en el respaldo de la silla de Jack, descabezando un sueño también. Había estado persiguiendo a las gaviotas, aturdiéndolas por completo y dejándolas desconcertadas al llamarlas con una voz completamente igual a la suya. Ahora se sentía cansado. «Micky», hecho un ovillo, se había quedado profundamente dormido a la sombra de un bote salvavidas.

Apareció un botones; el encargado de hacer recados y de llevar y traer cosas para los pasajeros. Llevaba ahora un sobre alargado, sobre una bandeja: Iba gritando:

—Radiotelegrama para la señora Mannering... Radiotelegrama para la señora Mannering...

Jorge le dio con el codo a su madre e hizo una seña al botones para que se acercase. La señora Mannering alzó la cabeza con sobresalto al oír su nombre. El muchacho se acercó y le entregó el sobre.

Lo abrió, preguntándose de quién podría ser. Se lo leyó en alta voz a los niños:

«Su tía gravemente enferma la llama. Vuelva en avión, si puede, y yo iré a hacerme cargo de los niños. Radiotelegráfieme, por favor,

BILL».

Todos quedaron silenciosos.

—¡Ay, Señor! —murmuró por fin, la señora Mannering—. Tenía que ocurrir una cosa así durante un crucero. ¿Qué haré? Esta muy bien eso de decir: «Vuelva en avión». Pero, ¿desde dónde? Y, ¿cómo puedo volver siquiera?

—No te disgustes, mamá —le contestó Jorge—. Ya me encargaré yo de todo. Conozco muy bien al segundo oficial y él me dirá lo que has de hacer.

—En cuanto a nosotros se refiere —agregó Jorge—, no tiene por qué preocuparse. Sabe que nos encontramos perfectamente a bordo. ¡Supongo que no querrá que regresemos todos con usted en avión!

—Oh, no; claro que no. Sobre todo después de haber pagado un precio tan alto por el pasaje —respondió la señora, preocupada aún—. ¡Ay, Señor, cuánto detesto que ocurran las cosas tan inesperadamente! De veras que sí.

—Mamá, querida, no te preocupes —dijo Dolly—. Puedes tomar un avión en el primer puerto que toquemos si hay aeródromo. Estarás en Inglaterra mañana. Y Bill se hará cargo de nosotros, como dice. Probablemente te saldrá a recibir a Croydon si el avión aterriza allí, te instalará en el tren, y luego tomará otro avión para reunirse con nosotros. Disfrutará del resto del crucero. Y quizá regreses tú también.

—Oh, no; yo no volveré. No, tía Polly tiene uno de sus ataques serios —respondió la señora—. Ha sido tan buena para conmigo... y para con vosotros también... que he de quedarme con ella hasta que esté completamente restablecida. Oh, ¡qué poco me gusta tener que dejaros!

La señora Eppy no pudo menos de oír todo esto. Le habló a la señora Mannering.

—Yo puedo vigilar a los cuatro hasta que llegue su amigo. Después de todo, tengo que cuidarme de Luciano, que tiene aproximadamente la misma edad. Haré con mucho gusto cuanto pueda.

—Le estoy muy agradecida —dijo la señora Mannering, levantándose de su tumbona, ayudada por Jorge—. Supongo que es una estupidez que me preocupe por ellos...; son bastante mayores ya..., pero, ¡se meten en unos jaleos más grandes a veces!

Marchó con Jorge. Éste resultó muy útil en verdad. Buscó al segundo oficial y, a los pocos momentos, tuvo arreglados todos los detalles con su ayuda. El buque se desviaría un poco de su ruta para hacer escala en una isla que tenía aeropuerto. Se expediría inmediatamente un radiograma para que la estuviese aguardando un aeroplano. La señora se encontraría en Inglaterra en menos de nada.

—Podríamos aguardar en la isla hasta que su amigo llegara en su avión —anunció el segundo oficial, después de consultar con el capitán—. Sólo supondría modificar muy levemente nuestro programa..., que es bastante flexible, como ya sabe. Bueno..., ¿quiere radiarle instrucciones al señor Cunningham para que sepa a qué hora ha de salir a esperarla a Croydon? Fue sorprendente la facilidad con que se arreglaron las cosas después de todo.

—Fue una tontería que me disgustara y azorase —les dijo la señora Mannering a los niños—. Gracias a Jorge, todo se ha arreglado maravillosamente. Me marcharé mañana, y Bill llegará más tarde... Posiblemente la misma noche. ¡Es una delicia!

Las niñas ayudaron a hacer el equipaje. El «Viking Star» puso proa a una isla grande, donde había un buen aeropuerto. Los niños vieron despegar a varios aviones cuando se aproximaba la nave, porque el aeródromo se hallaba cerca de la costa. Acudió una lancha motora en busca de la señora, que dio a los niños un beso de despedida.

—No os metáis en ningún jaleo —les suplicó—. Sed buenos. Manteneos alejados de todo peligro y barullo. Dadle a Bill recuerdos de mi parte y decidle que, como os

meta en alguna aventura, ¡jamás, jamás, le perdonaré!

Agitaron el brazo en despedida al alejarse la canoa. La observaron con los prismáticos, y vieron desembarcar a la señora en el muelle. Un mozo cargó con su equipaje.

—Ha subido a un taxi —anunció Jack—. Ahora parte para el aeródromo. ¡No tardará en estar en vuelo!

Media hora más tarde despegó un avión del aeropuerto de la costa y ganó altura. Voló hacia el barco, describió dos círculos sobre él, y enderezó el vuelo hacia el oeste.

—Ése era el avión de mamá —dijo Jorge—. Hasta me ha parecido verla agitar un pañuelo. Bueno..., ¡feliz viaje tenga! Y ahora hemos de andar al tanto para recibir a Bill.

Un silencio extraño reinó entre los niños. Todos estaban pensando en lo mismo, pero ninguno se decidía a decirlo. Jack carraspeó.

—Ah..., sabéis..., ahora que ha sucedido esto..., ah...

Se interrumpió. Todos aguardaron cortésmente.

—Bueno, sigue —dijo Dolly.

—Ah..., estaba pensando —prosiguió Jack—, estaba pensando que ahora..., bueno..., ahora que viene Bill y todo eso... Ah...

Volvió a interrumpirse. Dolly soltó una risita.

—Lo diré yo por ti —anunció—. Es lo que todos hemos estado pensando. Nuestro querido Bill viene... y podremos contarle todo lo del mapa y del tesoro de Andra... y el señor Eppy. Y, quizá..., ¡quizá haga él algo!

—¡Troncho, sí! —murmuró Jack—. No sabía cómo decirlo para no parecer un poco falto de sentimientos habiéndose acabado de marchar tía Allie. Pero las cosas han cambiado ahora. Tal vez piense Bill que debemos hacer algo.

—Pero, ¡qué requeteestupendo! —exclamó Jorge, respirando profundamente—. ¡Y en el preciso momento en que empezábamos a perder toda esperanza!

—No podíamos arrastrar a mamá a una aventura —dijo Dolly—. Pero con Bill es distinto. Quiero decir..., bueno, no es que él quiera que nos metamos en una aventura..., pero es muy posible que crea que él debe hacer algo.

—Y sabremos, por lo menos, lo que ocurre —asintió Jack—. ¡Qué magnífico va a ser poder enseñarle el barquito tallado... y el mapa... y contarle todo! ¡Hurra por Bill!

Se acercó Luciano con una expresión bastante solemne en el semblante.

—¡Ah, caramba! Siento una barbaridad todo esto. Espero que llegue tu madre sana y salva. Jorge, y que su tía se ponga mejor. Confío que esto no os echará a perder el resto del viaje. Lo siento una barbaridad.

—Gracias —le contestó Jorge—. Ya nos iremos reponiendo del disgusto.

—¡Ah, caramba! Me había olvidado por completo de daros esto. Lo siento. Mi tío me lo dio antes de marcharse, y me dijo que os lo entregara. No puedo imaginarme de

qué se trata.

Jack lo tomó. Adivinó lo que era y no se equivocó. Era el fragmento de mapa que el señor Eppy había tomado «prestado». Lo había metido en un sobre cerrado, con una notita.

«Gracias. No es muy interesante, después de todo.

P. Eppy».

Jack se echó a reír.

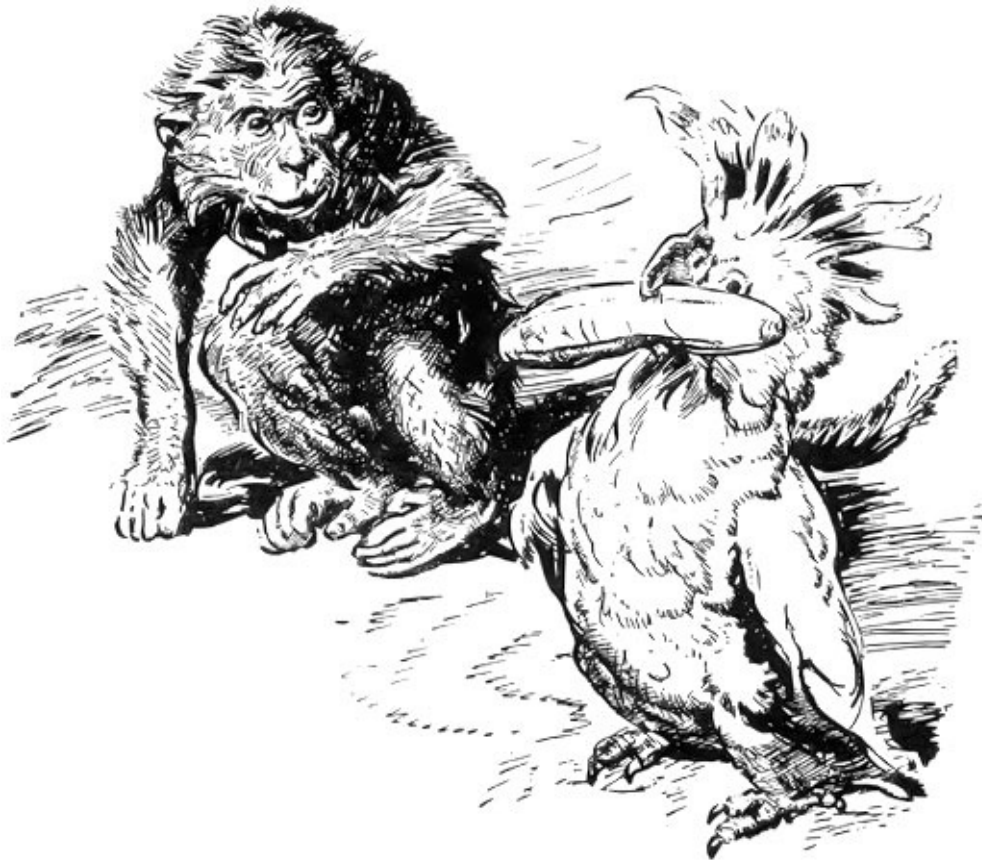
—¡Que no es muy interesante, dice! Apuesto a que se ha entretenido —en copiarlo. ¡De buen provecho le sirva!

Se apresuró a ocultar bien el fragmento en un lugar seguro de su pantalón. Se alegraba de que el señor Eppy no hubiese visto los demás pedazos del plano. No obstante, era muy probable que no le hiciese falta alguna verlos. Quizás adivinara dónde se encontraba el tesoro si conocía la isla. Y, en ese caso, ¡no pararía mucho tiempo allí!

El día transcurrió con bastante lentitud. La señora Eppy resultó un poco molesta, porque se tomó demasiado en serio su promesa de cuidar de los niños. Los buscó a las horas de comer, y hasta le dijo al camarero que los sentara a su mesa. Pero Jack no estaba dispuesto a pasar por ello.

—No, señora Eppy —le dijo cortésmente, pero con firmeza—. Esperamos a nuestro amigo Bill Cunningham esta noche... o mañana por la mañana a más tardar. Conservaremos nuestra propia mesa. Gracias de todas formas por sus cuidados.

Luciano se llevó una desilusión y puso morro. Ni siquiera sonrió cuando «Kiki» y «Micky» se disputaron un plátano, y acabaron por partirlo de un tirón.



Después de la cena, los niños subieron a cubierta, con la esperanza de que llegara Bill aquella noche. El segundo oficial no había recibido mensaje de ninguna clase, conque opinaba que quizá sí que llegase.

—Con toda seguridad me hubiese mandado un radiograma de no llegar hasta mañana —dijo—. Sabe muy bien que tenemos inmovilizado al buque, aguardándole. De todas formas, yo en vuestro lugar me acostaría. ¡A lo mejor llega a medianoche!

Se negaron a acostarse. Sentados sobre cubierta, vieron hundirse el Sol por occidente en un fulgor dorado. Vieron cómo se tornaban rosadas las nubes. Observaron cómo iba deslizándose la oscuridad por el mar y contemplaron las aguas que se iban haciendo más y más purpúreas, hasta apenas distinguirse del firmamento. Las estrellas salieron luego, y las aguas rutilaron de nuevo. Lucy estaba casi dormida en su gandula cuando Jack le dio un codazo.

—¡Despierta! ¡Ahí viene un aeroplano! ¡Quizá sea el de Bill!

Despertó al instante, acercándose a la borda con los demás. El avión descendió a la pista de aterrizaje del aeropuerto. ¡Debía ser el de Bill! Al cabo de media hora, oyeron ponerse en marcha el motor de una canoa automóvil en el puerto.

—¡Es Bill que viene ahora! —exclamó Lucy—: ¡Hurra por Bill!

La canoa se fue acercando más y más. Se detuvo junto al buque, desde el que se descolgó una escala. Alguien empezó a subir por ella. Lucy no pudo contenerse por más tiempo.

—¡Bill! —exclamó—. ¿Es usted Bill? ¡Bill!

Y una voz conocida le repuso:

—¡Ah, del barco! ¡Claro que es Bill!

Y Bill era, en efecto. Estaba saltando a cubierta, y los cuatro niños corrieron a él. Se le echaron encima, le abrazaron, medio le ahogaron, y fueron abrazados a su vez.

—¡Querido Bill! ¡Oh, Bill! ¡Qué alegría volverle a ver! Ahora todo está bien.

—Sí, todo está bien —asintió Bill, levantando a Lucy en vilo—. ¡Caramba! ¡Cuánto me alegro de veros a todos! ¡Ahora sí que nos divertiremos!

Capítulo XV

Bill escucha la historia

Bill tenía hambre y sed. Los niños, excitados y felices, le condujeron al salón, donde pidió unos bocadillos de jamón y pollo y algo de beber para él y, como cosa especial, unos emparedados para los niños.

—Aunque permitidme que os diga que vais a tener unos sueños terribles esta noche por comer tan tarde —les advirtió—. Conque si os persiguen osos en sueños, u os caéis de algún aeroplano, o naufragáis..., ¡no me echéis de ello la culpa a mí!

—No se la echaremos —respondió Lucy—. De todas maneras, ahora que sé que está usted aquí, ni siquiera me importará tener pesadillas... ¡Aparecerá usted en ellas para salvarme!

El camarero se presentó con la comida, sonriendo. También llevaba un plátano para «Micky» y otro para «Kiki», cada uno en su plato. A «Kiki» los platos le causaron una viva impresión: ¡pocas veces le servían o él en uno de aquellos cacharros! Se empeñó en volver a poner en él su plátano después de cada picotazo, con gran regocijo de los niños.

—Veo que «Kiki» se ha vuelto todo cortesía —observó Bill, dándole un formidable mordisco a su bocadillo—. ¡Caramba!, ¡qué bueno está esto! Hace horas que no como nada. Bueno, chicos, ¿cómo van las cosas?

—Tenemos mucho que contarle, Bill —dijo Jack—. Y es la mar de interesante todo. Hemos tropezado con algo la mar de emocionante.

—Sí, claro; lo contrario me hubiese extrañado —dijo Bill—. Pero, ¡no creáis que vais a meterme en ninguna de esas aventuras atolondradas esta vez! He venido a hacer un viaje tranquilo y reposado.

«Kiki» lanzó un formidable chillido que le hizo dar un brinco.

—¡«Micky»! —exclamó Jack—. ¡Te has llevado el plátano de «Kiki»! Dale un cachete. Jorge. No tardará en haber pelea de lo contrario. Bueno, «Kiki», ya te conseguiré otro. Pobre lorito, ya ves lo que has adelantado con dar muestras de modales. Colocas comedidamente el plátano sobre el plato, después de cada bocado... ¡y va «Micky» y te lo quita!

—Es muy mono ese mico —dijo Bill, acariciándole la barbilla a «Micky»—. Supongo que es tuyo. Jorge. No comprendo cómo te las arreglas para ir recogiendo animales por todas partes. A ver..., has tenido un zorro pequeño..., una lagartija..., un escincoideo..., un cabrito blanco como la nieve..., dos frailecitos..., ratas blancas... y ahora, un mono. Vaya, vaya... Bueno, mientras no se te ocurra hacerlo con un hipopótamo o un puñado de leones..., ¡por mí no hay inconveniente!

Los niños ardían en deseos de hablarle del mapa del tesoro, pero les pareció que

debían dejarle comer los bocadillos primero. Les contó cómo había salido a recibir a la señora Mannering al aeródromo en Inglaterra, y la había dejado instalada en el tren con rumbo a casa de su tía. Luego montó en su avión particular y emprendió el vuelo.

—¿Solo? —preguntó Lucy.

—No. Con un amigo mío... Tim Curling... No creo que le conozcáis vosotros. ¿No quieres comerte todos tus emparedados, Lucy? Bueno, pues ya te ayudaré yo a comerlos. Sí, Tim vino también, y le dejé con el aeroplano. Va a alquilar una canoa automóvil y navegar un poco por ahí.

—¡Oh! ¡Cuánto me gustaría que pudiésemos nosotros hacer eso también! —exclamó Dolly.

—¿De veras? —respondió Bill, sorprendido—. ¡Si yo creí que os gustaba estar en este buque tan grande y cómodo! Estáis acostumbrados ya a los barcos de remo, de vela y de motor. Éste debe resultar una novedad para todos vosotros.

—Y lo es —asintió Jack—. Pero..., bueno, ¿le contamos nuestras noticias, Bill?

El detective se comió hasta el último trozo de los emparedados y terminó de beber. Abrió la boca en colosal bostezo, que «Kiki» se apresuró a imitar.

—Supongo que no puede esperar hasta mañana, ¿verdad? —dijo. Luego vio la desilusión reflejada en el rostro de los niños y se echó a reír—. Oh, bueno..., desembuchad.

—Trae el barquito tallado, Lucy —ordenó Jack—. Yo tengo los cuatro fragmentos del mapa. Date prisa. Aguardaremos a que regreses antes de empezar.

Lucy marchó corriendo. Regresó muy aprisa, jadeando, con el barquito entre las manos. Bill lo tomó.

—¡Qué preciosidad! —exclamó—. Esto tiene mucho valor, ¿lo sabíais? ¿De dónde lo sacasteis?

Salió entonces la historia de cómo había descubierto Lucy el barco en la botella en compañía de Luciano, comprándolo como regalo para Jorge en el día de su cumpleaños. En voz excitada y baja, para que nadie pudiese oírles, los niños explicaron cómo se había roto la botella y de qué inesperada manera habían encontrado dentro el pergamino. Luego Jack sacó el mapa, en cuatro pedazos todavía. Bill lo examinó con interés. Luego se puso en pie.

—Bajad a mi camarote —dijo—. Creo que será más prudente hablar allí. Todo esto resulta algo extraordinario.

Satisfechos de la forma en que Bill había recibido su relato, los niños bajaron la escala en dirección a los camarotes. Se metieron todos en el de Bill. Lo conocían perfectamente porque había sido el que ocupara su madre. Lograron comprimirse todos lo bastante para sentarse encima de la cama con Bill en el centro.

—Corred un poco a «Micky», ¿queréis? —suplicó el detective—. No hace más que largarme la respiración por el cuello. Bueno, vamos a ver..., ¿qué es este mapa? Es muy antiguo, eso se ve. ¿Por qué está en cuatro pedazos? Explicádmelo.

Se lo dijeron. Le contaron la leyenda del tesoro de Andra. Le hablaron de la

extraña conducta del señor Eppy. Le dieron a conocer su partida y todo lo que temían.



Bill escuchó atentamente, haciendo una breve pregunta de cuando en cuando. Una vez hubieron terminado, sacó la pipa, empezó a cargarla, muy despacio, de tabaco. Los niños aguardaron. Sabían que Bill estaba meditando. Les latió con violencia el corazón. ¿Qué pensaba Bill de su relato? ¿Lo tomaría en serio? ¿Tomaría cartas en el asunto?

—Bueno —dijo el detective, encajándose la pipa entre los dientes y hablando por las comisuras de la boca, mientras se buscaba una cerilla en el bolsillo—. Bueno..., pues creo que habéis dado con algo. Pero baso mi creencia en el comportamiento del señor Eppy y no en el mapa, puesto que no sé lo bastante de él para descifrarlo. Habéis dado muestras de ingenio en vuestra intentona por conseguir que os lo expliquen, y habéis acoplado muy bien varios hechos curiosos... tal como el haber descubierto el nombre de Andra en el barquito, y vuelto a observarlo en el mapa.

—Sí; eso fue un golpe de suerte —asintió Jack—. ¿Cree usted que el mapa es de verdad auténtico, Bill? Quiero decir..., ¿cree usted que existe alguna esperanza de que indique dónde se encuentra el antiguo tesoro?

—No lo sé —contestó Bill, dándole chupadas a la pipa—. No tengo manera de

saberlo. Tendría que llevarle el mapa a un experto, hacerlo descifrar debidamente, averiguar todo lo posible acerca de la leyenda de Andra... Quizá no sea más que un cuento, ¿comprendéis?... y ver si existe, en efecto, una isla que se llame Themis y qué aspecto tiene.

—Sí que existe —anunció Jack, con voz triunfal—. La encontré yo en un mapa. Bill se echó a reír.

—No sé cómo es que siempre os las arregláis para dar con algo extraordinario —dijo—. Cuando empezaba a creer que nos esperaba un crucero agradable y tranquilo, descubro que he de ir a la caza de un experto en documentos antiguos capaz de traducir un griego tan remoto, que es probable que resulte imposible leerlo correctamente. Y si hay algo en el asunto, supongo que no tendremos más remedio que visitar esa isla llamada Themis.

—¡Bill! ¿De veras, Bill? —exclamó Jack, encantado.

Y Jorge se puso a saltar sobre la cama, casi tirándoles al suelo a todos. Dolly agarró a Lucy, con los ojos muy brillantes. Estaban todos llenos de alegría de que Bill no se hubiese reído del asunto.

—Más vale que nos acostemos ahora —dijo Bill—. Es muy tarde. Hablaremos de todo esto por la mañana. Pero..., ¡no os excitéis! Lo más que podemos hacer es entregarle este mapa a un experto y quizá hacer una excursión de ida y vuelta a Themis, si es que está lo bastante cerca, para echarle una mirada. Después de todo, no hay que olvidar que estamos haciendo un crucero.

Los niños se levantaron de mala gana, Bill les acompañó a sus respectivos camarotes.

—Voy a subir a cubierta a acabar de fumarme la pipa —anunció—. ¡Que descanséis!

Jack y Jorge se despertaron con sobresalto a primera hora de la mañana. Se incorporaron. Empezaba a filtrarse la luz por el portillo y se oía un ruido muy curioso muy por debajo de ellos.

—Son las máquinas del buque —dijo Jack con alivio—. Me estaba preguntando qué rayos podía ser... ¡Qué ruido más extraño hacen! ¿Qué está pasando?

—Se han parado —anunció Jorge, después de escuchar unos instantes—. No..., ahí van otra vez... y no suenan nada bien. No tienen ese zumbido uniforme de otras veces. Dios quiera que no haya sucedido nada anormal.

—Han vuelto a pararse ahora —dijo Jack—. Bueno..., si hay peligro, ya oiremos tocar la sirena y el camarero vendrá a golpear nos la puerta.

—Sí. Y los chalecos salvavidas están preparados dentro del armario; conque no hay nada de qué alarmarse —asintió Jorge, sintiendo sueño otra vez—. No es nada. Vamos a dormirnos.

Pero a la hora de levantarse descubrieron que el buque seguía sin usar las máquinas. Se hallaba estacionado en el azulado mar, meciéndose un poco, a no más de una milla o dos de la isla en que se encontraba el aeródromo más próximo.

—¡Qué raro! —exclamó Jack, vistiéndose a toda prisa.

Llamó a la puerta de las muchachas al pasar por delante acompañado de Jorge. Subieron a cubierta y encontraron a su amigo, el segundo oficial.

—¿Qué ocurre? —le preguntaron—. ¿Por qué nos hemos parado?

—A Mac le están dando que hacer sus máquinas —les respondió el oficial—. Supongo que pronto estarán funcionando como es debido otra vez.

Vieron acercarse a Bill. El detective llevaba levantado un buen rato y había estado dando vueltas por cubierta para hacer ejercicio. Corrieron a su encuentro, y él sonrió.

—¡Hola! ¿Estáis preparados para desayunar? Yo tengo un apetito voraz. Hola, «Micky»; hola, «Kiki».

—«Micky», «Kiki», «Micky», «Kiki», «Mi...» —empezó el loro y Jack le dio un golpe en el pico.

—Basta. Haz un poco de ejercicio. Ve a perseguir a las gaviotas.

Pero «Kiki» no tenía el menor deseo de hacerlo. Estaba aburrido de gaviotas ya. Además, quería desayunar. El desayuno resultaba agradable a bordo porque siempre había toronjas, y a «Kiki» le encantaban. Le gustaban con delirio las cerezas con que adornaban las medias toronjas, y los niños se turnaban en darle la suya.

Una vez terminado el desayuno, llevaron a Bill a ver todo el barco. No les permitieron bajar a la sala de máquinas porque éstas no marchaban bien. Mac estaba de un humor de perros, y llevaba toda la noche tratando de repararlas.

Aquella mañana apareció una nota en el tablero de avisos:

«Como consecuencia de una avería en las máquinas, el “Viking Star” vuelve a puerto. Se dará una nueva notificación a los señores pasajeros a las seis en punto de esta tarde».

El «Viking Star» regresó lentamente a la isla del aeropuerto, funcionando laboriosamente las máquinas y con extraño ruido. Salieron a su encuentro varias embarcaciones motoras para averiguar qué sucedía. En una de ellas iba Tim, el amigo de Bill. No tardó en hallarse a bordo, y el detective hizo las presentaciones.

—Tim, éstos son los cuatro niños de los que te hablé. Ten cuidado con ellos, o te meterán en alguna aventura peligrosa. Son así. Colócalos en el centro de un témpano de hielo ¡y se las arreglarán para encontrar una aventura!

Tim les fue simpático a los niños. Era más joven que Bill, y tenía una mata de pelo muy rebelde con la que jugaba el viento, y unos ojos tan verdes como los de Lucy. Tenía tantas pecas como ella y como Jack, y una risa la mar de contagiosa.

—Más vale que desembarquéis en la lancha motora conmigo, ¿no? —le dijo a Bill—. Volver a la isla. Es interesante.

—De acuerdo —respondió Bill—. Pasaremos el día juntos. Vamos, niños..., ¡escala abajo todos!

Capítulo XVI

Bill hace una cuantas averiguaciones

Pasaron un día maravilloso en la isla. Tim alquiló un coche, y se marcharon a explorar. Comieron en una población grande que había en el centro de la isla, una población de verdad, con tiendas, autobuses y cines. Después de comer, Bill desapareció.

—He oído hablar de un viejo que es un verdadero experto en documentos antiguos —les dijo a los niños—. Uno de los más grandes que existen, es una suerte. Iré a verle. Llevas los cuatro fragmentos del mapa, ¿verdad, Jack?

El niño hizo un gesto afirmativo. Los niños habían decidido que resultaría más seguro llevarlos encima que dejarlos a bordo. Se los dio a Bill dentro de un sobre.

—¡Ojalá diga el experto que es auténtico! Escuche..., ¿se lo decimos a Tim?

—No correréis ningún peligro haciéndolo. ¡Tim es de absoluta confianza! Pero que él crea en vuestra historia o no, eso ya es harina de otro costal.

Conque, durante la ausencia del detective, los muchachos le contaron su secreto a Tim. Éste mostró cierta tendencia a sonreír primero y considerarlo todo simple fantasía. Pero los vio tan serios, que comprendió que ellos, por lo menos, se lo creían todo. Intentó mostrarse serio también.

—Es la mar de maravilloso —dijo—. También creía yo en todos esos cuentos de tesoros cuando era niño. Ha sido muy bueno y comprensivo Bill con tomarlo en serio y con ir a que descifrarán vuestro mapa.

Los niños se dieron cuenta de que no se tomaba el relato en serio en realidad, y dejaron el tema, corteses, pero chasqueados. Una pequeña duda se introdujo en la mente de Lucy. ¿Sería un simple cuento? No..., no era posible que el señor Eppy hubiera obrado de aquella manera tan rara de carecer de importancia el asunto.

Bill tardó mucho en regresar. Los niños estaban cansados ya de esperar y Tim estaba sugiriendo que fueran a hacer una excursión en el coche a una colina de forma rara que se veía en la distancia cuando apareció el detective por fin.

—Siento haber tardado tanto —dijo—. Encontré al viejo. Parece como si hubiese salido del siglo XV, tan anticuado y polvoriento está. Y es tan lento en sus cosas, que casi me dio un ataque de histeria. Pero no cabe duda que es una autoridad en estas cosas.

—¿Qué dijo? —preguntó Jack, congestionado de emoción.

—Es auténtico. De eso no cabe la menor duda —repuso el detective, y todos suspiraron de alivio—. No se sabe si será una copia de algún mapa aún más antiguo, o si es un mapa original, trazado por un marinero griego, hace cosa de cien años o así; probablemente se trata de una mezcla de ambas cosas según él. La isla de Themis. Se

la señala claramente en el mapa y, aun cuando el nombre no figurase, hubiera podido reconocérsela por su forma: uno de sus extremos presenta su litoral con una configuración muy rara.

—Sí, eso ya lo noté —dijo Jorge—. ¡Siga, Bill!



—El mapa consta de dos partes distintas —prosiguió el detective—. Una de ellas muestra la isla y lleva marcada una ciudad o puerto. El experto no conoce personalmente la isla; conque no puede asegurar de cuál de las dos cosas se trata. En la otra parte se ve la ciudad o el puerto en cuestión y es, al parecer, una guía o un conjunto de instrucciones para llegar a un punto determinado de la población donde se halla algo de gran valor. Dice que no está claro si este algo es un tesoro, un templo o acaso una tumba; sólo sabe que es algo de gran valor para la persona que trazó el mapa primitivo.

Los niños le estaban escuchando, pendientes de sus palabras. ¡Aquello era maravilloso!

—Pero..., ¿no cree él que se trate del tesoro de Andra? —inquirió Jack.

—Él no conoce muy bien esa historia, al parecer... Dice que existen centenares de leyendas acerca de piratas, tesoros, secuestros y todo eso..., la mayor parte de ellas falsas.

No tuvo gran cosa que decir sobre ese particular. Se inclina a creer que se trata de un templo.

—Yo creo que se trata del tesoro de Andra —anunció Lucy, con los ojos muy

brillante—. ¡De veras que sí!

—Conseguí que nos volviera a dibujar todo el mapa con las palabras griegas en inglés..., pues lo habla extraordinariamente bien —dijo Bill.

Y extendió sobre sus rodillas una hoja nueva de papel, en la que aparecía reproducido el mapa con palabras inteligibles para ellos. Los niños lo contemplaron, demasiado emocionados para poder hablar. Sí, aquélla era la reproducción exacta, con palabras inglesas, y a las partes descoloridas trazadas claramente. ¡Cuan maravilloso! Hasta el propio Tim sintió un gran interés y casi empezó a creerse la historia.

Jack leyó algunas de las palabras, escritas en inglés, en un susurro:

—Laberinto..., catacumbas..., dos-dedos..., diosa..., pájaro..., campana..., ¡troncho!, ¿qué significa todo eso? ¿Están los laberintos y catacumbas en esta ciudad o puerto? ¿Escondieron el tesoro en ellos?

—No lo sabemos. Lo único que nos consta es que aquí se señala el camino para llegar a un lugar determinado de la ciudad, donde puede encontrarse algo de valor..., si es que no se ha encontrado ya, y se lo han llevado, o si no ha sido destruido —contestó Bill—. Pero no debéis olvidar que el original de este mapa cuenta probablemente con centenares de años de existencia. Es muy probable que el camino señalado haya desaparecido ya. Es más, lo más lógico es que ya no exista.

—¡Oh, Bill! ¿Cree usted eso de verdad? —inquirió Dolly con reproche.

—Pues, con franqueza, sí —respondió el detective, con gran desilusión de los muchachos—. Creo que el mapa es auténtico..., de eso no cabe duda, en realidad..., pero también creo que todo esto ha sucedido hace tantos siglos, que no hay la menor esperanza de hallar el camino secreto que aquí figura. O se habrá construido ya por encima de él, o habrá quedado destruido, o se habrá olvidado por completo..., de suerte que a lo mejor no hay ni entrada siquiera a las catacumbas o a los laberintos, sean éstos cuales fueren.

—Pero..., es evidente que el señor Eppy cree que existe alguna esperanza —dijo Jorge.

—¡Ah, eso me recuerda!... Ese viejo, el que he visitado, conoce al señor Eppy. Dice que es un verdadero maniático en estas cuestiones..., le traen verdaderamente de canto. Y, como consecuencia de ello, lleva a cabo las mayores excentricidades concebibles. Compra y vende islas como si se tratara de libros, de alfombras o de cuadros. Reconoce que el señor Eppy sabe mucho de las islas y de las antigüedades que en ellas pueden encontrarse... Pero no cree que, porque crea en el mapa, por ejemplo, ello implique que haya motivos para excitarse. Me dio a entender que por el mero hecho de que el señor Eppy le dé importancia, casi es como para que los demás hagan todo lo contrario.

—¡Maldita sea! —exclamó Jack—. Así, pues, es posible que no signifique este mapa nada después de todo. Mejor dicho, lo más probable es que no tenga valor alguno.

—Eso es lo más probable, en efecto, como tú dices —asintió el detective—. Ello no obstante, si tuviéremos la ocasión, y no la tendremos, claro, nada me importaría alquilar una canoa automóvil y hacer una excursión a Themis, dondequiera que se encuentre.

—¡Oh! ¡Ojalá pudiéramos! —dijo Lucy—. Resultaría delicioso, aunque no fuera más que verla.

—Os podría llevar yo —anunció inesperadamente Tim—. Es decir, si no está demasiado lejos.

—No hay tiempo —respondió el detective plegando el mapa—. Tenemos que estar de vuelta a las seis, como sabes. Gracias de todas formas, Tim. Bueno, creo que va siendo hora de que nos pongamos en marcha.

Para cuando llegaron al puerto, eran las cinco y media. Al «Viking Star» lo habían pilotado hasta el mismísimo malecón, y yacía allí, blanco y hermoso, pero sin señal alguna de movimiento que implicara la inminencia de la partida. Estaba puesta la pasarela y bajaba por ella un tropel de viajeros, entre ellos Luciano y su tía. No le habían visto en todo el día, salvo de lejos, y no le habían hecho el menor caso entonces, puesto que no deseaban que se les colgara, ahora que tenían allí a Bill. El niño les saludó agitando el brazo y gritó:

—¡Ah, caramba! ¿Dónde habéis estado todo el día? Mi tía quería que fueseis con nosotros a comer con unos parientes míos de la isla.

—¡Lo sentimos! —le gritó Jack en respuesta—. ¡Teníamos otros planes! ¡Ya nos veremos otro rato!

—¿Quién es ese muchacho? —inquirió Bill—. Ah..., supongo que será Luciano, el sobrino de vuestro señor Eppy. ¡Debe resultaros un engorro!

—Oh, sabemos tratarle y mantenerle a raya cuando nos conviene —dijo Jorge—. Mire..., aquí está el tablero de avisos. Y hay uno puesto. ¿Qué dice?

El aviso estaba escrito con tiza sobre el negro tablero. Decía lo siguiente:

Los armadores del «Viking Star» tienen el sentimiento de comunicar a los señores pasajeros que el buque se verá precisado a permanecer en el puerto durante uno o dos días para reparar las averías que ha sufrido en las máquinas. Los señores pasajeros podrán permanecer a bordo si así lo desean, o instalarse en el hotel que los armadores han dispuesto para dar alojamiento a los que prefieran pasar estos días en tierra. También podrán hacer uso de las lanchas motoras que los armadores suministrarán para los que deseen explorar esta romántica extensión del mar Egeo.

Firmado: L. Peterson, capitán

El mismo pensamiento se le ocurrió a los cuatro niños a un tiempo. Se miraron unos a otros, brillantes los ojos.

—Podríamos, ¿verdad que sí? —dijo Lucy.

Y los otros la comprendieron.

Jack movió afirmativamente la cabeza. Tomó del brazo a Bill. El detective miró a los niños. Sonrió expansivamente, y luego soltó una carcajada al ver la ansiedad con que cuatro semblantes le contemplaban, reflejando todos una misma pregunta.

—¿Podemos ir a Thamis, después de todo...? Esto es lo que queréis saber, ¿eh? —dijo—. Pues, la verdad, no veo por qué no hemos de hacerlo. Todo parece indicar que vamos a estar aquí unos días, y si la compañía nos suministra una lancha motora..., bueno, ¡aceptaremos su bondadoso ofrecimiento y saldremos por ahí con ella!

—¡Bill! ¡Bill! ¡Eso es maravilloso! —exclamaron todos.

Y Jack y Jorge empezaron a golpearse mutuamente la espalda, y las niñas le oprimieron los brazos a Bill hasta hacerle chillar. «Kiki» y «Micky» se largaron a toda prisa del brazo de los muchachos yendo a refugiarse, con sorpresa y disgusto, al tablero de avisos, sobre el que se posaron.

—Vamos..., basta de comedia —dijo Bill, riendo aún al ver la alegría de los niños—. Subamos a cubierta y hagamos planes antes de mudarnos para comer. Recoged a «Micky»... Está borrando la primera parte del aviso con la cola.

Se dirigieron a un rincón favorito de la cubierta de paseo y se sentaron.

—Suenan demasiado bueno para ser verdad —dijo Jack, encantado—. Nos ponemos a pensar que todo es inútil, que tendremos que renunciar a nuestros propósitos... y, de pronto, sucede algo imprevisto y todo se arregla.

—Sí; sabíamos que no podíamos hacer nada sin Bill, y Bill no estaba aquí. Y, de pronto, se presentó —dijo Lucy.

—Y, luego, sabíamos que seguíamos sin poder hacer nada, porque tendríamos que continuar el crucero en el buque —agregó Dolly—, y de pronto, ¡sufre una avería, tiene que quedarse en puerto, y podremos largarnos solos!

—Es extraordinaria la manera con que conseguís todo lo que deseáis —dijo Bill—. Hablemos de la lancha motora para mañana. Creo que alquilaremos una por nuestra cuenta. Si usamos una de las que suministren los armadores, tendremos que ir con otros pasajeros..., y es seguro que ellos no querrán ir a Thamis, esté donde esté.

—Ni nos interesaría a nosotros su compañía —contestó Jack—. No... Alquilaremos una lancha por nuestra cuenta. ¿Puede venir Tim también?

—Tiene otros planes —respondió Bill—. Pero se lo diremos por si quiere acompañarnos. Bueno..., resultará emocionante por lo demás. Tendré que averiguar esta noche dónde está Thamis exactamente. Es necesario que nos enteremos de la ruta exacta, de lo contrario podríamos pasarnos semanas y semanas navegando por entre las islas.

—Oh, Bill..., ¿verdad que es magnífico? —dijo Lucy—. Trabajo me cuesta aguardar hasta mañana. Jack, Jorge..., ¡vamos a ver la isla del tesoro después de todo! ¡Vamos a verla de verdad!

Capítulo XVII

¡A Thamis, por fin!

Bill no tardó en obtener toda la información que deseaba.

—Ésa es la ventaja de ser persona mayor —dijo Dolly—. Las personas mayores parecen poder averiguar siempre cualquier cosa, y disponerlo todo en muy poco tiempo.

—Sí... Bill ha averiguado dónde está Thamis, ha conseguido un mapa de la ruta, y ¡hasta ha logrado descubrir el nombre de un marinero griego que tiene una canoa automóvil y conoce el camino! —dijo Jack, con admiración.

—Habló con un marinero griego tripulante de este barco, y supo que un hermano suyo era propietario de una canoa de alquiler —contestó Jorge.

Llegó la mañana siguiente. Los niños habían hecho un buen desayuno y el camarero que les servía tan bien en el comedor les dio unos enormes paquetes de comida para llevarse consigo.

—He puesto también una toronja entera, dos cervezas y cuatro plátanos para el señorito «Micky» y el señorito «Kiki» —dijo, bailándole la risa en los ojos.

Lucy se echó a reír.

—¡Oh! ¡Qué raro y qué cómico suena llamarles así! ¡Señorito «Kiki»! «Kiki», ¿has oído eso? ¡Señorito «Kiki»!

—Señorito Kiki, ñoritokiki, kikiñorito —empezó el loro. Y soltó luego una carcajada.

Bajaron todos al malecón por la pasarela. Tim les estaba aguardando. Había oído la noticia.

—Buenos días, jefe —le dijo a Bill—. ¿Puedo hacer algo en su obsequio hoy?

—Nos vamos a echarle una mirada a Thamis —le contestó Bill—. Le he alquilado la canoa a un griego que conoce la ruta, al parecer. ¿Querrías venir con nosotros?

—Si ya has hecho los planes y te da igual, no os acompañaré hoy —contestó Tim—. Tengo aquí un individuo que quisiera volar un rato. ¿Puedo llevarle en el avión?

—Claro que sí —contestó el detective.

—Y si vuela usted por encima de Thamis, salúdenos —dijo Jack.

—De acuerdo —sonrió Tim—. Me enteraré de dónde está esa isla. Estad al tanto.

Se marchó, y Bill se volvió para buscar la embarcación que había alquilado. Se le acercó un griego bajo, moreno, de ojos brillantes y tímida sonrisa. Saludó y habló en inglés chapurreado.

—Yo Andros, señor, gracias. Mi hermano él dice que «mister» quiere mi barco. «Mister», señor, aquí lo tengo.

—Bien. Gracias, Andros —contestó Bill, contemplando el barquito, limpio y bien cuidado, atracado allá cerca—. Es una embarcación muy bonita. Usted conoce la ruta de Thamis, ¿verdad?

—Thamis. Sí, «mister». Pero Thamis sitio pobre. Andros le lleva islas hermosas.

—No, gracias. Queremos ir a Thamis —contestó con firmeza el detective.

A Andros pareció sorprenderle que quisieran ir a Thamis.

—Isla pobre —repitió—. Visitas no van allí, «mister». Yo le llevo sitio hermoso.

—Escuche..., ¿es que no sabe ir a Thamis? —preguntó Bill—. Parece como si no supiese. Ah, sabe... Bien, pues entonces, a Thamis. Y ya podemos ponernos en marcha.

—Thamis, «mister», señor —asintió Andros—. Sí, sí, Thamis. Isla muy, muy vieja, pero nada ahí ahora, «mister».

Miró con interés al loro y al mono.

—¿Ellos vienen al mismo tiempo también?

—Claro —repuso Jack, subiendo a la canoa y ayudando a las muchachas a imitarle—. Vamos, Bill, «mister», señor.

—¡Misterseñor, misterseñor, misterseñor! —aulló «Kiki»—. ¡Pii, suena el pito! ¡Pam, pum, Dios salve al Rey!

Andros le miró, boquiabierto. «Micky» le saltó al hombro y luego volvió de un brinco al de Jorge, tan excitado estaba. Hasta le tiró de la cola a «Kiki», verdadera estupidez, porque «Kiki» acecharía ahora la ocasión para darle un picotazo... ¡y «Micky» tenía una cola muy larga en que recibirlo!

Andros puso el motor en marcha. La embarcación salió del pequeño puerto, dejando atrás al «Viking Star», bello, pero silencioso. No tardaron en hallarse en alta mar, surcando las olas y meciéndose sobre ellas. El sol calentaba, pero el viento era fuerte. El cabello de las niñas ondeó tras ellas, que rieron de deleite al sentir tanto aire en la cara. Después del calor del barco, aquello resultaba delicioso.

—¿A qué distancia está Thamis? —inquirió Jack.

Andros volvió la rizada cabeza.

—Cuatro horas, cinco horas —dijo.

—¿Va usted allí con frecuencia? —preguntó Bill.

—No, no, «mister», señor. Isla pobre. Voy a Janos, la siguiente, donde mi hermana vive. Thamis isla muerta, «mister», señor.

—¿Qué querrá decir? —se preguntó Jack—. ¡Una isla pobre muerta! No suena gran cosa como sitio, ¿verdad?

—Hombre, alguna clase de puerto o población tendrá que haber allí —repuso Jorge—. El marcado en el mapa. Parecía bastante grande. Debe haber la mar de habitantes, y eso significa tiendas y cosas. ¡No puede estar muerta del todo!

Fue una excursión agradabilísima. El mar estaba picado y, sin embargo, se hallaba lleno de destellos y centelleos. La embarcación avanzaba como un ser vivo, ronroneando su motor. A las doce comieron todos, bendiciendo al camarero que se le

había ocurrido ponerles una merienda tan espléndida.

—Cinco clases distintas de emparedados..., cuatro clases distinta de pastel..., media libra de galletas..., panecillos, mantequilla, queso y tomates..., toronjas, cerezas y plátanos para «Kiki» y «Micky» —dijo Jack.

Lucy se sentó a comer, muy contenta, de cara al viento. Parecía muy feliz. Los otros la miraron y se dieron codazos unos a otros para llamarse la atención. Aguardaron. Sabían exactamente lo que iba a decir. Abrió la boca y todos dijeron a coro:

—¿Sabéis? ¡Siempre me parece que la comida sabe mucho mejor cuando se come al aire libre!

Lucy les miró con sorpresa.

—¡Qué extrañísimo es eso! —exclamó—. Estaba a punto de decir yo eso mismo.

Los niños se echaron a reír.

—Ya lo sabíamos —dijo Jorge—. Lo dices siempre, Lucy. Aguardamos a que abrieras la boca para decirlo y, ¡te ahorramos el trabajo!

—¡Tontos! —dijo Lucy. Y se echó a reír.

Andros rió también. Le eran simpáticos aquellos niños y sus extraños animales. Se habían negado a compartir sus provisiones y estaba consumiendo la comida de que se había provisto él. Ésta se componía de un pan bastante negro, un queso muy fuerte a juzgar por el olor, y una jarra de bebida de alguna clase.

«Kiki» y «Micky» consumieron su ración juntos, con solemnidad. A «Micky» le hacía poca gracia la fuerte brisa que le soplaban todos los pelos hacia atrás o hacia delante, según se sentase. Y tampoco le gustó nada a «Kiki» cuando se le alzaron las plumas como un paraguas vuelto al revés. Los dos se colocaron en un rincón resguardado, compartiendo la toronja, las cerezas y los plátanos. «Micky» peló cortésmente un plátano y se lo entregó a «Kiki».

—Le quita la piel de la misma manera que nosotros —dijo Lucy—. Siempre me parece la mar de listo cuando le veo hacerlo.

—Listo —dijo Andros, señalando a «Micky»—. Bueno y listo.

Por desgracia, «Micky» estropeó la buena opinión que el marino tenía de él, tirando la piel de plátano tan descuidadamente, que le aterrizó a Andros encima de la cabeza, colgándole de una manera muy cómica por encima del ojo derecho. «Kiki» soltó una de sus risotadas, y estaba a punto de agregar la piel de su plátano a la de «Micky», cuando Jack intervino y se la quitó.

—Misterseñor, misterseñor, míster loritoseñor —graznó «Kiki», intentando apoderarse nuevamente de la piel.

El barco continuó su marcha, pasando de cuando en cuando otras islas una o dos grandes, pero la mayoría pequeñas. Por fin alzó Andros la mano y señaló hacia oriente.

—Thamis —dijo—. «Mister» señor, Thamis.

Todos miraron con avidez hacia el lugar que señalaba. Vieron una isla pequeña,

purpúrea en la lejanía, que parecía ir alzándose más sobre el agua a medida que se acercaban. ¡Thamis! ¿Era de veras Thamis, la antigua isla señalada en el mapa? Los niños se inclinaron hacia delante con avidez, y la vieron cómo tomaba forma. La imaginación de Lucy se puso a trabajar. Luengos años antes, pensó, la flota de barcos cargados de tesoros se había acercado sigilosamente a aquella isla durante la noche. Pronto verían la ciudad que muestra el mapa..., ¡la ciudad del tesoro!

«Quizás —pensó— uno de los barcos se llamara “Andra” como nuestro propio Barco de la Aventura. Quizá se dirigiera al mismo punto que nos dirigimos nosotros. Nos estamos aproximando mucho. Veremos la ciudad pronto, la que está señalada en el pergamino».

—¿Hay un buen puerto? —inquirió Bill, volviéndose hacia Andros.

El hombre pareció sorprenderse.

—Oh, no, «mister», señor. No puerto ahora. Sólo dos sitios en que desembarcar. Yo, Andros, los dos conozco. Les llevo al puerto de la ciudad antigua.

—¡Magnífico! —se dijo Jack—. Ahora estaremos ya pronto allí... en la ciudad antigua que señala el mapa. Dios quiera que no la hayan modernizado demasiado, como las poblaciones que hemos visto en algunas islas. Ah..., ahora sí que estamos cerca.

Lo estaban. Les era posible ver playas rocosas azotadas por las olas. Buscaron la ciudad, y vieron edificios que llegaban hasta la propia orilla del mar. Parecía raro que no hubiese un puerto como era debido. Las ciudades costeras siempre tenían puerto.

El barco avanzó con cuidado, yendo Andros al tanto para no dar con ningún escollo, siguiendo una ruta que parecía conocer. Se dirigía a una especie de canalizo que penetraba tierra adentro. Los niños guardaron silencio al aproximarse a la isla. Tenían la mirada fija en la ciudad. Sin saber por qué, no les parecía normal. Algo le sucedía. Daba la sensación de... bueno, de estar muerta, pensó Lucy.

Jack se acordó de sus gemelos y se los llevó a los ojos. Soltó una exclamación:

—¡Troncho! ¡Quién iba a suponerlo!

—¿Qué pasa? —le preguntaron los otros, con impaciencia creciente.

—Es todo ruinas —respondió el niño, apartándose los gemelos de los ojos y mirando a sus compañeros—. ¡Es una ciudad en ruinas! ¡No se me había ocurrido pensar en esa posibilidad!

—Yo, Andros, decirlo —intervino el marinero—. Yo decir isla pobre, isla muerta. Una granja, dos granjas quizá. Ciudad ida. Nadie allí. Todos marchado a otras islas ahora.

Entraron en el pequeño canalizo. Era profundo y de agua serena.

—¿Ustedes desembarcan y yo espero? —preguntó Andros—. No ver mucho. Toda muerta y pobre esta isla. Sí, «mister» señor. Yo les llevo sitios mejores.

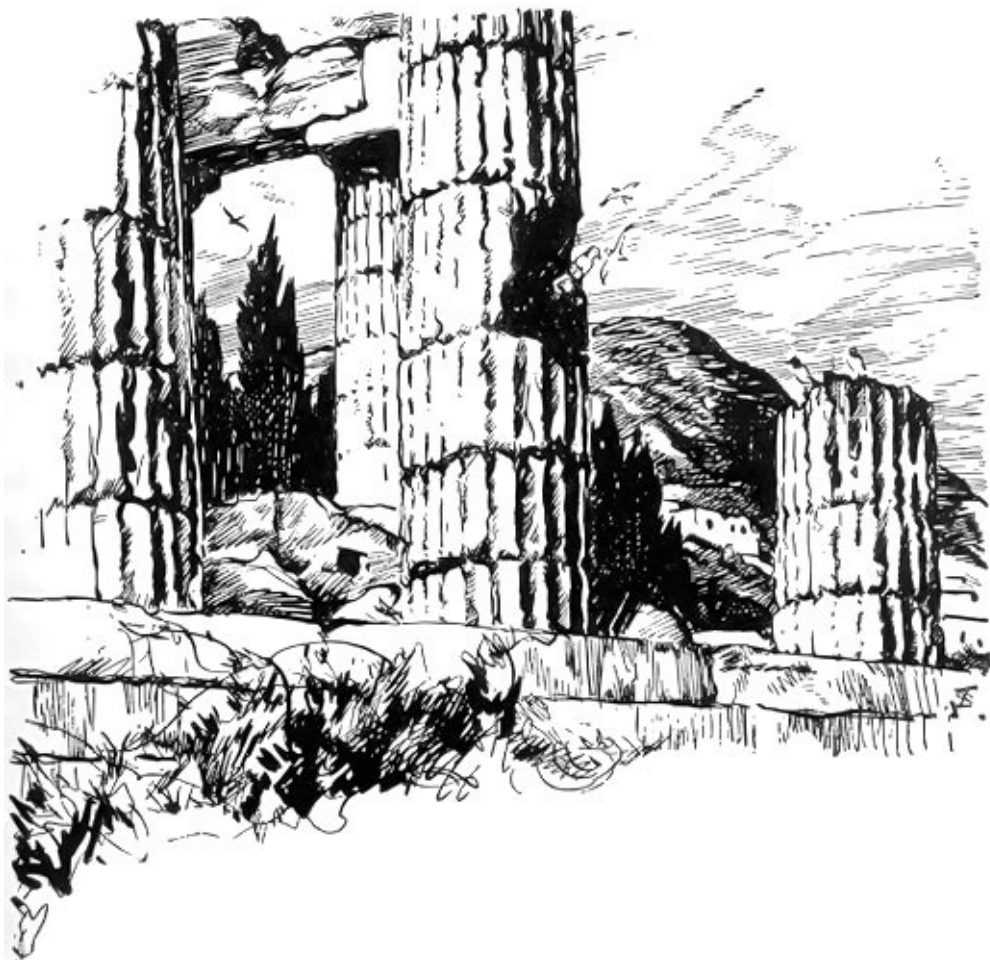
—Desembarcaremos, Andros —contestó Bill—. Trae el resto de las provisiones, Jack. Más vale que exploremos, ya que estamos aquí. Merendaremos entre las ruinas. Resultarán bastante interesantes, supongo.

Sin saber exactamente qué pensar, los niños saltaron de la embarcación a una repisa. Subieron unos escalones antiguos, desgastados, y llegaron a lo que debía haber sido la calle principal de la ciudad. Estaba cubierta de vegetación ahora, y resultaba difícil caminar por ella. Había ruinas por todas partes. Bill contempló algunas de ellas de cerca.



—Éstas tienen centenares de años —dijo—. ¿Qué induciría a la gente a abandonar Thamis y marcharse a otra parte? Quizá la isla no produjera lo suficiente para su subsistencia. ¡Qué sitio!

—Da una sensación tan rara de abandono, que me parece que estoy viviendo hace siglos —dijo Lucy—. Ojalá reviviera la ciudad..., se llenase de la gente de antaño..., viéramos a los antiguos habitantes andar y correr por las calles, asomarse a las ventanas, bajar al puerto que hubiese entonces a ver los barcos.



—Pues yo confío en que no reviva de pronto —dijo Dolly—. Me llevaría el susto más grande de mi vida. No me hace mucha gracia ya, tal como está, tampoco.

Estaba construida sobre una pendiente colina, y los edificios se alzaban uno sobre el otro, algunos de ellos reducidos a una simple pared o dos, otros a hueco cascarón, y aun otros de aspecto habitable, hasta que los niños se asomaron al interior y vieron los agujeros en las paredes y el techo desconchado. Casi en la cima de la colina había un antiguo templo en ruinas, con uno o dos arcos aún en pie. Sus macizas columnas formaban quebrantada hilera con una o dos gaviotas posadas en la rota parte superior. Bill arrancó parte de la hierba que crecía en el suelo del templo, y les enseñó a los muchachos el hermoso mosaico que hacía de piso.

—Bill, ¿hay aquí alguna cosa que esté en el mapa? —preguntó Jack.

Era todo tan distinto a lo que él se imaginaba, que la idea de un tesoro oculto parecía ahora absurda. Bill sacó la copia nueva del mapa.

—Mire..., seguramente éste es el sitio por el que entramos con la canoa —dijo Jorge, señalando—. Dice «caleta». ¿No se llamaría caleta ese sitio? Y, mire, la entrada principal del camino que conduce al tesoro se encuentra en la vecindad de la caleta.

—¡Oh, Bill, volvamos atrás y exploremos por allí! —suplicó Dolly.

Bill se echó a reír.

—¡Desde luego, nos hemos dejado trastornar un poco por el cuento! —dijo—.

Bueno. Vamos. En cualquier caso, nos pillaré camino de la embarcación.

—Lleguemos hasta la cima de la colina primero —sugirió Jack—. Podríamos ver el resto de la isla así. No es muy grande.

—De acuerdo —contestó el detective.

Y llegaron hasta arriba. Les era posible ver desde allí hasta el otro lado del islote, donde el mar azul oscuro estaba salpicado de olas coronadas de espuma. Era un lugar desnudo y rocoso; pero, aquí y allá se veían pequeñas extensiones de verdor y algunos edificios pequeños.

—Las granjas que mencionó Andros, supongo —dijo Bill—. ¡Caramba! ¡Vaya si tenía razón cuando la llamó isla pobre y muerta! ¡No es exactamente la idea que yo me formaba de una isla del tesoro!

Dieron media vuelta para bajar la colina sobre la que se alzaba la medio derruida ciudad. Empezaron a bajar con cuidado. A mitad del camino Lucy se detuvo a escuchar.

—Oigo algo —dijo.

—Yo también —anunció Dolly—. ¡Una campana que toca! ¿Qué puede ser?

Capítulo XVIII

Una cuantas sorpresas

Parecía tan extraño oír sonar una campana en aquella ciudad muerta y silenciosa, que el pequeño grupo se sobresaltó. El sonido se acercó más. ¡Tolón, tolón, tolón! A «Kiki» no le gustó tampoco, y se aplastó contra la mejilla de Jack. «Micky» castañeteó. ¡Tolón, tolón, tolón!

—Algo viene por la esquina —dijo Jack, de pronto.

Y así era, en efecto. ¡Asomó un borriquito gris con una campana grande colgada del cuello! ¡Llevaba cestas a ambos lados, llenas de algo que iba tapado con paños blancos! Y lo cabalgaba, a horcajadas, un niño.



—¡Santo Dios! —exclamó Dolly, sentándose sobre una piedra llena de alivio al ver que era la campanilla de un burro lo que les había asustado—. ¡No sé qué creía yo que iba a aparecer!

—Supongo que ese niño procede de una de las granjas —dijo Bill, con cara extrañada—. Pero, ¿a qué ha venido a este sitio, si aquí no vive nadie?

Entonces ocurrió algo aún más sorprendente. El muchacho vio a las cinco personas que le observaban, y las saludó con una sonrisa. Saltó del burro, señaló las cestas, y gritó algo incomprensible, que los niños supusieron sería la lengua de Thamis. Luego acercó el burro a ellos y empezó a retirar los paños que cubrían el contenido de los cestos.

—Es comida —dijo Bill, con asombro—. Pan..., quesos..., carne. ¡Caramba! ¡Lo está descargando todo!

En efecto, el muchacho lo estaba descargando sin dejar de hablar. Evidentemente no comprendía por qué no le ayudaba nadie, y dirigió unos cuantos comentarios a los dos niños, quienes, naturalmente, no entendieron una palabra.

—Oye, muchacho, ¿qué es todo esto? —preguntó Bill, señalando la pila de provisiones.

El niño contestó con otro torrente de palabras, señalando primero a Bill y luego a la comida.

—Cualquiera diría que todo esto lo ha traído para nosotros —exclamó el detective, exasperado—. No lo comprendo en absoluto.

El muchacho montó el burro otra vez. Le tendió la mano a Bill, con la palma para arriba. Aquello estaba bastante claro. ¡Quería dinero!

—Vaya, vaya..., esto sí que me deja de una pieza —exclamó Bill, estupefacto—. Magnífica bienvenida a Thamis, en verdad..., pero totalmente inesperada. No queremos la comida, hijo mío. ¡No la queremos! ¡Vuelve a llevártela!

No hubo manera de hacerle comprender al muchacho. Se enfadó mucho, y se golpeó la palma de la mano para darle a entender al detective que quería dinero. Bill acabó por echarle un puñado de monedas en la mano. El niño las contó con cuidado, movió afirmativamente la cabeza, sonrió de una forma deslumbradora y luego le escupió groseramente a «Micky». El mono le devolvió el escupitajo y «Kiki» gruñó como un perro. El borrico retrocedió ante «Kiki» y se puso a rebuznar.

—¡Ji-ooo! ¡Jiiii-jó!

«Kiki» se sobresaltó enormemente, pero no tardó en rehacerse, y emitió un rebuzno a su vez. El niño exhaló un grito de sorpresa, le dio un fuerte golpe al burro en los costados con los talones desnudos, y dobló al galope la esquina, sonando la campanilla. ¡Ton-ton-ton-ton-ton!

Bill se sentó y se rascó la cabeza.

—Bueno, y, ¿qué os parece eso? —preguntó—. Un regalo de excelentes provisiones enviado por alguien a quien no conocemos, y que es imposible que haya sabido que nos encontrábamos aquí.

—Sí que es un poco raro —asintió Jack—. Nada me importaría comerme uno de esos panecillos.

Todos los probaron. Eran muy buenos. Mientras los comían, todos estaban

pensando en el muchacho del borrico. No lograban explicarse en forma alguna su aparición en aquel lugar.

—¿Qué vamos a hacer con esta comida? —preguntó Jorge—. No se conservará si la dejamos al sol. Parece una lástima dejar que se eche a perder tan buena comida abandonándola aquí.

—En efecto —asintió Bill—. Bueno, lo único que podemos hacer es meterla en algún sitio fresco... ¡y confiar en que ese muchacho volverá!

Recogieron las provisiones y entraron en un edificio cercano. Había un agujero en el suelo, sobre el que proyectaba su sombra una pared medio en ruinas. Introdujeron las provisiones en él, preguntándose qué sería de ellas.

—Ahora, mejor será que bajemos a la caleta y busquemos la entrada o lo que sea que indica el mapa —indicó Bill.

Lo sacó del bolsillo para consultarlo y los niños lo miraron también.

—No la encontraremos, conque no os hagáis ilusiones —advirtió el detective, que en su fuero interno, estaba convencido ya de que nada descubrirían en aquella pobre isla «muerta».

Bajaron por una calle cubierta de vegetación y cascotes, y llegaron a la rocosa caleta. Allí se encontraba la lancha automóvil, meciéndose suavemente. Andros estaba profundamente dormido en el lado de la embarcación donde había sombra. El grupo bajó por la repisa de roca hasta la lancha. Bill exhaló una exclamación:

—¡Claro! ¡Es eso!

—¿Qué, Bill? —inquirieron inmediatamente los muchachos.

—En el mapa figura la indicación «Dos Dedos», sin motivo aparente alguno. El perito me juró que eso era lo que quería decir la palabra. Creí que se trataba, posiblemente, del apodo que en tiempo antiguos habían dado a alguien. Pero ahora comprendo lo que significa. Mirad allá.

Los niños miraron hacia donde señalaba Bill, y por encima de ellos y a cierta distancia a la izquierda, vieron una roca curiosa. Parecía un puño... ¡con dos dedos alzados! Sí, dos dedos. Allí estaban. ¡Y «Dos Dedos» figuraba como señal en el plano!

—Vamos. Eso es indicación de algo —dijo Bill. Y subieron hasta llegar al extraño peñasco.

Encontraron un agujero detrás de él, un agujero que daría cabida fácilmente a una persona. Bill sacó la lámpara de bolsillo. La encendió.

—Quizá haya alguna especie de pasadizo... ¡Sí que lo hay! ¡Esto es verdaderamente extraordinario! Creo, Jack, que será mejor que vuelvas a la canoa y traigas una linterna o dos, si las encuentras. Mi lámpara no es todo lo buena que debiera ser.

Jack corrió a la lancha. Andros continuaba durmiendo. Vio dos faroles y los recogió, trasladándolos con gran sigilo a la roca de los dos dedos, y entregándoselos en los sitios difíciles a Jorge, que había salido a su encuentro.

—Muy bien —dijo Bill—. Los encenderemos. Yo llevaré uno, y tú puedes llevar otro, Jack. Ahorraré mi lámpara de bolsillo.

Encendieron las linternas dentro del agujero. No era lo bastante grande para ser una caverna. Resultó ser un simple agujero grande tras la peña; pero en el fondo se veía algo que parecía un hueco para internarse en la colina. ¿Era posible que fuese la entrada señalada en el mapa?

—¿Usted cree que lo es, Bill? —preguntó Lucy con avidez, cuando quedaron encendidas las linternas y alzó el detective una de ellas para escudriñar el estrecho corredor rocoso del fondo.

—No; no puedo creerlo —contestó Bill—. Debió ser conocido este agujero de todo el mundo durante muchos años cuando la ciudad estaba habitada. Supongo que se trata de una simple coincidencia.

Los niños, claro está, se resistieron a creer tal cosa. Se sintieron emocionadísimos al avanzar por el oscuro pasadizo. Éste se prolongó unos cien metros, desembocando, por fin, en un ancho patio. Bill alzó la linterna. El resplandor iluminó paredes rocosas. Pero..., ¿qué era aquello del fondo? La pared tenía un aspecto distinto allá. Se acercó a ella con la linterna. La luz dio sobre grandes bloques de piedra colocados como si se tratara de una gran puerta irregular.

—¿Por qué construirían esto aquí? —murmuró Bill, sorprendido.

Movió la linterna para iluminar el resto de la caverna. Las paredes eran de roca lisa y brillante. La única abertura era aquélla por la que habían entrado desde el estrecho corredor. Volvió a iluminar las piedras empotradas. Luego bajó la linterna.

—Esto se construyó para ocultar alguna otra abertura —dijo por fin. A los niños se les fue el alma a los pies—. Es inmensamente fuerte, como veis..., una puerta de grandes bloques de piedra, una puerta que no es posible abrir ni hay manera alguna de franquear.

—Bill, ¿usted cree que está tapando la entrada que dice el mapa? —inquirió Jack, consternado.

—Pues sí..., sí que lo creo. Se construyó hace muchos, muchos años..., es antigua, como podréis observar. ¡Sólo Dios sabe por qué la construyeron! Sea como fuere, ahí está... ¡y nos para en seco aun antes de que hayamos dado, como quien dice, el primer paso! Si éste es el camino que menciona el mapa, la ruta que ha de seguirse para llegar a dondequiera que fuese escondido el tesoro, resulta imposible seguirlo. ¡Completamente imposible!

—¡Oh, Bill! —exclamó Lucy—. Es terrible eso. ¿No hay ningún paso?

—Encargadle a «Micky» que lo busque. Si existe un agujero, por pequeño que sea, «Micky» lo encontrará. Ya sabéis lo que son los monos. Mándale, Jorge.

—Ve, «Micky»..., ve y busca —le ordenó Jorge. «Micky» le miró interrogador. No le gustaba aquello de explorar pasadizos oscuros; pero saltó del hombro del niño y marchó obediente a explorar. «Kiki» le estuvo observando y luego voló a una repisa que había por encima de la inmensa puerta de piedra.

—Llamad al médico —dijo en voz hueca—. Lorito tiene un catarro. Llamad al médico.

«Micky» fue a reunirse con él de un salto. Corrió de un lado para otro, metiendo la pata allí y allá por grietas y hendiduras, pero era bien claro que no había nada que descubrir, porque no tardó en volver y posarse nuevamente en el hombro de Jorge, apretándose contra su cuello temblando de miedo.

—No hay nada a hacer —dijo Bill.

Depositó la linterna en el suelo, con la intención de guardarse el mapa. Cuando lo estaba doblando, Lucy soltó un grito de asombro.

—¿Qué pasa? —preguntó Jack, con sobresalto.

—¡Mirad...!, ¿qué es eso que hay allí..., en el suelo? ¿Es..., es posible que sea... que sea... la pila de una lámpara de bolsillo?



Jorge vio lo que señalaba, y fue a recogerlo. Se acercó con ello a la luz de la linterna.

—Sí..., eso es, en efecto..., una pila gastada de una lámpara de bolsillo parecida a la de Bill. Bill..., no habrá dejado caer usted una pila, ¿verdad?

—Claro que no —contestó el detective—. Sí, se trata de una pila gastada...

Alguien debe haberla tirado para meter otra nueva en su lámpara. ¡Evidentemente, no somos los únicos que conocemos este lugar!

Lucy se estremeció. Lamentaba haber descubierto la pila. Sentía una extraña sensación. ¿Quién había estado en aquella caverna y por qué?

—Vayámonos, Bill —dijo—. Aquí nada podemos hacer, puesto que está tapiada la puerta. Volvamos a Andros. A mí no me gusta esto.

—Bueno. Regresemos —dijo el detective—. De todas formas, tendríamos que volver ahora. Llevamos aquí un buen rato, y tenemos que regresar a bordo del buque esta noche. Vamos.

Salieron de la caverna, bajaron por el estrecho pasadizo y llegaron al agujero. Dieron la vuelta a la peña de los dos dedos, y se encaminaron a la caleta. Y entonces se llevaron una sorpresa tremenda. ¡La lancha automóvil había desaparecido! Se quedaron mirando el sitio en que había estado, como si no pudieran dar crédito a sus ojos.

—¿Dónde está la canoa? —preguntó Dolly, con voz desfallecida.

Miraron arriba y abajo de la caleta. Ni rastro de embarcación. ¡Caso extraordinario! De pronto Jack exhaló un grito, y señaló hacia el mar.

—¿No es ésa? —preguntó—. Mirad... ¡allá!

Esforzaron todos la vista, y Bill asintió con sombrío movimiento de cabeza.

—Sí..., lo parece. ¿Qué diablos induciría a Andros a marcharse sin nosotros? ¡Qué cosa más asombrosa!

—Estaba dormido como un tronco a bordo cuando recogí yo las linternas —dijo Jack—. Ni se movió siquiera. Todo parecía estar en orden entonces.

—Que me ahorquen si lo comprendo —murmuró el detective, desconcertado—. Parecía un individuo bueno y de confianza... y ni siquiera le he pagado aún. ¿Qué rayos le impulsaría a obrar de esa manera?

—Viaja bastante aprisa esa canoa —dijo Jorge—. Casi se ha perdido de vista ya. Vaya, vaya, vaya..., ¡pues hemos aquí empantanados en nuestra isla del tesoro como dos y dos son cuatro!

Lucy se alarmó una barbaridad. Asió a Bill del brazo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó—. ¿Hemos de quedarnos aquí, Bill?

—No seas tonta, Lucy —le dijo Jack antes de que el detective pudiera contestarle—. ¿Adónde hemos de ir si no nos quedamos aquí? ¿Tienes escondido un avión en alguna parte, preparado para hacer frente a una situación como ésta?

—Cállate, Jack —le dijo Bill, rodeando con un brazo a Lucy—. No te alarmes, Lucy, que todo se arreglará. ¡Sólo se trata de una de nuestras aventuras!

Capítulo XIX

Toda clase de sorpresas

Permanecieron allí un rato, no muy seguros de lo que debían hacer. Resultaba aquello demasiado inesperado. Luego Bill se sacudió como perro que sale del agua, y miró, sonriendo, a sus compañeros.

—Bien... pues parece que vamos a tener que pasar la noche aquí, ¿verdad? Y prepararnos nosotros mismos la cena. ¡Menos mal que tenemos las provisiones de ese muchacho trajo en su burro! Y Jack tiene lo que queda de nuestra merienda también.

—¡Ah, sí! ¡Había olvidado eso ya! —exclamó Dolly con un dejo de contento. Había estado pensando que no iban a tener nada que comer.

—Podemos ponernos a llenarnos el estómago en seguida —dijo Bill—. Encontraremos un lugar en que dormir, sin dificultad. Hace mucho calor, conque no es fácil que nos pase nada. No tengo especial interés en ir a una de esas granjas que hemos visto de lejos, porque a Andros pudiera ocurrírsele volver en busca nuestra. Debe haberse vuelto loco.

Fue una noche curiosa la que pasaron en Thamis. Marcharon en busca de las provisiones e hicieron una magnífica comida. Volvieron a dejar las que le sobraron en el sitio fresco en que las pusieron la vez anterior. Luego salieron a vagar por la silenciosa ciudad en ruinas. Lucy recogió una especie de tenedor de metal, o por tenedor lo tomó por lo menos, al que le faltaban dos púas.

Bill había andado buscando algún lugar en que dormir, sin tener mucho éxito que digamos. Por último, escogió una habitación no muy alejada del templo derruido, que aún conservaba tres paredes en pie, y un trozo de techo. Estaba cubierta de vegetación, pero tendría que servirles de alcoba. Empezaba a ponerse el sol. No tardaría en desaparecer. Bill decidió meter las provisiones en la «alcoba» también, para tenerlas a mano si querían comer algo. Con ayuda de los muchachos se las llevó del agujero en que las guardara, y las depositó con sumo cuidado entre espesa y fresca hierba. Se alegraba de que hubiese tanta cantidad.

Cuando el sol desapareció por fin todos se sentían cansados. Lucy bostezaba casi sin parar, y lo propio le sucedía a «Kiki». «Micky» exploró concienzudamente el cuarto; lo encontró merecedor de su aprobación, y se aposentó sobre Jorge en cuanto el niño se hubo preparado un lecho bastante blando con la abundante hierba. Los cuatro niños se quedaron dormidos inmediatamente. «Kiki» se posó sobre la cintura de Jack en cuanto vio que había conciliado el sueño. El muchacho se lo había quitado de encima de un empujón dos o tres veces ya, pero éste no se despertó. Conque el loro permaneció encima de él y metió la cabeza debajo del ala.

Bill, tumbado, contempló las estrellas visibles por los agujeros del techo. Estaba

furioso consigo mismo por haber llevado a los niños a Themis. Ahora habían vuelto a meterse en dificultades; y todo ello por causa de un tesoro legendario y la mar de esquivo... un tesoro que no debía existir desde hacía años... ¡si es que había existido alguna vez! Se rompió la cabeza pensando en el muchacho del burro que le había llevado comida. Se devanó los sesos reflexionando sobre la puerta tapiada y la pila seca que encontrara Lucy... Pero lo que más le dio que pensar de todo fue la brusca desaparición de Andros. Estaba a punto de quedarse dormido cuando oyó ruido. «Micky» debió oírlo también, porque se movió, alzó la cabecita, y miró en torno suyo. Bill aguzó el oído y contuvo el aliento. ¿Era, en efecto, un ruido lo que percibía? Era preciso prestar la mayor atención. ¡De pronto oyó el inconfundible sonido de una voz! Luego otra, profunda y quejumbrosa. ¿De dónde salían? Se incorporó con cautela y volvió a escuchar. Las voces sonaron de nuevo y, a continuación, unas pisadas... ¡pisadas que bajaban por la derruida calle! No le gustó ni pizca. ¿Quién demonios caminaría por la antigua ciudad muerta a altas horas de la noche?

«Kiki» había oído las voces también. Salió volando de la «alcoba» y se escondió debajo de la repisa de un arco, aguardando. Las pisadas se aproximaron. Las voces también, sosteniendo una conversación. Bill se apostó silenciosamente junto a una ventana destrozada y observó. No había más luz que la de las estrellas, pero tal vez lograra distinguir algo. Dos oscuras figuras aparecieron por la calle. Se iban deteniendo de cuando en cuando. Le pareció a Bill como si se estuvieran asomando a todos los edificios en busca de algo. ¿Se asomarían a aquél y descubrirían a los niños? Se preguntó si convendría que saliese y se encarara con los desconocidos. ¿Quiénes eran?

Luego decidió que la gente que anda por las calles de una ciudad en ruinas en plena noche no es la más indicada para escuchar una petición de ayuda, y permaneció donde se encontraba.

Las dos oscuras figuras llegaron cerca. Oyó las voces otra vez, pero hablaban un idioma extranjero, probablemente el griego, y no le fue posible comprender una palabra. Era evidente que andaban buscando algo. Y Bill adivinó, de pronto, de qué se trataba. ¡Las provisiones quizá! Tal vez el muchacho las hubiera llevado para ellos. A éstos no los había encontrado, pero a Bill sí, y a él se les había entregado. Ahora los hombres las iban buscando, seguros de que el muchacho las habría descargado en alguna parte.

«Mirarán aquí dentro entonces —pensó el detective—. De eso no cabe la menor duda».

Pero no lo hicieron. En el preciso instante en que llegaron al arco donde se encontraba oculto «Kiki», éste imitó la detonación de una pistola. «¡Crac!».

Los niños se despertaron todos, incorporándose al punto. Era demasiado grande su sobresalto para que emitieran sonido alguno y, en cuanto oyeron el «¡Chitón!» de Bill, aguardaron en silencio.

Los dos hombres estaban alarmadísimos. Bill los vio agarrarse el uno al otro. Dijeron algo rápidamente. Sin duda se preguntaban el uno al otro qué era aquel ruido.

«Kiki» los contempló. No le gustaron. Se puso a reír a carcajadas, y esto horrorizó a los hombres mucho más de lo que hubiese podido hacerlo ninguna otra cosa. La risa de «Kiki» era tan por completo idiota, que les heló la sangre en las venas. «Kiki» calló por fin. Hinchó la garganta. Empezó la famosa imitación del silbido de una locomotora al atravesar un túnel, aumentando paulatinamente el volumen del sonido. Fue una imitación magnífica, y obtuvo resultados muy satisfactorios.

Los hombres aullaron también de pánico y rompieron a correr tan aprisa como se lo permitieron las piernas, seguros de que algo terrible les perseguía. «Kiki» dejó oír una nueva detonación y se puso a reír otra vez.

—¡Caramba, «Kiki»! —dijo Bill cuando hubieron desaparecido los hombres—. ¡Buena representación!

—¿Quién andaba ahí fuera, Bill? —preguntó Dolly, extrañada.

—No tengo la menor idea. Pero me da en los huesos que se trataba de dos hombres hambrientos que andaban buscando la comida que nos regaló el muchacho del burro. Sea como fuere, se han largado a toda velocidad.



—«Kiki» estuvo maravilloso, ¿verdad? —dijo Jack—. ¡Buen chico, «Kiki»!
¡Pájaro listo!

«Kiki» soltó un hipo descomunal.

—¡Perdón! ¡Llamad al médico! ¡Pii suena el pito!

—Sí, muy bonito; pero basta ya de eso —ordenó Jack—. Bill, ¿quién cree usted que eran esos hombres?

—Acabo de decíroslo... No tengo la menor idea. No acabo de comprender este sitio. Vamos, echémonos a dormir otra vez. No creo que vuelvan esos individuos. ¡Y si tenemos más visitas, estoy seguro de que «Kiki» sabrá cómo tratarlas!

Volvieron a echarse a dormir. Bill pasó un rato pensando, y acabó por dormirse a su vez. No se despertó ya hasta la mañana siguiente. Los demás se hallaban en pie ya. Jack se había despertado con una sed espantosa, y había salido en busca de agua. Halló un pozo junto a una casa derruida un poco más abajo de la colina, y vio agua dentro. No tardó en idear un medio para sacarla, encontrándola clara como el cristal, y muy fresca. Ató un cordel al jarrón que encontrara Lucy, descolgándolo por el pozo. No cabía mucho líquido en él, porque tenía el cuello roto, pero fue suficiente para que saciaran todos la sed.

Desayunaron panecillos y queso, y expresaron la esperanza de que el muchacho del pollino se presentara aquel día otra vez.

—Ve a ver si hay rastro de la canoa, Jack —dijo Bill cuando hubieron terminado.

El niño marchó, regresando a los pocos minutos con la noticia de que la caleta estaba desierta. No se veía embarcación de ninguna clase por parte alguna.

—Bueno, pues no tendremos más remedio que rondar por aquí, aguardando —les anunció el detective—. Sólo es cuestión de tiempo. En primer lugar, Tim se preguntará qué puede haber sucedido. O Andros se dará cuenta de que ha hecho una locura y volverá a buscarnos.

A eso de las doce oyeron el ton-ton-ton de la campanilla del borrico otra vez, y el muchacho que lo montaba apareció por la misma esquina. Bill supo qué hacer ahora. Con la ayuda de los niños descargó las provisiones y pagó al muchacho, que partió mucho más satisfecho de su recepción que el día anterior. Todos se quedaron mirando hacia el punto por el que desapareció con su montura.

—Es extraordinario en verdad —observó Bill—. Escondamos la comida aprisa, antes de que aparezcan los verdaderos destinatarios. Y haremos una buena comida. ¡Tengo apetito!

Metieron las provisiones en el cuarto que ocuparon la noche anterior e hicieron una buena comida antes de esconderlas. Bill se preguntó si debía acudir a alguna de las granjas en busca de ayuda. Pero, ¿qué clase de ayuda podrían darle? ¿Y qué clase de recepción le harían? Cualquier cosa podía sucederle en aquella isla solitaria. Podrían robarle y hacerle prisionero. Y hasta quitarle la vida.

Jack le pidió que le dejase la copia hecha en inglés del mapa para estudiarla.

—No es que vaya a servir de gran cosa —dijo con una sonrisa al hacer su petición

—. Ahora que me encuentro en Themis, ya no le doy tanta importancia como antes. Y es difícil pensar en tesoros cuando lo único que puede uno ver a su alrededor es la mar de ruinas.

Bill le dio el mapa. Jack se lo llevó al espacio ocupado antaño por el templo, y se sentó en un rincón. Lucy fue a sentarse a su lado. «Kiki» se instaló entre los dos, soltando murmullos amistosos. Las dos cabezas rojas se inclinaron juntas sobre el plano para examinarlo.

—¡Lleva inscritas tantas cosas para las que no se me ocurre ninguna explicación! ... —dijo Jack—. «Dos Dedos»... Bueno, eso sí que sabemos lo que significa... Y ahora, mira aquí... mucho más allá dice «Campana». Bueno y, ¿qué quiere decir eso? ¡Campana! ¿Qué es lo que tiene una campana? Un burro, claro... y las escuelas tienen campanas... y...

—Las iglesias —dijo Lucy—. Supongo que este templo tuvo una campana en su tiempo. ¿Dónde crees tú que estaría en tal caso?

Miró a su alrededor, pero no vio sitio alguno donde pudiera haber estado colgada una campana. Jack la miró de pronto.

—Lucy... claro... un templo tendría una campana. El templo a lo mejor es uno de los indicios, una de las pistas que conducen al tesoro.

—¿Eso crees? —murmuró Lucy, dubitativa—. Pero, ¿no te parece que el tesoro se escondería debajo de tierra muy hondo... y no aquí arriba, en un templo? Sabemos que la entrada del pasadizo estaba abajo, cerca de la caleta.

—¿Estaría escondido debajo del templo quizá? —murmuró Jack—. O... ¿en algún sitio próximo? Quizás el templo tuviera cripta. Oye... ¡ésa es una idea! Si éste tenía cripta o cuevas, aún existirán. Las cuevas, los sótanos y todo eso no se convierten en ruinas como los edificios. No están expuestos al viento, a la lluvia, ni al sol. ¡Cuevas! Sí... internándose en la colina... a las que se puede llegar por un pasadizo subterráneo desde la caleta... un pasadizo fácilmente accesible desde el mar... Podrían usarlo los marineros que quisieran meter géneros de contrabando. Lucy... ¡tiene que haber cripta o cuevas! Anda... vamos a buscar.

Lucy, medio excitada, medio incrédula, se puso en pie y siguió a Jack, que empezó a buscar por todo lo que en otros tiempos debió ser un patio. Estaba demasiado cubierto de vegetación para que pudiera saberse si podía hallarse alguna entrada que diera a habitaciones subterráneas. Se apoyaron contra una enorme columna, medio rota, para descansar. Faltaba un gran trozo del pilar por encima de ellos, y «Kiki» voló allí a posarse. En aquel instante, «Micky» entró en el patio dando saltos, seguido de los demás. Vio a «Kiki» y fue a colocarse a su lado de un brinco. El loro no le esperaba y se sobresaltó y enfureció. Le dio tan violento picotazo, que el animal perdió el equilibrio... ¡y cayó de espaldas por el interior de la enorme columna! Aulló de susto al caer y «Kiki» asomó la cabeza al agujero para ver qué le había sucedido.

—Se fue —anunció con voz hueca—. Desapareció. ¡Tolón, tolón, tolón!

—¡Qué idiota eres, «Kiki»! —gritó Jorge—. ¡Eh, «Micky», «Micky»! ¡Sube!

Pero «Micky» no apareció. Sólo llegó hasta ellos el eco de un grito angustiado.

—Se ha hecho daño —dijo Jorge—. Ayúdame a subir, Jack. Me meteré en la columna a buscarle. No puede haber caído muy lejos.

Jack le ayudó. Se encaramó al lugar roto, metió las piernas por el agujero, y estaba a punto de saltar cuando se detuvo y atisbo con cautela.

—¡Eh, Bill! —llamó—. Déjeme su lámpara. Más vale que mire antes de saltar. ¡Hay algo extraño aquí!

Bill le entregó la lámpara. Jorge la encendió e iluminó el interior de la columna. Volvió la cabeza para mirar a los otros.

—Escuchad..., es raro. ¡Parece como si hubiera escalones en el interior de este pilar! ¿Qué opináis de eso?

Capítulo XX

Explorando la ruta del tesoro

Todos quedaron asombrados. ¡Escalones! Escalones de piedra, descendentes, desde la base de la columna hueca. Jack dio un alarido.

—¡Apuesto a que conducen a las cuevas!

—¿Qué cuevas? —inquirió Dolly con sorpresa.

Pero Jack estaba demasiado excitado para podérselo decir así como así.

—Bill... bajemos. Vamos. Estamos sobre la pista del tesoro. ¿Acaso no dice el mapa «Campana»? Bueno, pues el templo tiene que haber tenido una campana. ¡Apuesto a que el tesoro está en alguna parte debajo!

—Estás hablando en chino —repuso Bill, sin comprenderle—. Jorge, baja. No intentéis ninguna exploración alocada hasta que traigamos las linternas y haya podido echar yo una mirada. ¿Me has oído?

—Sí; bueno, Bill —contestó Jorge—. Y saltó al suelo de mala gana—. «Micky» está ahí abajo en alguna parte... debe de haber caído de los escalones y haber rodado por ellos. Aún le oigo lloriquear.

—Supongo que se llevara un susto —dijo Bill—. Id a buscar las linternas y algunas provisiones, muchachos. Si hemos de meternos bajo tierra, ¡más vale que vayamos preparados!

«Micky» regresó a la superficie antes de que los niños volvieran; un «Micky» muy asustado y se compadecía a sí mismo una barbaridad. Buscó a su bienamado Jorge y no le encontró. Conque se fue a Lucy que le meciese como a un niño. Lloriqueaba sin cesar, y Lucy estaba angustiada.

—Vamos, vamos... no te has hecho daño alguno en realidad —le consoló—. Unas simples magulladuras con toda seguridad. «Kiki» se portó muy pero que muy mal. Ahora has hecho un descubrimiento maravilloso, «Micky»... ¡maravilloso de verdad!

«Kiki» estaba muy avergonzado de sí mismo. Se fue a un rincón y metió la cabeza debajo de un ala. Nadie le hizo el menor caso.

Los niños regresaron. Bill había echado una mirada por el hueco de la columna con su lámpara. Se preguntaba, interesado, cómo habían podido entrar en la columna los antiguos que la emplearon para meterse bajo tierra. No le era posible ver medio alguno de entrar, excepción hecha, claro está, del boquete de la parte rota.

—Es una escalera de caracol muy estrecha —les dijo a las niñas—. Es muy probable que tenga razón Jack. Quizá conduzca a los sótanos del templo... que sea un camino secreto para llegar a ellos, conocido posiblemente tan sólo por el sacerdote mayor. Vamos, niños... ayuda a subir a las muchachas. Bajaré yo primero.

Se dejó caer con habilidad cerca del primer escalón. Dirigió la luz de la lámpara hacia abajo. Sí; se trataba de una escalera de caracol como suponía. Sería estrecha por allí; pero quizá se ensanchara más abajo. Casi tuvo que bajar a rastras los primeros doce escalones, y dos o tres veces estuvo a punto de resbalar, tan estrechos y pendientes eran los peldaños. Le siguieron las muchachas, ayudadas por los niños. Dolly llevaba una linterna, encontrando dificultad en sostenerla, y acabó por entregársela a Bill porque necesitaba ambas manos en la parte superior de la escalera. Lucy bajó a la luz de la segunda linterna, con la que alumbraba Jack. Dejaron caer las provisiones tras ellos.

—Tanto da que las dejéis ahí —anunció el detective, mirando hacia atrás—. Las podemos venir a buscar si nos hacen falta... y es tan buen escondite como cualquier otro.



Conque dejaron la comida junto a la parte superior de la escalera, sobre una repisa de piedra, y no tardaron los cinco en hallarse bastante abajo. Como había supuesto Bill, los escalones se hicieron más anchos y más fáciles un poco más allá.

«Micky» iba montado en el hombro de Jorge otra vez. «Kiki» había seguido a Jack columna adentro, muy callado y sumiso. Continuaron descendiendo. Llegaron al

final de la escalera. Terminaba en una enorme caverna o cripta que se extendía interminablemente por el corazón rocoso de la colina. Las linternas sólo eran capaces de iluminar una pequeña parte de ella.

—Sí..., éstas son las cuevas, en efecto —dijo Jack—. El camino por el que hemos entrado en ellas debió ser muy secreto, con toda seguridad. Mire..., allí hay otra entrada, Bill; por ese lado..., más escalones de piedra..., pero rectos, no en espiral..., que suben muy pendientes.

—Sí; seguramente era ése el sitio por el que se entraba y salía por regla general —asintió el detective—. El que hemos usado nosotros está muy escondido. Ved..., desde aquí no se ve siquiera: queda oculto tras esa enorme roca.

Dirigió la luz de la lámpara a los escalones anchos, junto a los cuales se encontraba ya.

—Subiré a ver adonde conducen —dijo. Y lo hizo. Oyeron ascender sus pisadas y detenerse luego. Descendió de nuevo poco después.

—¡Fui a dar contra un techo de piedra! —anunció—. Probablemente habrá una salida allí, cubierta con una enorme losa que servirá de compuerta, y que la vegetación ha ocultado ya por completo. Sería la entrada normal, la conocida. Bueno..., ¿hacia dónde vamos ahora?

—Miremos el mapa otra vez —sugirió Jack—. Estoy seguro de que ahora nos encontramos en el sitio marcado. «Campana», «Campana» como símbolo del templo, ¿comprende?

A la luz de la lámpara de Bill estudiaron todos el mapa otra vez. Bill recorrió la «Ruta del Tesoro» con los dedos.

—«La Peña de los Dos Dedos» —dijo—. Estuvimos allí, y nos detuvo la puerta tapada.

—Sí, y lo que hay marcado después es «Diosa» —dijo Jorge—. No sé lo que querrá decir eso.

—Algo que habrá por el camino entre «Dos Dedos», y esto, quizá —sugirió Jack—. Podríamos ir a ver. Luego, mira..., ahí está la «Tumba». Supongo que será donde hay alguien enterrado.

—Sí, es una celda de piedra, seguramente —asintió Bill—. Luego llegamos a la palabra «Pájaro», que parece un poco rara.

—Luego a «Campana» —anunció Jack, triunfal—. ¡Y apuesto a que es ahí donde nos encontramos!

—Sí; pero no es donde se encuentra el tesoro —dijo Bill—. Mirad..., se sigue hasta aquí..., hasta el sitio marcado «Laberinto». Eso ya no es tan agradable.

—¿Qué es un laberinto exactamente? —preguntó Lucy.

—Un dédalo de pasadizos tan tortuosos y revueltos, que se pierde uno en ellos con facilidad —respondió Dolly. ¡Aquello no le gustó a Lucy ni pizca!

—Laberinto —dijo—. Bueno, ¿y qué viene después?

—«Catacumba» —anunció Bill—. Y, al parecer, ¡es ahí donde se ocultó el tesoro!

¡Hay que ver el camino que usaron para traerlo!

—Vayamos a buscarlo —dijo alegremente Jack. Dobló el mapa y se lo metió en el bolsillo—. Vamos..., no tenemos otra cosa que hacer. ¡Y hace un fresco muy agradable aquí abajo después del calor que hemos pasado arriba bajo el sol!

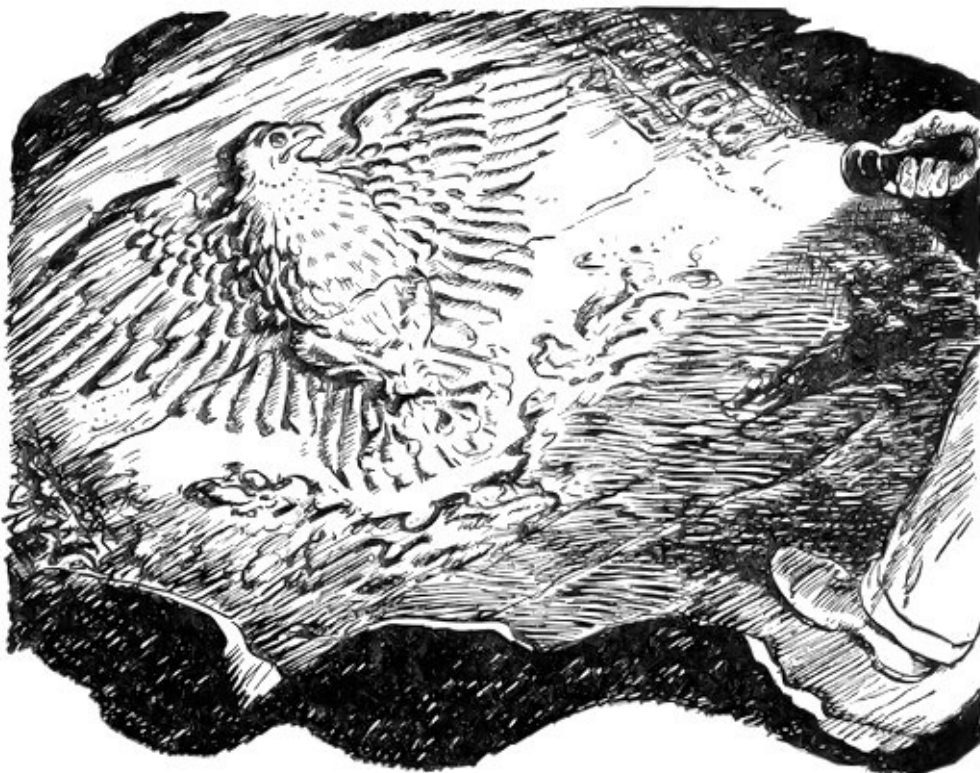
—La cuestión es —observó Bill— saber qué camino seguir. Uno de los caminos conduce al «Laberinto» y el otro a la «Tumba». Pero aunque están marcados los puntos cardinales en el mapa para hacer la cosa sencilla, no tenemos medio alguno de orientarnos, porque no podemos ver el sol. ¿Tiene alguno de vosotros la brújula?

Nadie la tenía.

—Bueno, pues tendremos que confiar en la suerte. No hay más que dos caminos al parecer: uno a la derecha, y otro a la izquierda. Tiremos por el de la derecha.

Conque echaron a andar por la derecha de la caverna, Bill con su lámpara las dos niñas cogidas de la mano, y cada niño con su linterna. Proyectaban unas sombras extrañas y el hueco eco de sus pisadas resultaba raro e incluso algo alarmante. A «Micky» y a «Kiki» no les gustaba ni pizca, y ambos guardaron silencio, encaramado cada uno al hombro de un niño.

Caminaron un buen trecho y luego llegaron a un ancho pasadizo que descendía en suave declive, deteniéndose al cabo de un rato ante una puerta. Era una puerta de madera y en otros tiempos había sido inmensamente fuerte. Aún ahora seguía siendo sólida y maciza; pero uno de los goznes se había roto y, al empujarla los niños primero y tirar de ella, los demás goznes cedieron también, y la puerta se derrumbó hacia ellos, casi alcanzando a Bill, que se retiró de un brinco justamente a tiempo. La iluminó con su lámpara. Tallado en la madera había un enorme pájaro.



—Ahí tiene: «Pájaro» —anunció Jack, encantado—. Ésa era una de las pistas, ¿eh, Bill? Es un águila. Y, por cierto, maravillosamente tallada.

—Ahora ya sabemos el camino que seguimos... ¡el equivocado! —contestó el detective—. Seguiremos adelante ahora, sin embargo. ¡Esto es asombroso!

Dejando atrás la caída puerta con su pájaro tallado, pasaron por la abertura. Mirando hacia atrás, vieron que el corredor que ahora seguían, se bifurcaba junto a la puerta. Evidentemente había dos caminos para llegar allí, y el bueno era el de la puerta del pájaro; de ahí la pista llamada «Pájaro». Bajaron por un corredor extraordinariamente estrecho. Descendía como el anterior, hasta desembocar en una cámara pequeña. Había una repisa de piedra lisa a un lado. A cada extremo se veían tablas de madera que llevaban tallados complicadísimos símbolos. El grupo se detuvo a examinarlos.

—Esto debe haber sido una tumba —dijo Bill—. Posiblemente enterraron aquí a un sacerdote. Hay muchas tumbas como ésta.

La tumba no tenía puerta. Pero el sitio para ella estaba abierto y pulido. Quizá la hubiese tenido en otros tiempos. Más allá, el corredor continuaba descendiendo aún más en pendiente que antes.

—Ahora la «Diosa» —dijo Jack—. Es una guía bastante buena esta carta, ¿verdad, Bill? De haber podido entrar por la roca Dos Dedos, por donde está el agujero, hubiésemos podido usar el mapa como guía completamente exacta.

—Cuidado..., hay escalones aquí —anunció Bill de pronto—. Tallados en la roca. Hace mucha pendiente la ruta por este trecho.

Bajaron con cuidado los escalones. Abajo había un arco hermosísimo. Estaba hecho de una especie de mármol incrustado en la roca. Allende el arco se veía un suelo de mármol, pulido y brillante aún, porque no había polvo debajo de tierra. Las paredes estaban talladas también. Se habían esculpido figuras y símbolos en la roca viva. Águilas, palomas, zorros, lobos..., curiosos diseños y dibujos decoraban la totalidad de la extraña gruta.

—Esto debe ser «Diosa» —dijo Bill—. Un lugar en que adorar a una diosa poco conocida seguramente, y cuyo templo sólo podía visitarse en secreto.

—Sí, eso debe ser —asintió Jorge—. ¿Verdad que es raro? ¡Supongo que todos estos trabajos tienen centenares de años!

—Y, ahora, busquemos la última pista... o la primera, como queráis llamarla —dijo Bill—. ¡«Dos Dedos»! Sabemos lo que eso significa, por lo menos. Pero no dudo que iremos a pasar al otro lado de la puerta de piedra. Andando. ¡Caramba, qué pendiente es esto ahora!, ¿eh? Y no hay escalones. ¡Cuidado, niñas!

Bajaron dando traspiés, por un corredor en pronunciadísima cuesta, yendo a parar, como había dicho Bill, al otro lado de la puerta de piedra que vieron al entrar en el agujero de Dos Dedos. Se detuvieron a reflexionar.

—Sí; hemos descubierto la ruta del tesoro, en efecto —dijo Bill—. Ahora..., empezaremos desde aquí otra vez... desde Dos Dedos... y retrocederemos pasando

por «Diosa» y «Tumba» y «Pájaro» hasta llegar a «Campana», la cripta del templo.

—Y, entonces, seguiremos adelante —dijo Jack, casi temblando de excitación—. Hasta «Laberinto», y «Catacumba»... ¡y «Tesoro»!

Capítulo XXI

«Kiki» se pone pesado

Retrocedieron de nuevo, cruzando la extraña gruta que debió ser en otros tiempos subterráneo templo de mármol dedicado a alguna diosa exótica. Atravesaron la antigua tumba, pasaron por encima de la puerta con su pájaro esculpido, y no tardaron en hallarse de nuevo en la cripta del templo.

—Ahora tiraremos por el otro camino, el de la izquierda —anunció Bill, que estaba casi tan excitado ya como los niños—. Venid... por este corredor... Alza la linterna. Jorge. Mi lámpara no tiene mucha potencia.

—¿Se va por este corredor al laberinto... al sitio en que se pierde la gente? —preguntó Lucy, un poco amedrentada—. ¿Nos perderemos nosotros?

—No. Ya encontraremos el medio de no correr ese peligro —respondió el detective. Jack y él escudriñaron el mapa—. Aun cuando esta parte está marcado «Laberinto», indica sólo una ruta o pasillo. Pero, de cuando en cuando, aparece la letra «D»..., que significa «Derecha», supongo. Parece ser que tenemos que torcer a la derecha seis veces. Bueno, pues si llegamos a alguna bifurcación, sabremos lo que hacer... ¡a la derecha siempre! ¡Vamos! Guárdate el mapa otra vez, Jack.

Bajaron un rato por el serpenteante pasillo de bajo techo. Jack gritó de pronto a sus compañeros:

—Escuchad..., ¿ha visto alguno a «Kiki»?

Todos se detuvieron.

—¡Yo, no! —gritó Lucy en respuesta—. ¡Ni Dolly tampoco!

Bill aseguró no haberle visto y, en cuanto a Jorge, éste no llevaba más que a «Micky» sobre el hombro.

—Alzó el vuelo en cuanto entramos en la cripta —dijo Jack, recordándolo—. ¡«Kiki»! ¡«Kiki»! ¿Dónde estás?

No hubo alarido, ni grito ni aullido que les respondiera.

—¡Maldición! —exclamó el niño—. Tendré que volver atrás a buscarle. Ya les alcanzaré a ustedes otra vez.

Retrocedió corriendo. Los dos siguieron adelante. Jack llevaba una de las linternas y no le costaría trabajo darles luego alcance. No tardaron en llegar a una bifurcación.

—Tiremos por el ramal de la derecha —dijo Bill—. Seguidme.

El corredor torcía a uno y otro lado con extraordinaria frecuencia, describiendo curvas y sinuosidades de toda especie, de suerte que resultaba imposible saber si uno iba hacia delante o si, a fuerza de dar vueltas, retrocedía.

—Una vuelta a la derecha... dos... y ésta es la tercera —dijo Jorge—. ¡Cuando

hayamos doblado a la derecha tres veces más, nos encontraremos en la catacumba!

—¡Ooooh! —exclamó Lucy—. Dios quiera que no tardemos ya. Estoy cansada de estos corredores tan oscuros. Éste es pedregoso..., no hago más que tropezar con una piedra u otra.

—Ojalá nos alcanzase Jack de una vez —dijo Jorge—. No hago más que creer que le oigo detrás de mí y, cuando me vuelvo, no lo veo. ¿Debiéramos aguardarle, Bill?

—Sí, quizá debiéramos —contestó el detective.

Y se pararon. Pero Jack no apareció. ¿Qué estaría haciendo? Lucy empezó a sentirse inquieta.

—¡Jack! —gritó—. ¡«Jack»! ¿Vienes ya?

—Más vale que retrocedamos en busca suya —dijo Bill, extrañado—. Dios quiera que no se haya equivocado de camino. Sabía que teníamos que torcer a la derecha cada vez.

Retrocedieron un buen trecho y Bill se detuvo de pronto.

—Supongo que vamos bien —murmuró—. No me parece recordar este pasillo..., tiene un techo extraordinariamente bajo. ¡Acabo de pegar con la cabeza contra él y, desde luego, eso no me sucedió cuando íbamos en la otra dirección!

—¡Ay, Señor! No me diga que nos hemos equivocado de camino... Si parecía la mar de fácil..., torcer a la izquierda cada vez al ir para atrás —gimió Dolly—. Tiene que ser éste el camino, Bill.

El detective estaba intranquilo. No recordaba ningún pasillo tan bajo. Tomó una decisión.

—Retrocedamos —dijo—. Me parece que debemos habernos saltado el último ramal.

Conque volvieron atrás. Pero no tardaron en parar en seco. El pasillo se fue haciendo cada vez más estrecho, hasta llegar un momento en que ninguno de ellos pudo seguir adelante. ¡Tampoco podía ser el bueno aquél!

—Vuelta a equivocarnos —dijo Bill, en tono mucho más alegre de lo que en realidad se sentía.

En realidad, estaba lleno de temor y horrorizado. ¿Qué tamaño tenía aquel laberinto? ¿Hasta qué profundidad penetraba en la colina? En el mapa parecía tratarse de una ruta corta; pero el laberinto en sí podía extenderse kilómetros y kilómetros, cortado por un dédalo de pasadizos que dieran vueltas y vueltas, cruzaran y volvieran a cruzar.

«Es un auténtico laberinto —pensó el detective—. Y, con toda seguridad, no habrá más que una o dos rutas que lo crucen. Nosotros no hemos acertado a dar con la que debiéramos haber seguido. ¡Sólo Dios sabe el tiempo que andaremos errando por aquí!».

—¿Dónde estará Jack? —dijo Lucy con ansiedad mientras iban recorriendo los curiosos corredores del laberinto—. Dios quiera que no le haya sucedido nada.

¿Dónde estaba Jack? Había retrocedido en busca de «Kiki» y le había oído hablar, melancólicamente, en la cripta, posado en la escalera de caracol que conducía a la columna rota. Le llamó:

—¡«Kiki»! ¿Qué estás haciendo ahí? ¿Por qué no vienes con nosotros, idiota? ¡Me has hecho volver en tu busca!

El loro estaba cansado de estar debajo de tierra. Quería salir otra vez al sol. Además, deseaba beber también, y no parecía haber agua allá abajo.

—¡«Kiki»! ¡Ven acá! ¡Quiero volver al lado de los otros! —llamó Jack.

—Llamad al médico —dijo «Kiki», ahuecando las plumas—. Lorito tiene un catarro. Llamad al médico.

—No seas tan pesado —exclamó el niño, con exasperación creciente.

Y se dirigió al lugar en que se encontraba el loro. Éste voló unos escalones más arriba, y miró a Jack con la cabeza ladeada. El niño le vio claramente a la luz de la linterna y se enfadó.

—Te estás portando muy mal. Baja y pósate en mi hombro, pájaro malo.

—Lorito malo, lorito travieso, llamad al médico —dijo «Kiki» para quien el médico parecía haberse convertido en obsesión.

Voló unos escalones más. Jack tuvo que seguirle. ¡Maldito loro! Había de ocurrírsele obrar de esa manera cuando tantas ganas tenía de reunirse con los demás. Llegó «Kiki», y éste subió aún más. Por último, desapareció.

Jack gritó, enfurecido:

—¡Aguarda a que yo te coja, mal loro! ¡Mira que jugar conmigo de esta manera! Por última vez..., ¡baja!

Llegó hasta él una voz burlona:

—¡Límpiate los pies, no respingues, pii, suena el médico!

Aquello acabó de exasperar al muchacho. Subió la escalera de caracol tan aprisa como pudo, hallando el ascenso difícil en la parte superior, cerca de la base de la columna. Le era posible ver muy bien ahora, porque el sol penetraba por el hueco del pilar. «Kiki» estaba sentado en el borde del agujero, disfrutando del calor solar, alerta a la llegada de Jack, porque sabía cuan grande era el enfado de éste.

—¡Ah, caramba! —dijo en voz muy alta—. ¡Ah, caramba!

Alzó el vuelo y desapareció de la vista del muchacho, que aún le oyó no obstante ir repitiendo:

—¡Ah, caramba! ¡Ah, caramba!

Le vio no muy lejos, posado en un árbol y mirando hacia el pie de la colina.

—¡Ah, caramba! —gritó en voz estridente. Y rompió a reír luego a carcajadas.

Jack corrió, furioso, hacia el árbol. Y se detuvo de pronto. Alguien subía la colina..., alguien que le era conocido... extraordinariamente bien conocido. Alguien con los dientes salientes y casi sin barbilla.

—¡Luciano! —exclamó, demasiado asombrado para poderse mover.

Y Luciano era, en efecto. Nada de extraño tenía ya que «Kiki» hubiese

prorrumpido en toda aquella serie de «Ah, caramba». Luciano se detuvo y miró boquiabierto a Jack, como si no pudiese dar crédito a lo que estaba viendo.

—¡Ah, caramba! —exclamó—. ¡Ah, «caramba»!

—Hola —dijo con voz débil Jack. Y sonrió—. Ah..., ¿qué demonios estás haciendo tú aquí?

—Igual podría preguntarte yo —dijo el otro—. ¡Si será extraordinario! ¡Caramba, caramba! ¡Si no puedo creerlo!

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —inquirió Jack—. ¿Por qué estás aquí?

—He llegado hoy —respondió Luciano—. Mi tío está aquí..., ¡aunque sólo Dios sabe por qué! No sé con exactitud cuándo llegó él. Sea como fuere, el caso es que vino, y luego mandó llamar a otra canoa automóvil para que le trajera a Thamis unos hombres que necesitaba y otras cosas... y yo vine también. El «Viking Star» se encuentra detenido en el puerto como sabes, y yo estaba muerto de aburrimiento. Supongo que mi tío irá a buscar antigüedades aquí o algo.

Jack le escuchó en silencio. ¡Ajá! ¿Con que estaba allí el señor Eppy, eh? Se hallaba sobre la pista después de todo. El cerebro le funcionó con la rapidez del relámpago. ¡Qué lástima que se hubiese encontrado con Luciano! Ahora el muchacho se lo diría al señor Eppy.

—Jack, ¿qué estás haciendo tú aquí? ¡Tienes que decírmelo! —insistió Luciano—. Es demasiado extraordinario. ¡Y «Kiki» también! ¿Dónde están los otros?

—¿Por qué habían de estar ellos aquí? —le repuso Jack.

No quería hablarle a Luciano de sus compañeros, ni decirle dónde estaban, ni cómo llegar a ellos. Sería una estupidez hacerlo. Se devanó los sesos sin encontrar plan que le pareciese bueno. Sólo se le ocurría una cosa: si lograba deshacerse de Luciano, bajaría por la columna y la escalera de caracol para ir a poner en guardia a Bill. El detective sabría qué partido tomar. ¿Cómo podía deshacerse de Luciano? No era fácil que éste le perdiese ya de vista. Y, ¡oh, maldición, maldición!, ¡el señor Eppy subía ya la colina seguido de tres hombres más!

El señor Eppy quedó demasiado sorprendido para poder articular palabra cuando vio a Jack y a «Kiki». Paró en seco y se les quedó mirando a través de las gafas ahumadas. Se las quitó por fin, las limpió con un pañuelo e iba a ponérselas de nuevo, cuando Luciano estalló en uno de sus accesos de risita estúpida.

—¡Ay, qué gracia! ¡Ah, caramba! No puedes creer lo que estás viendo, ¿verdad, tío? Tampoco pude yo. Pero sí que es de verdad... y el loro «Kiki» también.

Durante un instante, Jack soñó con poner pies en polvorosa, huir de aquellos sorprendidos hombres y ocultarse en alguna parte hasta poder regresar al lado de Bill y darle a conocer lo sucedido. Pero no pudo hacerlo. A una palabra del señor Eppy, los tres hombres que le acompañaban corrieron y se colocaron detrás del niño. Luego el señor Eppy se detuvo ante él.

—Y ¿qué es exactamente lo que estás tú haciendo aquí? —inquirió con tono tan extraño y amenazador, que Jack se quedó atónito y asustado—. ¿Dónde están los

otros?

—Vinimos a explorar un poco —contestó Jack, por fin—. Nada más. Estas islas puede venir a explorarlas cualquiera. Las máquinas del «Viking Star» sufrieron una avería y se les dijo a los pasajeros que podían alquilar lanchas y navegar por entre estas islas.

—¿Por qué vinisteis a ésta? —preguntó el señor Eppy, con voz más feroz aún.

Luciano respondió inesperadamente por él:

—¡Ah, tío! Supongo que habrán venido a buscar el tesoro de que me hablaste.

—¡Ten quieta la lengua, idiota! —gritó, casi escupiéndole al pobre Luciano—. Y ahora, tú —se volvió hacia Jack otra vez—, ¿cómo te atreves a poner pie en mi isla?

—Esta isla no es suya —contestó Jack.

—Lo es. ¡Acabo de comprarla! ¡Ah! ¡Eso no lo sabías! —dijo el señor Eppy—. Pero..., ¡sí sabes el por qué!

Capítulo XXII

El señor Eppy otra vez

Sí; Jack sabía, en efecto, por qué había comprado el señor Eppy la isla. Miró al hombre, desanimado y con el alma en los pies. Si la isla era del señor Eppy, entonces el tesoro lo sería también. Una vez más parecía que la aventura había tocado a su fin.

—¿Sabes por qué la he comprado? —repitió el señor Eppy—. Dímelo, niño.

—Hombre..., pues supongo que lo que usted deseaba era buscar el tesoro —respondió Jack, con brusquedad—. Pero no lo encontrará. ¡Recuerde que no vio más que dos pedazos del mapa!

—Pero tú me dirás lo que había en los otros dos pedazos —anunció el señor Eppy, con voz ominosa.

Luciano estaba ya visiblemente espantado.

—Oye, escucha, tío —empezó—. Yo creo que no debieras hablarle así a Jack, ¿sabes? Quiero decir...

El señor Eppy dio un paso atrás, alzó la mano, y le cruzó a Luciano la cara. La bofetada sonó como un latigazo y «Kiki» imitó inmediatamente el chasquido. Luego regañó al señor Eppy.

—¡Niño malo, niño malo, pazguato, misterseñor!

Luciano rompió a llorar a moco tendido. Se llevó la mano a la boca, y se fue, dando traspiés, a un rincón. Ninguno de los tres hombres se inmutó.

—Así trato yo a los niños imbéciles —anunció el señor Eppy, encarándose con Jack de nuevo—. ¿Vas a ser tú imbecil también?

Jack nada dijo. El señor Eppy le acercó la cara, hablándole con tal furia que el niño retrocedió con sobresalto, pisándole el pie a uno de los tres hombres.

—¿Dónde están los otros? —exigió el señor Eppy, pegado su rostro al del niño—. Han de estar aquí también. Eché de aquí a vuestra embarcación ayer. ¡Amenacé al barquero con mandarle a la cárcel por atreverse a desembarcar gente en mi isla!

—¡Ah..., conque por eso huyó Andros! —exclamó Jack, con asco—. ¡Qué idiotez hacer cosa semejante, señor Eppy! ¿No comprende que regresará de nuevo, y seguramente con ayuda?

—No hay peligro. Sabe que le meteré en la cárcel como despegue los labios. No, no... Sabía yo muy bien lo que me hacía. Cuando vi la canoa, adiviné que vosotros y vuestro amigo habíais venido a frustrar mis planes. ¡Ya he oído hablar de él! ¡Esta isla es mía! ¡Todo lo que hay en ella es mío también!

—Bueno, bueno —contestó el niño—. Pero, ¿por qué despidió al barco sin que estuviésemos nosotros a bordo? ¿Por qué no despedirnos a nosotros también? Si nos hubiese dicho que era suya, como ya sé que usted compra y vende islas, no

hubiéramos desembarcado sin su permiso.

—Os quería aquí —respondió el otro—. Tenéis el plano, ¿eh? ¿No lo dejaríais atrás, supongo? ¡Ah, no! ¡Una cosa de tanto valor la traeríais con vosotros!

Jack guardó silencio. Claro; por eso había despedido el señor Eppy a la canoa sin ellos; ¡tenía la intención de apoderarse del mapa! Y, al pensar en eso, Jack pensó en otra cosa también; en algo enloquecedor. Llevaba el mapa encima, la copia traducida. Lo había estado consultando con Bill en los pasadizos ¡y no se lo había devuelto! ¿Y si le registraba el señor Eppy? Lo encontraría sin duda. ¿Cómo podría destruirlo antes de que le registraran?

—Fuisteis vosotros, supongo, quienes le salisteis al encuentro al muchacho ayer, y hoy también, y os quedasteis con las provisiones que mandé yo a buscar —dijo el señor Eppy—. ¡Qué forma de proceder más extraordinaria! No me gustan a mí esas cosas..., me producen trastornos.

—Pero..., ¿cómo quiere que supiéramos que la comida era para usted, si no sabíamos que se encontraba usted aquí, y no entendíamos una palabra de lo que nos dijo el muchacho? —exclamó Jack—. Su embarcación no estaba en la caleta. No sabíamos que estuviese visitando la isla ninguna otra persona.

—Desembarqué por la otra caleta —anunció el señor Eppy—. Pero no te diré dónde está. No..., no; hasta que me hayas dicho dónde se encuentran tus compañeros. Luego, cuando tenga el plano en mi poder, quizá..., digo que quizás... os ponga en libertad y os deje abandonar la isla... a todos vosotros, que habéis venido a entrometeros.

—Está usted loco —dijo Jack, con asco—. No hemos venido a entrometernos en nada. Bill sería el primero en decir que nos marchásemos si supiera que había comprado usted la isla.

—¿Dónde están los otros? —preguntó, con brusca violencia, el griego.

—Por ahí andan —contestó el niño, con indiferencia—. ¿Por qué no los busca? Y no me grite a mí así: yo no soy Luciano.

—¿Tiene ese Bill el mapa? —inquirió el señor Eppy, con voz más cortante.

—¿Por qué no lo busca y se lo pregunta? ¡Llámele! ¡Vea si contesta! Si yo estoy aquí, ¿por qué no ha de estar él también?

El hombre le dio de pronto un cachete que el niño no tuvo tiempo de esquivar. «Kiki» por poco recibió parte del golpe, pero alzó el vuelo antes de que le alcanzaran. Se dejó caer sobre el enfurecido griego y le dio tan formidable picotazo en la oreja, Tanto fue el dolor, que le hizo soltar un alarido.

Jack ahogó una sonrisa. ¡Le estaba muy bien empleado! ¡Bien por «Kiki»! El loro voló a una rama alta, y se puso a regañar desde allá.

—¡Niño malo, niño travieso! ¡Grrrrrr! ¡Vete a la cama, vete al médico, vete al pito!

El señor Eppy dijo algo en voz incisiva a los tres hombres que se hallaban detrás de Jack. Éstos agarraron al niño, le sujetaron los brazos y le tumbaron en el suelo.

Luego, uno de ellos le registró con mano experta. Encontró el plano en seguida. El señor Eppy lo tomó. ¡Jack se imaginó cómo le estarían brillando los ojos detrás de las gafas ahumadas!



—¡Ah, sí! Tú lo tenías —dijo el hombre, desplegándolo. Vio que no era el mapa original. Lo estudió con atención.

—¿Qué es esto? Lo ha dibujado alguien que ha visto el otro..., lo ha dibujado para vosotros..., ¿ha sido descifrado y traducido?

—Averígüelo usted mismo —le contestó Jack, que seguía tumbado en el suelo.

Esperaba un puntapié o un golpe. Pero el señor Eppy estaba tan absorto en el plano, que no le hizo nada. Recordó el niño que aquel hombre sólo había visto dos trozos del mapa antes; lo bastante para saber a qué isla ir y para tener conocimiento de que en ella estaba el tesoro escondido. Debía de estar estudiando ahora las otras partes con gran interés.

—«Dos Dedos» —murmuró. Luego miró a Jack.

—Dos dedos —repitió—. Eso aparecía en el trozo que vi con anterioridad. Y encontré la roca de los Dos Dedos. Pero no hay paso por ese lado.

—Ah, conque fue la pila de la lámpara de usted la que encontramos en el agujero,

supongo —dijo el niño, incorporándose—. Nos preguntamos de quién podría ser.

El señor Eppy no le contestó, ni parecía oírle siquiera. Estaba examinando el mapa otra vez mascullando para sí:

—Dos Dedos, Diosa, Tumba, Pájaro, Campana, Laberinto, Catacumba..., ésa es la ruta que siguieron. ¡La totalidad de ella!

Luego siguió mascullando en griego, y Jack no pudo entenderle.

Luciano continuaba con la mano apretada contra la boca, y el rostro mojado de lágrimas. «Kiki» había ido a ponerse a su lado, y le estaba dando picotazos al cordón de los zapatos, sin dejar de repetir:

—¡Ah, caramba! ¡Ah, caramba!

—¿Habéis encontrado el camino? —preguntó el señor Eppy.

—¿Qué camino? —quiso saber Jack, con ingenuidad.

—¡Bah! ¡El camino que conduce a la cámara del tesoro! —escupió el señor Eppy.

—¡Bah! —dijo inmediatamente «Kiki»—. ¡Bah!

—A ese pájaro acabaré retorciéndole el pescuezo —dijo el hombre, amenazador—. Responde a mi pregunta, niño.

—No, no hemos encontrado el camino —repuso Jack, sin mentir, y alegrándose de que hubiese seguido el camino equivocado y no el bueno de la ruta.

De todas formas, se preguntó si Bill y los otros habrían logrado encontrar el buen camino no estando ya él. ¿No era de suponer que le habrían aguardado? ¡Estarían preguntándose qué rayos podía haberle pasado! Confió con toda su alma que no se les ocurriría ir saliendo a todos por la columna. Si lo hacían, el señor Eppy y sus hombres los irían apresando, y Bill hallaría extremadamente difícil conservar su secreto. Mejor dicho, resultaría inútil intentarlo, teniendo ya el señor Eppy el mapa.

«En cuanto conozca el señor Eppy la entrada, ya puede considerarse como suyo el tesoro —pensó Jack—. ¡Qué suerte que no me viese Luciano salir! Dios quiera que no se les ocurra a los otros presentarse de repente. Pero ¡me temo que lo hagan de un momento a otro!».

Mas no se presentaron, por la sencillísima razón de que se habían perdido en el laberinto. Aún erraban por los corredores, creciendo por instantes su ansiedad. Habían perdido a Jack, y se habían perdido ellos también.

—¡Este terrible laberinto! —exclamó Dolly, con desesperación—. Mire, Bill..., estoy segura de que hemos pasado por el corredor este antes. Recuerdo la manera en que sobresale este trozo..., me di en él la otra vez, y ésta también. Estoy segura de que es el mismo.

—¡Estamos dando vueltas y más vueltas, entrando y saliendo, y sólo Dios sabe si nos encontramos cerca de la cripta o de la catacumba! —gimió Jorge.

El detective estaba muy preocupado. Se paró a pensar un momento, intentando en vano orientarse. ¡Era tan difícil debajo de tierra! Echó a andar otra vez, y no tardó en llegar a una bifurcación.

—Bueno —dijo—, voto por que torzamos a la derecha aquí. Quizá sea uno de los

sitios en que debemos hacerlo. En cualquier caso, confiaremos en que nos proteja la suerte. ¡Vamos!

Le siguieron, harta ya y cansada Lucy de todo. Llegaron a otra bifurcación, y torcieron a la derecha de nuevo. Luego se encontraron con un sitio en que los corredores formaban cuatro ramales. Otra vez a la derecha. Bill se sentía un poco más animado. Quizá se hallaran sobre el buen camino ahora. Ya no se encontraban con pasadizos sin salida de los que se veían obligados a retroceder como les había estado sucediendo antes. Ah..., otra bifurcación. Bueno, pues a la derecha se ha dicho. El corredor terminó, de pronto, en una especie de escalones descendentes. El detective alzó muy alto la linterna y miró escalera abajo.

—¡Hemos atinado con el camino por fin! —anunció—. Éstas deben ser las catacumbas..., cavernas y pasadizos subterráneos que se comunican entre sí y que antaño se usaron como escondites, cementerios, y Dios sabe qué más.

—¡Oh, Bill! —exclamó Lucy, llena de alegría—. ¿Hemos encontrado el camino de verdad? ¡Creí que nos habíamos perdido para siempre! ¿Hemos de bajar la escalera, verdad, Bill?

—Sí. Yo iré delante. Seguidme. Bajaron todos, uno tras otro. Había unos treinta escalones en total, y les pareció a los niños como si estuviesen hundiéndose en las entrañas de la tierra. Al final, se encontraron con un lugar extraño, que se prolongaba en la oscuridad. Todo a lo largo de las paredes se veían repisas rocosas, nichos, huecos practicados en los lados que parecían como si hubiesen servido para almacenar cosas, o para que se ocultara en ellas la gente o se echara a dormir.

Llegaron a un agujero practicado en el suelo de aquel singular recinto. Bill dirigió hacia él la luz de su lámpara de bolsillo. Era una especie de pozo en cuyos lados se habían practicado huecos para poder apoyar los pies.

—Voy a bajar —anunció el detective—. ¡Me da el corazón que es éste el lugar que andamos buscando!

Desapareció por el pozo con su lámpara y no tardó en oírse su voz, muy fuerte y llena de excitación.

—¡Aquí es! ¡Ésta es la cámara del tesoro! Y... «¡el tesoro todavía está aquí!».

Capítulo XXIII

Tesoro... ¡y desgracia!

Los tres niños y «Micky» por poco se cayeron por el pozo; tan grandes eran sus prisas. Entregaron a Bill la linterna y, a la luz de ésta y de la lámpara del detective, contemplaron, maravillados, la extraña cámara del tesoro.

Era completamente redonda, como si se hubiese practicado con ayuda de una máquina en el corazón de la roca; aunque, claro está, se había hecho a mano en realidad, quizás arrojados precipitadamente por el pozo, había cajas y barriles podridos y arcas con flejes y canteras de bronce. Habían estallado escapándose de su interior una extraña mezcla de asombrosas piezas: cadenas de metal incrustadas de piedras preciosas, broches, pulseras, esclavas..., peinetas probablemente de oro, con minúsculas piedras; hermosos jarrones de metal, quizá bronce, pero demasiado cubiertos de manchas para poderlos identificar. En un rincón yacían puñales primorosamente cincelados y en otro lo que parecía una especie de armadura. Todo ello se había esparcido al deshacerse barriles y cajas quizá como consecuencia de la podredumbre de la madera, o puede que por efectos de su caída por el pozo al ser arrojados allí siglos antes. Había estatuillas rotas y vasijas que parecían tazas, tazones y copas y otras cosas cuyo empleo no podían ni adivinar los muchachos.



—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó Bill, tan emocionado como los niños—. ¡Qué tesoro! El de Andra quizá... No lo sabremos nunca a ciencia cierta. Pero, lo sea o no, vale tanto como medio reino, aunque no sea más que por su antigüedad. Fijaos en esta daga..., debe de tener siglos y siglos... y se ha conservado intacta gracias al aire de esta gruta. Se me antoja que cosas como éstas sólo pueden verse en los museos.

—¡Bill! ¡Es magnífico! —exclamó Jorge, brillándole los ojos al coger tesoro tras tesoro y contemplar la belleza con que estaban modelados y esculpidos.

—Supongo que todo lo que fuera vestiduras, capas y calzado habrá quedado reducido a polvo con el tiempo —dijo Dolly, con sentimiento—. Me hubiese gustado probármelos. Oh, Bill..., ¡lo hemos encontrado de verdad!

—Ojalá estuviese Jack aquí —dijo Lucy, lacrimosa—. ¡Le hubiera gustado tanto! ¿Dónde puede estar, Bill?

—Seguramente tardaría mucho en encontrar a «Kiki», decidiría no correr el riesgo de volver en busca nuestra solo —respondió el detective—. ¿Sabéis lo que haremos? ¡Volveremos a buscarle y le traeremos aquí para que vea el mayor tesoro del mundo!

—Pero, ¿sabremos encontrar el camino de vuelta? —murmuró Jorge, dudando.

Tampoco estaba demasiado seguro de ello el detective. Además, empezaba a descargársele la lámpara y tenía el convencimiento de que el petróleo de la linterna tampoco duraría mucho más. Era muy necesario regresar, reunirse con Jack..., ¡comer algo también! La excitación les había sostenido hasta entonces; pero ahora empezaban a sentir todos un hambre canina.

—Si logramos regresar aprisa y encontramos a Jack, comeremos —anunció Bill—. Luego, si la linterna de Jack continúa en condiciones, la haremos servir para volver aquí. Pero esta vez iremos marcando las paredes al pasar. En realidad, creo que llegaríamos hasta aquí sin dificultad si nos fijáramos en tomar siempre el camino de la derecha. Debió pasarnos inadvertida una de las bifurcaciones y eso nos hizo equivocar.

Salieron del pozo, dejando tras sí la misteriosa cámara con su fabuloso tesoro. ¿Qué edad tendría? ¿Lo habría visto alguna otra persona desde la fecha en que se ocultara?

Se encontraron de nuevo en las catacumbas. Fue fácil regresar a la escalera, por la que subieron al laberinto, internándose por sus corredores.

—Ahora hemos de escoger siempre el camino de la izquierda —dijo Bill—. Así no habrá peligro de que nos extraviemos.

Pero no; volvieron a perderse y a iniciar su eterno rondar, dando vueltas y más vueltas por aquel enloquecedor laberinto subterráneo. Lucy casi lloraba ya de cansancio. Durante todo este tiempo, «Micky» había permanecido sobre el hombro de Jorge. También él estaba cansado del extraño paseo en las tinieblas. Quería encontrarse al aire libre, comer alguna cosa y, por encima de todo, satisfacer la sed que le consumía. Saltó de pronto del hombro de Jorge y aterrizó en el suelo de la

galería. Empezó a alejarse solo.

Jorge le llamó:

—¡Eh, «Micky», «Micky»! ¡Ven acá! ¡No queremos perderte a ti también!

«Micky» aflojó el paso, pero continuó andando.

—¡Déjale, Jorge! —gritó el detective—. Estoy seguro de que sabe cómo salir de aquí. Los animales tiene un singular sentido de orientación. ¡Quizá pueda conducirnos derechos a la columna rota!

«Micky» no sabía lo que estaba diciendo Bill. De haberlo sabido, hubiera estado completamente de acuerdo con él. ¡Claro que sabía el camino! ¡Claro que su instinto le señalaba la ruta! Izquierda, izquierda, izquierda, sin las estúpidas equivocaciones que habían cometido los humanos. ¡Sí, él hubiese podido conducirles sin vacilar a la cripta en cualquier momento, de haberle dicho ellos que deseaban regresar!

—Bueno, henos aquí en la cripta otra vez —dijo Jorge, con alivio, cuando, en muy poco rato, salieron a la enorme estancia situada debajo del propio templo.

El alivio de Lucy era tan grande, que lloró quedamente para sí. Nadie lo vio. Se enjugó unas cuantas lágrimas y luego dejó de llorar, sintiéndose avergonzada. Metió su mano en la de Bill, y éste le dio un apretoncito aliviador.

—Ahora ya estamos salvados —dijo—. Hemos encontrado el tesoro y el camino de regreso. Vamos a buscar a Jack. Puesto que ni le hemos oído ni hallado rastro suyo, me imagino que se encuentra fuera, aguardándonos.

Jack se encontraba aún en el patio con el señor Eppy, Luciano y los tres hombres. Había transcurrido algún tiempo y no muy agradable para el muchacho, por cierto. El señor Eppy le había estado hostigando para que revelara dónde se hallaban los demás, y para averiguar si conocía el niño la ruta que conducía al tesoro. Le amenazó, le abofeteó varias veces, y abofeteó a su sobrino cuando éste intentó acudir en auxilio de Jack. A Jack le había sorprendido aquello, por haber considerado siempre al muchacho un idiota completo. Le miró, agradecido.

—Gracias, Luciano —dijo—. Pero no vuelvas a meterte... Saldrás perdiendo y te harán daño. Ya me sé defender yo solo. ¡Tu tío va a pasarlo muy mal por maltratarme, de eso puedes estar bien seguro!

Jack empezaba a tener un apetito enorme. Y a los otros debía sucederles lo propio, porque el señor Eppy cambió de pronto de tema y se puso a preguntarle a Jack dónde habían puesto las provisiones que les entregara el muchacho del borrico. El niño recordaba perfectamente dónde las habían escondido: dentro de la columna rota, sobre la repisa de piedra que había a la altura de la base, donde empezaba la escalera de caracol; pero, ¿cómo iba a poder decirlo? ¡Revelaría por completo el secreto! Conque guardó silencio, sacudiendo la cabeza en respuesta a las exasperadas preguntas del griego, sintiendo más apetito a cada instante, y experimentando mayor preocupación por la suerte que pudieran haber corrido los otros. ¿Dónde podían estar? Empezaba a ponerse el sol, y no tardaría en caer la noche. Y de súbito «Kiki» se puso a hablar excitado. Abandonó a Jack, y voló al agujero de la columna.

Se asomó a él. Jack se mordió los labios. «¡Oh, “Kiki”, no lo descubras todo! Has de callarte». El loro había oído aproximarse a los otros. Había oído la voz profunda de Bill al subir éste la escalera de caracol, y la voz atiplada de Lucy tras él. Tenía que darles la bienvenida.

—«Kiki» —llamó Jack— ¡Ven aquí!

—¡Cierra la puerta, cierra la puerta, límpiame los pies, usted perdone! —gritó el loro, excitado, con la cabeza dentro del hueco.

Y entonces sonó, en contestación, una voz procedente del interior.

—¡Hola, «Kiki», pajarraco! ¡Conque ahí estás! ¿Y Jack? ¿Dónde está?

Era la voz alegre y profunda del detective. El señor Eppy se alzó al instante. Dio una orden a sus tres hombres, que corrieron a la columna, aguardando. Jack dio un grito:

—¡Cuidado, Bill! ¡Peligro! ¡Cuidado, cuidado!

Reinó el silencio dentro de la columna.

Luego sonó la voz del detective otra vez:

—¿Qué ocurre?

—El señor Eppy... —empezó Jack. El señor Eppy le impuso silencio tapándole la boca con la mano.

Bill gritó otra vez:

—¿Qué sucede?

Y al no recibir respuesta, apareció en el boquete de la columna, colocándose a horcajadas sobre el borde. Los tres hombres se hallaban por el otro lado, escondidos, aguardando para atacarle.

Bill vio al señor Eppy, sujetando, al parecer, a Jack, y saltó inmediatamente. Los tres hombres se le echaron encima, derribándole. Uno de ellos se le sentó encima de la cabeza para que no pudiera gritar. Jack se retorció bajo la mano del señor Eppy, dándole puntapiés e intentando morderle; pero el otro tenía demasiada fuerza para él.

Jorge asomó entonces por el agujero, preguntándose qué le habría sucedido a Bill y, cuando vio que se le habían sentado encima, saltó, sin vacilar, acudiendo en su auxilio. El señor Eppy gritó en aquel momento unas palabras, y los hombres soltaron al detective, que se incorporó, tanteándose la nariz y preguntándose si tendría aún sanos todos los dientes.

—¿Qué demonios significa todo esto? —empezó.

Pero antes de que pudiera continuar, llegó a él un gemido procedente de la columna. Era Lucy.

—¡Bill! ¡Oh, Bill! ¿Qué ha ocurrido? ¿Podemos salir?

Bill reflexionó.

—Voy a ayudar a las niñas a salir —le dijo al señor Eppy, que asintió con un gesto.

Unos segundos después, las dos niñas y un «Micky» muy asustado se encontraban en el patio con Jorge, Jack y Bill.



—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Lucy—. ¡Oh, cuánto me alegro de verte, Jack! ¡Estaba más preocupada! ¡Dios mío! ¡Si ahí está Luciano!

—¡Ah, caramba! —dijo Luciano, intentando hacer al mal tiempo buena cara—. ¡Mira que encontraros a vosotras aquí!

El señor Eppy dijo algo cortante en griego, y el pobre Luciano se desinfló de nuevo. Luego el hombre se volvió hacia el detective, que le miraba ahora con una expresión siniestra en verdad. Bill estaba lleno de ira, y se le iba inflamando la nariz rápidamente.

—Escuche, Eppy, o como quiera que se llame —dijo—, va usted a encontrarse metido en un lío serio. ¿Quién le ha dicho que puede andar rondando por ahí con unos cuantos individuos que se portan como gangsters? Y, además, ¿qué está usted haciendo aquí?

—Esta isla es mía —anunció el señor Eppy, con aire triunfal—. La he comprado. Pueden ustedes largarse de ella... en cuanto me hayan ayudado a encontrar el tesoro. De lo contrario, les haré detener por invadir un terreno que me pertenece, y por intentar robar lo que es mío.

—Está usted loco —le respondió el detective con desdén—. Completamente trastornado. ¡No creo una palabra de lo que me dice! Sólo oyó hablar de esta isla hace

un día o dos... no ha tenido tiempo de comprarla. Es un cuento muy bien pensado..., pero a mí no me lo puede hacer creer. Procure no tocarnos a ninguno y portarse como es debido. De lo contrario, va a ser usted quien dé con sus huesos en la cárcel..., ¡y muy aprisa, además! Le aseguro que saldrá usted muy mal parado.

El señor Eppy dio una orden, y los tres hombres volvieron a abalanzarse sobre Bill. Le derribaron en muy poco tiempo, y uno de ellos le ató los tobillos y las muñecas. Bill era fuerte, pero no lo bastante para poder con los tres. El señor Eppy tenía sujeto a Jack por las muñecas para que no pudiera acudir en auxilio del detective y, en cuanto Jorge corrió en su ayuda, recibió un golpe de uno de los hombres que le hizo rodar. Lucy empezó á llorar del susto.

Nada hizo Luciano Estaba temblando en un rincón. «Kiki» y «Micky» se hallaban instalados en las ramas altas de un árbol, contemplando la escena con asombro. ¿Qué significaba todo aquello?

«Kiki» bajó y le dio un picotazo al señor Eppy en la oreja otra vez, y éste por poco suelta a Jack, tan vivo fue el dolor que el loro le produjo.

Una vez atado Bill, se hizo lo propio con los niños.

—¡No toquen a las niñas! —advirtió Bill, amenazador—. Como lo hagan, ¡les va a costar cara la broma cuando salgamos de aquí!

Resultó inútil la amenaza. A Dolly y a Lucy las ataron también, aunque no tan fuerte como a los muchachos. Dolly se mostró hosca y rebelde. Lucy estaba asustadísima.

—Y ahora —dijo el señor Eppy—, ahora vamos a buscar el tesoro de Andra nosotros. El tesoro de Andra. ¡Mi tesoro! Vosotros no teníais más que el plano. ¡Yo tengo la isla y pronto tendré el tesoro! ¡Gracias por enseñarme el camino!

Se metió por el agujero de la columna y los tres hombres le siguieron. Llamaron a Luciano y le obligaron a descender detrás de su tío. Parecía asustado.

—¡Vaya! —exclamó el detective—. ¡Si serán canallas! ¿Podremos soltarnos mientras se encuentran abajo? ¡Es nuestra única oportunidad!

Capítulo XXIV

¡Prisioneros!

Todos aguardaron hasta que el último hombre hubo desaparecido por la columna. Luego habló Bill.

—¡Que me ahorquen si vuelvo a mirar un mapa de tesoros o si escucho cosa alguna que volváis a decirme! Es fatal. Nos metemos en el atolladero al instante. Jack, Jorge..., ¿podéis aflojaros las cuerdas?

—Yo he estado intentándolo —contestó Jorge—. Y Jack lo mismo. Estos granujas saben atar nudos. La cuerda me está mordiendo la carne por los tobillos, y apenas puedo mover las manos.

Todos ellos tenían las manos atadas a la espalda, y resultaba imposible soltarse. Bill se acercó a las niñas, rodando. Compadecía una barbaridad a la pobre Lucy. Dolly era distinta, se parecía más a los niños, pero Lucy se espantaba sin poderlo remediar.

—Lucy, no te asustes —dijo, deteniéndose junto a ella—. Ya idearemos un medio maravilloso para escarmentar a esos bribones.

—Ojalá se pierdan en el laberinto —dijo Jack, con ferocidad, forcejeando aún con la cuerda que le sujetaba las muñecas.

—Probablemente será eso lo que les ocurra —repuso el detective—. Pero tengo atadas las manos. Hemos de conseguir soltarnos de una manera o de otra antes de que vuelvan.

—Lo primero que pienso hacer yo en cuanto me suelte, es meterme en la columna y sacar las provisiones que dejamos allí —dijo Jack—. ¡Si es que esos canallas nos las han dejado! Apuesto a que se han llevado ya la mayor parte de ellas.

Bill opinaba lo mismo, pero no lo dijo. Dejó de intentar aflojarse la cuerda de las muñecas. Lo único que lograba con sus esfuerzos era clavársela aún más en la carne. Miró a su alrededor en busca de una piedra de arista cortante contra la que flotar sus ligaduras. Vio una, y se acercó a ella, rodando. Pero, como tenía las manos detrás, no le era posible ver lo que hacía, y se cortó los dedos tantas veces que acabó dándose por vencido.

«Kiki» estaba en el árbol, mascullando algo ininteligible. Los gritos y los forcejeos le habían asustado. Ladeó la cabeza para mirar a Jack, y decidió que ya podía bajar a él sin peligro. Conque descendió volando y fue a posársele en el estómago.

—¡Llamad al médico! —dijo—. ¡Llamad al médico, misterseñor!

—Buena idea, «Kiki» —observó Jack, intentando reír—. ¡Dile que venga aprisa! ¡Telefonéalo al instante!

El loro imitó inmediatamente el timbre de un teléfono. Sonó la mar de extraño en aquel patio entre ruinas. Hasta Lucy soltó una risita.

—¿Oiga? —dijo «Kiki», encantado de la atención que le prestaban—. ¡Oiga!

—Está telefoneando ahora —rió Jack—. Guapo «Kiki». ¿Has conseguido comunicación con el médico ya? ¡Dile que estamos sufriendo todos un desagradable ataque de Eppy-titis!

«Micky» saltó del árbol para participar en la broma. También él se había llevado un buen susto; pero ahora que todo el mundo charlaba y reía y que se habían marchado los hombres ruidosos, se sintió más seguro. Aterrizó sobre Jorge e intentó acurrucársele en el hombro. El niño estaba sentado en el suelo, con las manos a la espalda.

—Siento no poder acariciarte, monito, y darte unos pocos mimos después del susto que te has llevado —dijo—. Pero tengo atadas las manos. Sí, eso es: búscalas. Aún las tengo; pero ¡por la espalda!

«Micky» tenía muchísimas ganas de que le acunaran; pero no encontraba brazos entre los que meterse. Se metió detrás de Jorge para investigar. ¿Qué había hecho el niño de manos y brazos? Ah..., ¡los tenía detrás! Tiró de las manos de Jorge con las suyas, tan minúsculas. Deseaba que le acariciasen.

—Lo siento, «Micky», no hay nada a hacer —dijo el niño. Les sonrió a sus compañeros—. ¡«Micky» no acaba de comprender por qué no uso las manos para hacerle caricias! ¡Me está tirando de ellas!

El mono había descubierto la cuerda que sujetaba las muñecas de su amigo. Estaba extraño. ¿Qué había hecho Jorge con aquella cuerda? ¿Por qué la tenía enrollada tan fuertemente alrededor de las manos? Tiró de la cuerda y luego del nudo. Jorge se quedó muy quieto.

—Eso es, «Micky» —dijo, con voz acariciadora—. ¡Eso es! Quita esos nudos. ¡Entonces podré acariciarte todo lo que quieras!

Todos aguzaron el oído al escucharle. Miraron con avidez a su compañero.

—Oye, Jorge..., ¿va «Micky» a... puede «Micky»... hacer algo para...?

—No lo sé. Está tirando de la cuerda. ¡Duro, «Micky», deshaz los nudos!

Pero el mono no pudo. Sus manitas no eran lo bastante fuertes para deshacer nudos tan bien atados. Se dio por vencido. Pero se le ocurrió otra solución. ¡Acercó la boca a la cuerda, e intentó roerla con los dientes!

—¿Qué estás haciendo, «Micky»? —exclamó Jorge, sintiendo la húmeda boquita contra la muñeca—. ¡Troncho, Bill! ¡Si será listo! ¡Está intentando partir la cuerda con los dientes ahora!

Todos observaron a Jorge con atención. En su rostro se reflejaba claramente todo lo que pensaba.

—¡Eso es, «Micky», muerde! —exclamó—. ¡Monito listo! ¡No, vete de aquí, «Kiki», no estorbes a «Micky» ahora!

El loro se había acercado a Jorge y ahora se metía detrás de él para ver qué estaba

haciendo «Micky».

—Uno, dos, tres... ¡«Va»! —dijo, como si estuviese animándole.

—Ven acá, «Kiki». Deja a «Micky» tranquilo para que trabaje —ordenó Jack.

Y «Kiki», obediente, volvió a su lado.

—¿Qué progresos hace «Micky»? —inquirió Bill.

—Creo que va bastante bien —respondió el niño, probando a ver si tenía más sueltas las manos—. Me parece que la cuerda no está tan prieta ya. ¡Duro, «Micky»!

Fue larga y ardua la tarea, pero «Micky» tenía paciencia y perseverancia. Una vez comprendió que estaba haciendo lo que deseaba su amo que hiciera, siguió sin parar. Bill se maravilló de lo bien que comprendía Jorge a los animales y de lo bien que los animales le comprendían a él. ¡No había animal que no estuviese dispuesto a hacer cualquier cosa del mundo por Jorge!

—¡Se están aflojando! —exclamó el niño—. ¡Sigue, «Micky»... un mordisco o dos más!

Y, en efecto al cabo de otro rato de mordisquear, la cuerda se rompió al tirar de ella el niño. Se puso las manos delante, gimiendo.

—¡Troncho! ¡Cómo duelen! Gracias, «Micky»... has hecho una buena obra. ¡Aguarda a que vuelva a circularme la sangre y te acariciaré de pies a cabeza!

La cuerda aún le colgaba de una de las muñecas, atados los nudos tan fuertes como siempre. Se la quitó con la otra mano. Abrió y cerró los entumecidos dedos y, luego se puso a acariciar al mono que encantado de que se le mimase se acurrucó entre los brazos del niño con gruñidos de contento.

Nadie metió prisa a Jorge. Nadie le pidió que se diese prisa y le desatara a él. Todos sabían que era justo que «Micky» recibiera su recompensa.

—Bueno basta ya —dijo Jorge por fin—. He de atender a los otros. ¡Tú ven a ayudarme!

Se colocó en el sitio de costumbre: sobre el hombro. Se buscó la navaja en el bolsillo. Todavía tenía los dedos raros y torpes pero iban recobrando rápidamente su flexibilidad. Sacó la navaja y la abrió. Cortó las cuerdas que le ataban los tobillos e intentó ponerse en pie a continuación. Tenía una sensación rara en pies y piernas porque le habían atado muy fuerte. Pero no tardó en poder andar. Se fue derecho a las niñas. Les cortó las ligaduras y Lucy soltó una exclamación de agradecimiento:

—¡Oh, Jorge, gracias! Dolly, ¿tienes bien las manos?

—Un poco entumecidas —respondió la otra, frotándoselas—. ¡Qué a gusto ataría yo ahora al señor Eppy! ¡Y con qué fuerza apretaría las cuerdas! ¡El muy bruto! ¡Debe de estar loco!

A los pocos instantes estaban todos libres. Bill fue el que encontró más difícil mantenerse derecho, porque le habían apretado las ligaduras con verdadera ferocidad. Necesitó un rato para conseguir que le circulara nuevamente la sangre, y el proceso fue bastante doloroso al principio.

Todos mimaron una barbaridad a «Micky», que disfrutó otra barbaridad y estuvo

castañeteando suavemente todo el rato. Jack no perdió de vista a «Kiki». El loro estaba celoso y aguardaba una ocasión propicia para darle un picotazo a «Micky» en la cola.



—Te ataré a ti como te atrevas a gastar una de tus tretas, «Kiki» —le dijo su amo, dándole un golpe en el pico.

El loro metió la cabeza debajo del ala, murmurando:

—¡Pobre lorito, pobre torito, no respingues, usa el pañuelo!

—¡Es irreprimible! —observó Bill, sin dejar de darse masajes en las muñecas—. Bueno, me siento mejor ya. ¿Y si comiéramos, muchachos? ¡Si es que aún está en su sitio la comida, claro!

Jack se encontraba camino de la columna ya. Tuvo que pedirle a Jorge que le aupara, porque aún tenía débiles los tobillos. Subió y se dejó caer dentro. Buscó las provisiones y halló con gran alegría, algo de pan y lo que parecía queso a su alrededor. Reinaba la oscuridad en el interior del pilar ahora, porque se había puesto el sol. Buscando a tientas, al tacto. Llamó a Jorge.

—¡Ojo avizor, Jorge! ¡Voy a tirar las provisiones por el agujero!

El otro aguardó, y vio caer pan, queso y un paquete de carne.

—Aguarda un poco... aquí hay más pan —gritó Jack. Y lo tiró también, saliendo luego, con una sonrisa.

—¡Debían tener tanta prisa por llegar al tesoro, que no se detuvieron ni para comer un bocadito! —dijo—. Tienen que haber visto las provisiones.

—Bill, ¿podemos sentarnos con seguridad a comer un poco? —preguntó Lucy, con ansiedad.

—Con seguridad completa —le repuso el detective—. Voy a sentarme aquí, junto a la columna... ¡voy a compadecer mucho, mucho, a quien intente salir mientras me encuentre yo en este sitio!

Capítulo XXV

Lo que sucedió en la noche

Se estaba haciendo de noche ya. El sol había desaparecido mucho rato antes y los niños apenas podían verse los unos a los otros mientras comían, con muy buen apetito, sentados en el patio del templo.

—Jamás hubiese creído que el pan y el queso pudiera saber tan bien —aseguró Dolly—. En realidad, este queso no me pareció nada agradable ayer... lo encontré un poco dulce. Pero, lo que es hoy, lo encuentro exquisito.

—Sólo porque tienes mucha hambre —contestó Jack, dándole un poco del suyo a «Kiki»—. Es queso de cabra, ¿verdad, Bill? ¡Caramba! ¡Fijaos cómo traga «Micky»!

—¡Pop, hace «Micky»! —observó «Kiki», interviniendo en el momento oportuno—. Uno, dos, tres, ¡pop!

—Idiota —dijo Jack—. Bueno, Bill, ¿en qué está pensando usted?

—En un montón de cosas —repuso el detective—. Hemos tenido un día extraordinario. Y estoy trazando mis planes en consecuencia.

—¡Qué tesoro más maravilloso era! —exclamó Lucy, con los ojos muy relucientes.

Jack, claro está, había oído ya el relato de sus aventuras bajo tierra y les envidiaba el no haber visto la cámara del tesoro con su asombrosa colección de riquezas. Había escuchado atónito, lamentando no haberse encontrado con los otros en el momento del descubrimiento.

—¿Qué planes tiene, Bill? —preguntó Jorge, sintiéndose con ánimos para pensar razonablemente otra vez ahora que estaba libre y había hecho una buena comida—. Supongo que no podemos hacer gran cosa esta noche.

—No, claro que no podemos. Eso es seguro. Ya hemos pasado por bastantes cosas hoy sin embarcarnos en más aventuras. Además, las niñas casi están dormidas, ¡las pobres!

Así era, en efecto. La excitación y el ejercicio las había agotado por completo. Lucy estaba acurrucada contra Dolly, con los ojos cerrados.

—La verdad es que yo tengo bastante sueño también —reconoció Jack, bostezando—. ¡No me importaría nada echar un sueñecito!

—En cualquier caso, Bill..., ¿qué podríamos hacer, aun cuando quisiéramos hacer algo esta noche? —preguntó Jorge, empezando a bostezar también—. ¡No podemos escaparnos! Andros no volverá, eso es evidente, habiendo amenazado el señor Eppy con encarcelarle. Después de todo, él no es más que un simple barquero. Supongo que el señor Eppy le daría dinero en abundancia, por añadidura, para compensarle por no habernos cobrado a nosotros.

—Sí, el dinero y las amenazas harían marchar en seguida a Andros —contestó el detective—. En cualquier caso, Andros sabría que el señor Eppy tenía su propia embarcación aquí... posiblemente dos, puesto que mandó pedir más gente y más cosas. Conque no quedaríamos colgados del todo, puesto que el señor Eppy podía encargarse de transportarnos.

—¡Troncho, es verdad! ¡En algún sitio tienen que estar sus barcos! —exclamó Jorge, despabilándose considerablemente—. No tenemos más que encontrarlos y ya estamos salvados. ¿No sería mejor que nos pusiéramos a husmear por ahí ahora, antes de que salga esa gente de los pasadizos?

—No. Esta noche no haremos nada más —anunció Bill, con firmeza—. Yo tenía el plan de hacer eso mañana. Cuando encontremos el barco o los barcos del señor Eppy, confío en que no tendremos por qué preocuparnos ya. Ahora, escuchad... yo voy a montar guardia durante las primeras cuatro horas y, después de eso, tú Jack y luego tú. Jorge, montaréis una guardia de dos horas cada uno. Para cuando haya transcurrido ese tiempo, será ya de día.

—¿Para qué montar guardia? ¿Hemos de aguardar a que nuestro querido Eppy asome la cabeza y diga «Hola»? —preguntó Jack, riendo.

—Precisamente —asintió Bill. Había encendido una de las linternas, y la luz de ésta daba a la escena un aspecto singular en verdad—. Estáis cansados los dos. No serviréis para nada mientras no hayáis dormido. Os tocará el turno de vigilar cuando os despierte.

—De acuerdo —dijo Jack, acomodándose pegado a Jorge—. Dejaremos que el fortachón monte guardia primero. La verdad es que me parece que estoy dormido ya.

—¿Qué hará usted si se presentan los otros? —preguntó Jorge, con interés—. ¿Darles en la cabeza a medida que salgan por el agujero?

—Es muy probable —contestó Bill, encendiendo la pipa—. No tenéis por qué preocuparos de eso. ¡Buenas noches! Os despertaré dentro de cuatro horas.

Los dos niños se quedaron dormidos casi antes de que terminara la frase. El olor del tabaco de Bill pobló el patio. «Micky» lo percibió en sueños, y se apretó más contra Jorge. No le gustaba el olor del tabaco. «Kiki» estaba posado encima de Jack, con la cabeza debajo del ala. Las niñas se encontraban completamente inmóviles, durmiendo como troncos a pesar de lo incómodo de su lecho.

Bill apagó la linterna. Sólo el resplandor de la pipa brilló, de cuando en cuando en el patio. Estaba reflexionando hondamente. Repasó todos los sucesos de los últimos días. Meditó sobre la aseveración del señor Eppy, de que era suya la isla. Se devanó los sesos tratando de adivinar dónde se encontraba la otra caleta, lugar en que con toda seguridad se hallarían las embarcaciones del griego. Se preguntó cómo les estaría yendo a los que se hallaban debajo. Deseó de verdad que se hubiesen extraviado por el laberinto. Hizo sus planes para el día siguiente. Buscarían las embarcaciones. Ése sería el primer paso. ¿Dónde rayos estaría la caleta... la segunda caleta de que hablaba Andros? Quizá fuera...

Un leve ruido interrumpió sus pensamientos. Dejó la pipa y se puso en pie, silenciosa figura junto a la quebrantada columna. Escuchó. El ruido había procedido del interior, estaba seguro. Bueno, pues si era el grupo que regresaba, le aguardaba una noche en vela. Recogió un pedazo de madera sobre el que había tenido clavada la vista toda la noche. Probablemente habría formado parte del marco de una ventana o una puerta; ¡ahora resultaría un arma magnífica, ofensiva y defensiva!

Permaneció junto a la columna, escuchando atentamente. Oyó ruido de roce sobre piedra; alguien ascendía la última parte de la escalera de caracol. Cesó el ruido. Quienquiera que fuese, se hallaba en la columna ya. ¿Qué estaba haciendo? Parecía andar buscando a tientas algo.

—«¡La comida! —pensó Bill, sonriendo—. Trabajo le doy: ¡ya no está ahí!».

Llegó a sus oídos una especie de lloriqueo y, luego, una voz trémula dijo en voz queda:

—¡Jack! ¡Jorge! ¿Estáis ahí?

«¡Sí es Luciano! —pensó Bill, con asombro—. Pero, ¡no puede estar solo!».

Escuchó de nuevo. Se percibió nuevamente un lloriqueo, parecido al de un perrito. No sonó ninguna otra voz, ni se oyó subir la escalera a ninguna otra persona. Bill tomó una decisión. Se encaramó al agujero de la columna, encendió la lámpara, y escudriñó el interior.

Luciano se encontraba abajo, mirando hacia arriba, resbalándole las lágrimas por el espantado rostro. Alzó la mano, como si esperase que Bill le dirigiera un golpe.

—¡Luciano! —dijo Bill—. ¿Qué haces ahí? ¿Dónde están los demás?

—No lo sé —lloró el pobre muchacho—. Sólo me llevaron hasta la cripta que hay al pie de esta escalera. No quisieron dejarme que fuera más allá con ellos. Me dijeron que me quedara allí hasta que ellos volviesen... que no me moviese. Mi tío me dijo que medio me mataría como no me encontrase aguardándoles cuando regresaran.

—Así, pues, ¿no volvieron? —preguntó Bill, sin apartar la luz del rostro del niño.

—No. Hace ya muchas horas de eso —sollozó Luciano—. No sé lo que les habrá ocurrido. Y tengo un hambre, y un frío y un cansancio... Y tengo miedo ahí abajo también. No me atreví a tener encendida la lámpara todo el tiempo, por si se me agotaba la pila.

Bill creyó al asustado niño.

—Sube —dijo—. Vamos..., toma mi mano y salta. Vamos, Luciano, ¡salta! No me digas que no puedes subir aquí de un salto.

Pero el pobre Luciano no podía. Bill acabó por tener que meterse en la columna y alzarle hasta el agujero. Aun entonces el niño pareció a punto de caerse. Se encontraba en un estado de nervios terrible.

Por fin se encontró sano y salvo en el patio, y Bill le dio pan y queso. Se puso a devorarlo como si llevase un mes sin comer. De pronto le asaltó un pensamiento.

—Caramba..., ¿cómo se soltaron ustedes? Quiero decir..., ¿no estaban atados todos?

—Sí —respondió Bill con rudeza—. Lo estábamos. Pero, afortunadamente para ti, nos soltamos..., sí, todos... Los niños están dormidos allá... y las niñas muy cerca. No, no los despiertes: están agotados. Si hubiéramos estado atados aún, te hubieses pasado la noche en la columna. ¡No es cosa muy agradable ésa, Luciano!

—No —asintió Luciano, estremeciéndose—. Ojalá no hubiese venido a esta horrible isla. ¿Qué va a suceder? ¿Va usted a bajar en busca de mi tío? Debe haberse extraviado por completo.

—Por mí —repuso el detective—, puede continuar extraviado. Es más, le servirá de escarmiento. Tu tío no es hombre que me inspire sentimientos muy bondadosos en estos instantes.

—No. Es horrible —asintió Luciano—. Una vez encontrara el tesoro tenía la intención de dejarles a ustedes abandonados aquí y marcharse solo en busca de más hombres que le ayudaran a retirar lo que hubiese encontrado.

—¡Qué hombre más agradable! —murmuró Bill—. Bien, jovencito, más vale que te echas a dormir. Y mañana vas a ayudarnos, en desagravio de las malas acciones de tu malintencionado tío.

—¡Oh..., les ayudaré de muy buena gana! —dijo inmediatamente el niño—. De veras que sí. Estoy de parte de ustedes; eso ya lo sabe.

—Sí, supongo que sí. ¡Tendrás que estarlo de ahora en adelante, por lo menos!

—¿Cómo puedo ayudarles mañana? —preguntó el niño.

—Llevándonos a la caleta en que se encuentran las embarcaciones de tu tío —contestó, sin vacilar, el detective.

—Oh, claro..., si es que consigo recordar dónde está —repuso Luciano con ansiedad—. No soy gran cosa en eso de recordar rutas, sabe... Pero seguro que recordaré ésa.

—No tendrás más remedio —le contestó Bill, sombrío—. Y ahora vete a dormir. No... no te vayas al lado de los niños. Quédate donde estás. Y fíjate bien: si tu tío llega durante la noche, ojo con ponerle en guardia. Como pronuncies la menor palabra o hagas el menor sonido, te van a ocurrir cosas muy desagradables.

—Oh, le digo que estoy de parte de ustedes ahora —protestó Luciano, instalándose lo más cómodamente posible—. Buenas noches, señor. ¡Hasta mañana!

Capítulo XXVI

A la mañana siguiente

Bill despertó a Jack a las cuatro horas justas. En breves palabras le contó al sorprendido muchacho la llegada de Luciano.

—No hace más que decir que está de parte nuestra ahora, pero uno nunca puede fiarse de un papanatas como ése —advirtió a Jack—. Conque no le pierdas de vista. Y si oyes el más leve ruido subterráneo, despiértame inmediatamente, Jack.

—Descuide, Bill —repuso Jack, refrescado por el sueño—. Oiga..., llevan mucho tiempo ahí abajo, ¿no le parece? ¡Tienen que haberse perdido!

—Eso espero y deseo —le aseguró el detective—. No supongo que sigan perdidos indefinidamente, sin embargo, por muy deseable que pudiera eso ser. El laberinto no es muy grande. Bueno, voy a dormir. ¡Anda alerta!

Jack aún tenía sueño. Temió hallar difícil mantenerse despierto, conque encendió la linterna y paseó por el patio. Dirigió la luz sobre Luciano. Éste se encontraba tan profundamente dormido que no se movió siquiera. Jorge dormía también como un tronco, y en cuanto a las niñas, no se las veía ni un centímetro de cara, tan pegadas estaban la una a la otra.

«Kiki» acompañó a Jack en su paseo. Sabía que no debía hacer ruido, conque lo decía todo en susurros. Y como no era nada hábil en eso de susurrar, le hizo cosquillas a Jack en el oído, hasta que éste fue incapaz de soportarlo más. Se lo quitó de encima del hombro y le hizo posarse en uno de los brazos.

Sus dos horas transcurrieron sin que sucediese nada en absoluto. Despertó a Jorge. Necesitó tiempo, porque el niño estaba profundamente dormido. Tan aprisa como le hacía rodar Jack para despertarle, rodaba de nuevo a su posición primitiva, sin haber despegado los ojos. Jack le quitó uno de los zapatos y le hizo cosquillas en la planta del pie. ¡Eso sí que le despertó! Se incorporó bruscamente, mirando con furia a la linterna que tenía Jack en la mano.

—¡Qué demonios...! —empezó en voz muy alta.

Jack le impuso silencio al instante.

—¡Cállate, idiota! ¡Despertarás a los demás! Perdona que te hiciera cosquillas en los pies, pero no había manera de despertarte. Te toca vigilar a ti ahora.

Jorge se puso el zapato, mascullando algo muy poco agradable de Jack entretanto. «Micky» se despertó también y miró con asombro en torno suyo. Se había olvidado de dónde se encontraba. Jack le habló a Jorge en susurros de la llegada de Luciano. A Jorge le hizo gracia.

—¡Conque Luciano milita ahora en nuestras filas! —dijo—. Bueno, no es mala persona en realidad..., sólo que ¡es tan papanatas! Pobre Luciano, ¡debió estar medio

muerto del susto! Bien, ya le vigilaré..., aunque, la verdad, no tendría valor suficiente ese chico para hacer cosa que no debiese. Y si nuestro querido señor Eppy asoma la cabeza por el agujero, será para mí un vivo placer largarle un estacazo con toda mi alma.

Jack rió.

—Bueno, pues me voy a dormir otra vez —dijo—. ¡Buena caza, Jorge!

A Jorge se le cerraban los ojos por más esfuerzos que hacía, con que se puso en pie y se puso a pasear como había hecho Jack. Hubiese resultado imperdonable dormirse hallándose de guardia. Se preguntó qué hora sería, y consultó su reloj. Tenía las manecillas luminosas y se veían perfectamente en la oscuridad. Las cinco de la mañana, o muy cerca. Miró hacia el firmamento por oriente. Empezaba a platearse ya.

Fue cerca del final de sus dos horas de guardia cuando se oyó ruido. Para entonces había salido el sol, iluminándolo todo, y dándole un aspecto de nuevo y hermoso. Jorge disfrutaba del calorcillo de los primeros rayos del astro cuando se oyó el sonido. Irguió las orejas, y «Micky» se puso a castañetear suavemente.

—¡Chitón! —ordenó el niño—. Quiero escuchar.

«Micky» guardó silencio al instante.

Se oyó el ruido de nuevo; el raspar de zapatos sobre la piedra.

«¡Vienen ya!», pensó Jorge.

Y corrió hacia donde Bill dormía con el rostro hundido en la hierba que crecía en el patio.

—¡Bill! ¡Despierte, que vienen!

El detective se despertó en seguida. Se puso en pie de un brinco, completamente despabilado. Jack despertó igualmente. Y las niñas también. Sólo Luciano continuó durmiendo. Pero nadie le hizo caso. Bill corrió a la columna. Tomó el trozo de madera de manos de Jorge.

—Apartaos un poco —les ordenó a las niñas—. No creo que me den mucho quehacer, pero uno nunca sabe. No pienso aguantarles ninguna tontería a Eppy y compañía.

Se colocó junto al agujero de la columna. Escuchó. Llegó a sus oídos rumor de voces. Evidentemente se encontraba ya alguien dentro del hueco, habiendo llegado a la parte superior de la escalera de caracol. Bill oyó lo que decía, pero no pudo comprenderlo. Reconoció la voz del señor Eppy, sin embargo, y asió con fuerza el madero. El señor Eppy permaneció inmóvil unos instantes, escuchando a alguien que le gritaba desde la escalera. Luego, llamó en voz baja:

—¿Luciano? ¿Estás ahí, Luciano?

Luciano sí que se encontraba allí, pero estaba profundamente dormido; conque, claro, no podía contestar. El señor Eppy volvió a llamar:

—¡Luciano!

Bill respondió con voz dura:

—Yo estoy aquí... Bill Cunningham..., ¡y le estoy aguardando, señor Eppy! ¡En cuanto intente salir, le volveré a meter dentro de un buen golpe con esto!

Y golpeó tan ruidosamente la columna, que todos dieron un brinco de sobresalto y se despertó Luciano.

Reinó un silencio de muerte en el interior del pilar. Luego se oyó como si otra persona subiese la escalera. Hablaron varias veces muy bajo.

—¿Cómo se soltó usted? —sonó la voz del griego de nuevo—. ¿Le puso en libertad Luciano? ¿No está aquí?

—No; no fue él —contestó Bill.

Las voces hablaron entre sí otra vez. Luego el señor Eppy exclamó con voz llena de urgencia:

—¡Señor Cunningham! Mis hombres me dicen que acaban de encontrar al pobre Luciano aquí abajo..., seriamente lesionado. Necesita auxilios. Permítanos que subamos inmediatamente.

La noticia no podía ser más asombrosa, en particular para Luciano, que se quedó boquiabierto. Estaba a punto de hablar cuando Jack le impuso silencio de un codazo. ¡El asunto aquél lo estaba llevando Bill y no necesitaba interferencias!

—Siento oír eso, señor Eppy —repuso el detective—. Álcenle hasta el agujero y ya lo cuidaremos. Pero ustedes permanezcan dentro. Eso es definitivo.

Volvió a celebrarse una conferencia en voz baja. El señor Eppy habló otra vez a continuación:

—He de pedirle que nos permita salir con el niño. Está gravemente lesionado. Estoy muy angustiado por él.

El rostro de Luciano era un cuadro. Dolly por poco se echó a reír al contemplarle. Bill, burlándose, respondió en seguida:

—Nada que hacer. Nadie sale de ahí, salvo Luciano. Entréguenle.

Puesto que Luciano se hallaba sentado sobre la hierba en el patio del templo, era completamente imposible que lo entregase el señor Eppy. Lucy le susurró a Dolly:

—¡Qué grandísimo embustero!

Bill empezó a golpear la columna con el madero.

—Bien —dijo—, no parecen ustedes muy dispuestos a deshacerse de Luciano... Quiero hacerles una advertencia: ¡cómo asome alguno la cabeza por el agujero de esta columna, va a recibir de lo lindo!

¡Pam!, ¡pam! Era el madero del detective, golpeando la columna otra vez. No debió hacerle mucha gracia al señor Eppy. No era un hombre valiente, y fácilmente podían imaginarse cuáles serían sus sentimientos allá abajo metido en el hueco.

—¿Nos quieren dar algo de comer? —gritó por fin.

—No —le repuso Bill, implacable—. Apenas hay lo suficiente para nuestro propio desayuno.

A juzgar por los ruidos que se oyeron, Eppy y sus compañeros habían decidido bajar de nuevo la escalera para celebrar conferencia. Bill hizo un gesto en dirección a

Jack.

—Reparte entre todos los alimentos que quedan. Yo voy a quedarme aquí por si esos tipos intentan alguna jugarreta. Tengo el presentimiento de que llevan armas de fuego, conque, suceda lo que suceda, no puedo permitirles que asomen la cabeza.

Jorge y Jack repartieron las provisiones. Bill se comió su parte, sin apartar la mirada de la columna ni dejar de aguzar el oído para percibir cualquier movimiento o ruido, pero no hubo ninguna de las dos cosas. Llamó a los otros a su lado al final de una comida muy poco satisfactoria.

—Ahora escuchad —dijo en voz baja—. Yo he de quedarme aquí, eso lo comprenderéis. Lo que tenéis que hacer vosotros es ir con Luciano y encontrar la caleta donde tiene el señor Eppy las embarcaciones. Aseguraos de que no quedan más hombres a bordo.

—Hay dos hombres con las dos canoas —anunció Luciano.

La noticia resultaba desalentadora. Bill reflexionó de nuevo.

—Bueno —dijo por fin—, lo primero que hay que hacer es encontrar la caleta y los barcos. No os dejéis ver. Limitaos a encontrar la caleta para que conozcamos el camino. Luego, volved aquí. Confiaremos en que vuelva a aparecer el muchacho del burro a los doce con más provisiones, como hace todos los días.

—No nos iría mal —dijo Jack.

—Tampoco les iría mal al señor Eppy y a sus amiguitos —rió Jorge—. Bill, ¿qué hacemos después de encontrar la caleta y los barcos y venir aquí a decírselo?

—Mandar a Luciano con un mensaje, supuestamente de su tío, ordenando a los hombres que vengan aquí. ¡Y aprovechamos nosotros la ocasión para largarnos a decírselo!

—Pero, ¡oiga! ¡Encallarán en las rocas! —protestó en seguida Luciano—. No se puede venir a estas islas sin un marino que las conozca. ¡Naufragarán!

—Bueno, ya tomaremos una decisión sobre ese particular cuando llegue el momento. Entretanto, en marcha. Enséñales el camino, Luciano.

Luciano, con gesto bastante dubitativo, se dirigió a la pendiente calle de la ciudad. Echó a andar por ella, torciendo a la izquierda después de haber recorrido la mitad.

—Pareces conocer el camino divinamente —dijo Jack.

Luciano le miró con inquietud.

—No lo conozco —aseguró—. No sirvo en absoluto para esta clase de cosas. Jamás consigo encontrar el camino a ninguna parte. No tengo ni el menor sentido de orientación. ¡Nunca conseguiré encontrar las embarcaciones!

Capítulo XXVII

Visitantes inesperados

Luciano tenía razón. No conocía el camino y no era capaz de encontrar las embarcaciones. Resultaba un inútil completo. No hacía más que errar de un lado para otro, dirigiéndose hacia el mar. Les condujo a una playa rocosa donde era imposible que anclase ningún bote ni canoa.

—Cuidado que eres pazguato —dijo Jack con hastío.

—¡Pazguato! —repitió «Kiki»—. ¡Papanatas! ¡Llamad al médico!

Nadie le sonrió al loro la gracia. Se sentían todos demasiados chasqueados y disgustados con el pobre Luciano. Éste parecía a punto de llorar.

—No es culpa mía —dijo con un respingo—. Si hubiese sabido que iba a resultar tan importante, me hubiera fijado bien en el camino. Pero yo no lo sabía.

—Escucha, como vuelvas a ponerte a hacer pucheros, te meto en la madriguera de un conejo y la tapono con algas —dijo Jack, asqueado.

Luciano puso cara de alarma.

—Sí que recordaría si pudiese —aseguró, alicaído—. Pero una cosa os diré: nadie puede venir a estas islas en barco ni marcharse sin un marinero que conozca la ruta. Hay cientos de rocas a flor de agua. Hasta un navegante experto lo encuentra difícil. Lo sé porque las he visitado con frecuencia en compañía de mi tío.

Jack le miró.

—En esto te creo —dijo—. No me haría ninguna gracia tener que navegar yo en bote por aquí sin uno que conociese el camino. ¡Troncho! ¡Ahora sí que estamos vencidos! No tenemos barcos. Y, si los tuviéramos, probablemente naufragaríamos. ¡Buena perspectiva!

Lucy imaginó inmediatamente la posibilidad de que ellos, el señor Eppy y sus amigos tuviesen que pasarse en Thamis años y años. Exhaló un suspiro.

—¡Ojalá no se me hubiera ocurrido comprarle a Jorge el barco ese dentro de una botella! —dijo—. De haber sabido yo que nos iba a meter en semejante aventura, ¡lo hubiese tirado!

Emprendieron el camino de regreso a la ciudad. Mientras andaban, Jack se detuvo a mirar hacia el firmamento.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó—. ¡Suena como un aeroplano!

Todos se detuvieron a escuchar entonces, buscando al avión. No tardó éste en aparecer como un punto negro allá por el norte.

—Lástima que no podamos hacer una señal pidiendo auxilio —observó Dolly—. De todas formas, ¡yo voy a agitar mi pañuelo!

Sacó un pañuelo minúsculo y, con gran regocijo de los otros, lo agitó en el aire.

—¿Crees tú, durante un solo momento siquiera, que desde el avión pueden ver tu sucio pañuelito y que aterrizarían si lo vieses? —preguntó Jorge.

—Cualquiera sabe —respondió Dolly, sin dejar de agitarlo.

—Estás mal de la cabeza —dijo Jorge.

Y Dolly le dirigió una de sus más torvas miradas. Dejándola que agitara como loca el pañuelito, los otros prosiguieron el camino, sin quitarle la vista al aeroplano, que se hallaba ahora sobre la isla. Cruzó por encima; luego describió un ancho círculo, ¡y volvió hacia el islote otra vez!

—¡Me ha visto agitar el pañuelo! —gritó Dolly—. ¡Vuelve! ¡Vuelve!

—No seas tonta —le respondió su hermano.

Pero el avión había vuelto, en efecto, y, no sólo eso, sino que volaba muy bajo, dando la vuelta completa a la isla haciendo giros.

—¡Hay un sitio llano por allí! ¡Mirad, mirad! —clamó Dolly, como si creyera que, en efecto, podían oírla desde el aeroplano—. ¡Aterrizad ahí! ¡Oh, no lo paséis de largo!

El avión perdió más altura y dio otra vuelta. Parecía ver el lugar llano a que se referiera Dolly, y se dispuso a aterrizar todo lo despacio que pudo. Las ruedas del tren de aterrizaje tocaban a tierra y, durante un terrible momento, pareció como si las desigualdades del terreno iban a hacer que hincara el aparato el morro. Pero logró recobrar el equilibrio y se detuvo.

Dolly miró a los demás con las mejillas encendidas.

—¿Estáis convencidos? ¡Vio mi pañuelo y oyó mi grito!

Los otros estaban mirando con alegría al avión.

—No puede tratarse de amigos del señor Eppy —exclamó Jorge—. Debe de ser algún enviado en busca nuestra. ¡Vamos!

Volaron sus pies por los agrestes caminos. Vieron a dos hombres apearse del aparato. Agitaron los brazos en saludo, y marcharon al encuentro de los niños.

La aguda vista de Lucy los reconoció antes que ninguno.

—¡Es Tim! —gritó—. Tim, el amigo de Bill. ¿Y no es el marinero Andros el que le acompaña?

Tenía razón. Sí que era Tim. Y a su lado iba, bastante avergonzado, Andros. Tim les llamó:

—¡Hola, hola! ¿Dónde está Bill? ¿Estáis todos bien? Andros vino a contarme una historia tan fantástica, que no tuve más remedio que venir a investigar.

—Sí, Bill se encuentra perfectamente —gritó Jack. Y, al llegar Tim, le estrechó la mano, moviéndole el brazo como si fuera una palanca, tan grande era su alegría al verle—; Caramba, ¡cuánto nos alegramos de que haya venido! ¿Fue a hablarle Andros de nosotros, verdad?

—Me contó una historia la mar de extraordinaria —dijo Tim—. Por lo visto estuvo dándole vueltas y más vueltas durante un día o dos, y decidió por fin que lo mejor que podía hacer era contárselo a alguien. Cuando me vio en el muelle

aguardando vuestra llegada, me reconoció y vino a mí. Me dijo que había ido a Thamis y que os había dejado allí. Y que luego quedó dormido mientras os esperaba.

—Así es —asintió Jack.

—Luego se acercó alguien y le despertó bruscamente, y le dijo que no tenía derecho a estar en la isla, y le amenazó con meterle en la cárcel. Andros le contestó que había dejado en tierra un grupo compuesto de un hombre y cuatro niños, un loro y un mono. El individuo aquel le puso de vuelta y media, dijo que la isla era suya y que, si Andros no se marchaba al instante, le haría detener inmediatamente.



—Evidentemente se trataba del enfurecido señor Eppy —dijo Jack.

—Andros le dijo entonces que no le habían pagado, y el hombre ese le llenó la mano de dinero y le apuntó luego con un revólver. Conque Andros huyó, consolándose con la reflexión de que, puesto que aquel individuo tenía una embarcación en alguna parte, podría sacaros de aquí a todos por lo menos cuando le diese la gana. ¿No es eso, Andros?

—Yo no entender todo, «mister», señor —contestó el griego—. Mal hombre aquí. Muy malo. Andros siente mucho, «mister», señor.

—Bueno, y ahora contad vosotros vuestra historia —le dijo Tim a Jack.

Conque los niños la contaron entre todos y era tan asombrosa, que Tim la escuchó boquiabierto. ¡Dios santo, qué historia! En su vida había oído cosa igual. Pronto se hizo cargo de la situación, y rió al imaginarse a Bill estacionado al pie de la columna aguardando a que el señor Eppy o sus hombres intentasen salir.

—Nada me importaría ser yo quien les diera su merecido —anunció alegremente el joven—. ¡Pim, pam, catapum, zas, bang! ¡Vaya si resultaría agradable!

—¡Oh, Tim! ¡Cómo me hace reír usted! —exclamó Lucy, con una risita—. Me gustaría saber si habrá estado dando golpes Bill durante nuestra ausencia.

—Pues si ha estado haciendo eso —dijo Tim, riendo—, quiera Dios que haya sido el señor Eppy quien haya recibido todos los «pimes», todos los «pames» y todos los «zases», amén de todos los «catapumes». Bueno, ¿cuál ha de ser ahora nuestro plan?

—Tenemos que encontrar la otra caleta y las embarcaciones —dijo Jack—. Eso es lo primero. Luego tenemos que quitar del paso a los dos hombres..., los que están con las embarcaciones. Y, por último, tendremos que arreglárnoslas para poder navegar con los barcos fuera de aquí sin tropezar con los escollos.

—Andros sabrá dónde está esa caleta... Es más, lo sé yo también. La vi desde el aeroplano... y los barcos que estan anclados allí, por supuesto. Y Andros y yo eliminaremos sin dificultad a esos dos hombres.

—No... Sabemos de una manera mejor que ésa para quitarles del paso —anunció Jorge.

Y le contó a Tim el plan de Bill de mandar a Luciano con un mensaje. Tim movió afirmativamente la cabeza como asintiendo el plan.

—Sí; eso es mejor en realidad. Ahorrará jaleo. Y no es que a mí me importe una pendencia; pero no estoy tan seguro de nuestro amigo Andros. No tiene tantos redaños como parece.

—Yo creo que será mejor que volvamos a ver a Bill antes de hacer nada —observó Jack—. Y, además, no nos interesa alejar a esos dos hombres todavía, porque se los echaremos encima a Bill. Eso no resultaría un plan muy bueno. Vamos..., regresemos al lado de Bill.

Conque emprendieron todos la marcha, cotorreando animadamente. «Kiki», que se daba cuenta de que los niños estaban ya más alegres.

—¡Misterseñor! —le dijo a Andros—. ¡Misterseñor, «mister»! ¡“Mister”!

Llegaron al patio del templo, y Bill miró con sorpresa a Tim.

—Hola —dijo—. Vaya, vaya, vaya..., conque sí que era tu avión el que vi volar sobre la isla. No me era posible verle aterrizar desde aquí, pero confié que lo harías. Ha sido una suerte que te encontraras con los niños. Supongo que te habrán contado todas las noticias.

—Ya lo creo —rió Tim—. Sois la mar de aventureros, ¿eh? ¿Te han dado quehacer los que se encuentran dentro de la columna?

—Largué un par de estacazos hace un rato —contestó Bill—. No sobre la cabeza del señor Eppy, por desgracia. Me temo que fue uno de los otros hombres quien

recibió el regalo. No he oído ni el batir de un párpado desde entonces.

Repercutió por la calle el sonido de una campana.

—¡Tolón, tolón, tolón! ¡El gato está en el fogón! —aulló Kiki», recordando de pronto una rima infantil—. ¿Quién le echó dentro? ¿Quién le tiró?

—¿Qué rayos es una campana? —exclamó Tim con sobresalto—. ¿Es que llegamos tarde a la escuela o qué?

—¡No seas bobo! —contestó Lucy, riendo—. Ésa es nuestra comida. Llega todos los días a esa hora. Y yo me alegro una barbaridad..., sigo teniendo hambre después del poco desayuno que nos ha tocado.

Tim quedó asombrado al ver aparecer al niño montado en el burro. Bill no abandonó su puesto junto a la columna y le dio a Jack dinero para que pagara las provisiones. El muchacho vació los cestos, le guiñó un ojo a Tim y le escupió a «Micky». El mono le pagó inmediatamente en la misma moneda, y con mucha mejor puntería que el chico.

—¡Pah! —exclamó el del borrico con asco.

—¡Pah! —repitió «Kiki»—. ¡Puh! ¡Tolón, tolón, tolón! ¡Piii, suena el pah!

El muchacho dirigió al loro una mirada de asombro y se subió a su burro. Le largó un torrente de palabras ininteligibles, que «Kiki» imitó al punto, rematándolas con su imitación de un disparo. El borrico se encabritó del suelo, y luego huyó a todo galope con su jinete.

—¡Un día conseguirás que me dé un patatús, «Kiki»! —exclamó Bill, sin fuerzas de tanto reír—. Vamos..., reparte las provisiones, Jack. Y..., ¡supongo que más vale que echemos algunas por el agujero de la columna, no sea que se nos mueran de hambre esos tipos!

Afortunadamente, el muchacho había descargado muchas provisiones, conque hubo de sobra para todos. Bill gritó por el hueco de la columna, metiendo la cabeza y con voz estentórea:

—Si queréis comida, os la voy a echar. Pero, ¡no intentéis ninguna jugarreta o no volveré a daros más!

Alguien subió inmediatamente a recoger el pan, el queso y la carne que echó el detective. También tiró por el agujero alguna fruta, convencido de que los hombres aquellos tendrían tanta sed como la que estaba él experimentando. Nadie dio las gracias desde el interior de la columna, ni se oyó ningún otro sonido después de haber sido recogidas las provisiones.

—¡Si habrán encontrado el tesoro! —murmuró Jack, comiendo con apetito—. ¡Ojalá lo hubiese visto yo! Apuesto a que no lo veré ya. Y si no lo veo, ¡me llevaré uno de los chascos más grandes de mi vida!

Capítulo XXVIII

¡Huida!

Hicieron planes mientras comían.

—Tim, quiero que te lleves a las dos niñas en el aeroplano —dijo Bill—. No quiero que estén expuestas a peligros aquí ni un instante más de lo necesario. Andros, una vez nos hayamos deshecho de los que custodian las embarcaciones, quiero que tome la mejor de las dos y que marche usted con nosotros.

—¡Cómo, Bill! ¿Quiere usted decir que vamos a dejar una embarcación para que puedan escapar esos granujas?

—No. Voy a pedirle a Andros que tenga la amabilidad de quitarle alguna pieza al motor... para que no se ponga en marcha cuando quieran hacerlo funcionar los hombres esos —contestó Bill, riendo—. Creo que será una buena cosa dejarles aquí prisioneros hasta que los denunciemos y descubramos si el señor Eppy ha comprado la isla o no. Si la ha comprado, en efecto, se encuentra en posición muy fuerte, claro, y nada de lo que nosotros digamos será escuchado con gran atención.

—Siempre está comprando y vendiendo islas —intervino Luciano—. Supongo que habrá comprado ésta, como dice. Es muy conocido por esa manía que tiene.

—Quizá tengas razón —repuso Bill—. ¿Quieres venir con nosotros, Luciano, o quedarte y darle la bienvenida a tu tío cuando salga de la columna?

No había duda acerca de lo que quería hacer Luciano. ¡Iba a marchar con Bill y los niños! Todos se sintieron mucho mejor después de la comida, Tim marchó al aeroplano con las dos niñas, que abrazaron al detective antes de marcharse, suplicándole que tuviesen mucho cuidado.

—No despegaré hasta que oiga ponerse en marcha vuestra canoa automóvil y partir —anunció Tim—. Adiós de momento. Vamos, niñas. No sé lo que va a decir la gente cuando aterrice con vosotras en el aeródromo. Estáis sucias a más no poder... ¡Parecéis verdaderas lombrices de tierra!

Andros, Luciano, Jack y Jorge echaron a andar en dirección a las embarcaciones. Se decidió que sólo Luciano se acercaría a ellos a dar el falso mensaje. Había de decir que hacían falta los hombres en el patio del templo, y darles instrucciones para que pudiesen llegar a dicho sitio sin perderse. En cuanto Bill le viera acercarse, abandonaría su guardia junto a la columna y se encaminaría a la caleta, procurando no dejarse ver por los hombres.

—Luego nos embarcaremos en una de las canoas y nos haremos a la mar —dijo Jack, con alborozo—. ¡Qué chasco para el señor Eppy!

Andros fue a la cabeza del grupo. Conocía muy bien la otra caleta, aunque no la consideraba tan buena como aquélla en que atracara él. Cuando se encontraron cerca

de los barcos, Luciano siguió adelante solo, mientras los demás se ocultaban detrás de unos matorrales. Luciano estaba nervioso, pero procuró no demostrarlo. Se acercó a los barcos y gritó:

—¡Ah de las canoas! ¿Dónde están los guardianes?

Aparecieron los dos hombres. Luciano empezó a gritar algo en griego, y los dos hicieron gestos de asentimiento. Saltaron a tierra y caminaron ribera arriba. Luciano les estaba explicando dónde ir, señalando aquí y allá.



—Bueno, Dios quiera que les esté dirigiendo bien —pensó Jack, recordando lo inútil que había resultado el niño aquella mañana al intentar dar con la caleta—. Dios quiera que se haya fijado un poco más en el camino esta vez.

Los hombres no tardaron en desaparecer. Andros corrió a las canoas. Escogió la más pequeña de las dos por considerarla mejor. Se acercó a la otra y anduvo trasteando con el motor. Sacó algo de él, y lo tiró dentro de la otra embarcación, donde hizo un fuerte ruido al caer. Les sonrió a los niños.

—Ese barco inútil ya —dijo—. Motor, muerto. Nosotros embarcarnos aprisa.

Subieron a bordo todos. Andros anduvo con el motor allí también. Empezó a funcionar, y lo detuvo en seguida. Los niños se preguntaron cómo le estaría yendo a

Bill. ¿Había visto a los dos marineros? ¿Se estaba acercando en aquellos momentos a la embarcación, procurando no ser visto? Así lo esperaban.

De pronto oyeron gritos y se alzaron todos en la canoa. ¿Qué ocurría? Bill corría a toda velocidad en dirección a la caleta. Detrás de él iban los dos hombres, corriendo a toda marcha también. Andros obró aprisa. Puso el motor en marcha inmediatamente, y dijo a los niños que le echaran una mano a Bill cuando llegase.

Con el rostro congestionado y jadeante, Bill se aproximó a la canoa y fue ayudado a subir a bordo por Jack, Jorge y Luciano. No hizo más que tocar la cubierta cuando la embarcación se puso en movimiento, haciendo su motor un ruido terrorífico en la apacible caleta.

Los otros dos hombres saltaron inmediatamente a bordo de la otra canoa, dando gritos de ira. Andros sonrió maliciosamente. Bill lo vio, y comprendió lo que la sonrisa significaba. ¡La otra embarcación estaba inutilizada!



Todos los esfuerzos por poner en marcha la segunda canoa resultaron inútiles. Tenía muerto el motor. Los dos hombres se dieron cuenta de que Andros debía haber trasteado con él, y se pusieron en pie, agitando los puños con rabia y gritando algo ininteligible. Jack y Jorge disfrutaron de lo lindo; pero el pobre Luciano estaba pálido

como un sudario.

—Bueno..., ya estamos en marcha —dijo Bill, recobrando el aliento—. ¡Caramba! ¡Por qué poco me he salvado! Estaba vigilando para ver llegar a esos hombres, pero me pillaron desprevenido. Debieron adivinar que sucedía algo, porque se dirigieron a mí de pronto derechos, y me hicieron correr como un gamo. Me alegré de que me hubiera explicado claramente Andros dónde caía la caleta. Aun así, a punto estuve de equivocar el camino.

—¿Dieron señales de vida Eppy y compañía? —preguntó Jorge.

Bill movió la cabeza negativamente.

—No; pero habrán oído los gritos, y supongo que a estas horas se encuentran fuera de la columna y explorando. Se reunirán con los otros dos hombres, y entonces tendrá el señor Eppy cosas muy sabrosas que decirles a ambos por haber abandonado las embarcaciones, proporcionándonos así los medios de huida. Supongo que estará pensando en la serie de cosas que le va a decir a Luciano también por dar el mensaje falso.

Luciano sonrió débilmente. Todavía estaba muy pálido.

—Me dará una formidable paliza —dijo.

—No hay peligro —le contestó Bill—. De eso ya me encargaré yo. Voy a darle a tu tío algo en qué pensar en cuanto regrese a la isla del aeropuerto. Se va a encontrar en un atolladero de mil demonios dentro de muy poco. Me tiene sin cuidado si ha comprado la isla o no: es un granuja.

El sonido del motor de un aeroplano atrajo su atención.

—¡Es el avión de Tim! —exclamó Jack, poniéndose en pie y agitando el brazo—. ¡Ah del avión, Tim!

El aeroplano picó en saludo, llegando a muy poca altura, y «Kiki» soltó un aullido de terror. «Micky» escondió la cabeza debajo del brazo de Jorge. Los niños saltaron aclamaciones y gritos.

—¡Adiós y buena suerte, Tim! ¡Hola, muchachas!



A eso de las seis de la tarde, la canoa automóvil llegó a la isla del aeródromo. Lo primero que vieron fue al «Viking Star» en el puerto, envuelto en silencio. Lo segundo que vieron fue a Tim y a las niñas que les aguardaban en el muelle. Habían aterrizado mucho antes, hecho una buena comida y bajado al puerto a esperarles.

—He ido a la policía —anunció Tim—. Le dije al jefe que tenías algo que poner en conocimiento suyo, y que tuviera la amabilidad de no marcharse a casa hasta haberte visto. Está muy alarmado; ¡rara vez sucede nada aquí!

Bill se echó a reír.

—Bueno, supongo que la denuncia tendrá que ir al continente, en realidad, para que se tramite; pero, puesto que Andros es de aquí, y el señor Eppy alquiló sus embarcaciones aquí, y es de suponer que se entrevistó aquí con abogados si es que en verdad compró la isla, es mejor hablar con el jefe de la policía de este lugar.

El jefe era un hombrecillo de rostro inteligente y mirada penetrante y rápida. Hablaba muy bien el inglés. Estaba emocionado al pensar que pudiera haber noticias importantes para él.

Escuchó atentamente el asombroso relato de Bill, haciendo alguna pregunta de cuando en cuando. Los niños agregaron algún detalle. Cuando el inspector oyó mencionar el tesoro, por poco se cayó de la silla.

—Hemos de averiguar si ese Eppy ha comprado, en efecto, la isla —dijo—. Le conozco. Siempre anda comprando islas y vendiéndolas. No me es ni pizca de simpático. Está loco.

A continuación se hicieron gran cantidad de llamadas telefónicas, salpicadas de «¡Oigas!» de un «Kiki» bastante aburrido, y algún «misterseñor» y «uno, dos, tres, ¡pum!».

Por fin el hombrecillo se volvió hacia Bill, con el rostro radiante.

—Pablo Eppy sí que intentó comprar la isla —dijo—. Pero no está en venta. No es suya..., ¡pertenece a nuestro gobierno!

—¡Magnífico! —exclamaron todos los niños a coro.

—¡Qué chasco para el señor Eppy! —dijo Dolly.

—Espero que no logre escapar con ninguna parte de ese tesoro tan valioso —dijo el inspector—. No es un hombre honrado.

—No puede escaparse —rió Jack—. Andros anduvo trasteando con la única canoa automóvil que hay allí. No puede usarla. Está prisionero en la isla. Y lo mismo les sucede a todos los demás.

—Magnífico. Eso me parece magnífico —anunció el policía. Se volvió hacia Bill—. Si tuviera usted la amabilidad de hacer un informe, señor..., bien detallado..., para que lo pueda yo mandar al continente, le estaré muy agradecido. Los niños deben leerlo y firmarlo, Y Andros debe firmar la parte que se refiere al papel que ha desempeñado él en el asunto.

—Conforme —contestó Bill. Y se puso en pie para marcharse—. Bien, pues ya está. He corrido aventuras muy emocionantes con estos cuatro..., pero ésta les da ciento y raya a todas. ¡Lo que a mí me hubiera gustado hubiese sido tener algo de ese tesoro como recuerdo!

—Caballero, lo tendrán ustedes —les anunció el inspector—. Me encargaré yo personalmente de eso. Mi gobierno considerará un honor permitirles escoger cuanto deseen de él.

—¡Una daga esculpida para mí! —dijo Jorge en seguida—. ¡Troncho! ¿Qué dirían los chicos del colegio si la vieses?

—Vamos —dijo Bill—. Subiremos a bordo del «Viking Star» y nos llevaremos a Tim a cenar con nosotros. Quiero darme un buen baño, afeitarme, comer como es debido, y fichar un buen sueño en una cama bien cómoda.

Y todos marcharon a bordo del «Viking Star», felices, excitados, charlando hasta por los codos.

Capítulo XXIX

Un desenlace feliz después de todo

Durante la noche, el «Viking Star» se hizo nuevamente a la mar. Bill no oyó ponerse en marcha las máquinas, ni los niños tampoco. «Kiki» se despertó, sacó la cabeza de debajo del ala, y volvió a esconderla otra vez. Era sorprendente encontrarse navegando de nuevo. Se dirigían a Italia.

—¡Ay, Señor! ¡Hemos dejado la isla del tesoro muy atrás! —exclamó, melancólicamente Lucy.

—No seas hipócrita —le repuso Jack—. De sobra sabes que estás encantada de haber podido escapar de ella.

—Sí, eso sí —asintió la niña—. Pero me duele dejar todo ese tesoro.

—Yo no llegué a verlo siquiera —le recordó Jack—. Me siento exactamente igual que si me hubiesen estafado algo. Y, todo porque a ese idiota de «Kiki» se le metió en la cabeza irse de mi hombro precisamente cuando íbamos a buscarlo. ¡Papanatas!

—Papanatas —repitió, agradablemente, el loro—. ¡Bocado!

Bajó y contempló la fuente de uvas.

—No, amigazo —dijo el niño, moviéndola fuera de su alcance—. No hay bocados para un papanatas. Y, además ya te has comido unas doscientas uvas. Eres un verdadero cerdo comiendo, «Kiki».

—Supongo que el resto de este crucero sería lo más aburrido del mundo —dijo Jorge. Miró al barquito tallado puesto encima de la mesa tocador de su camarote—. ¡Troncho! ¡Lo emocionados que nos sentimos cuando encontramos el mapa del tesoro dentro! Bill dice que tenemos que dar ese mapa al Museo de Grecia, pero que podemos quedarnos con la copia que nos hicieron traducida, la que usamos para guiarnos... ¡si es que conseguimos que nos la devuelva el señor Eppy!

—¿Qué dirá mamá a todo esto? —exclamó de pronto, Dolly—. No va a estar ni pizca contenta de Bill, ¿verdad? ¡Jamás volverá a dirigirle la palabra!

—Pero..., ¡eso significaría que no volveríamos a verle nunca! —exclamó Lucy, horrorizada al pensarlo—. Yo quiero mucho a Bill. ¡Ojalá fuese mi padre! Es horrible no tener papá ni mamá. Tú y Jorge tenéis suerte, Dolly: tenéis madre, aunque no tengáis padre.

—Bueno, ¿y no compartís nuestra madre con nosotros acaso? —quiso saber Jorge—. La llamáis tía Allie, y ella os trata como si fuera vuestra madre.

—Sí, ya lo sé. Es muy buena —murmuró Lucy.

Y ya no dijo nada más. Estaba preocupada por Bill. ¿Y si tía Allie cumplía su palabra y se negaba a volverle a hablar a Bill porque les había metido a todos en peligros? Eso sí que sería terrible.

Era enloquecedor alejarse de todas aquellas islitas románticas, no bien corrida una aventura semejante. Todos los niños ansiaban conocer lo ocurrido después de su partida. ¿Qué había hecho el señor Eppy? ¿Qué le había sucedido? ¿Cómo había abandonado finalmente la isla? O..., ¿se encontraba en ella aún? Y, ¿qué del tesoro, el fabuloso y asombroso tesoro oculto en la esférica cámara allá abajo, en las profundidades del corazón de la ciudad en ruinas? Bill prometió contarles todo lo que averiguase, ¡y tenía él tanta curiosidad como los niños!

El «Viking Star» hizo escala en Nápoles, y luego siguió hacia España. Fue en este último país donde Bill recibió las primeras noticias. Marchó derecho a los niños.

—Bien, os encantará saber que Eppy y compañía no pudieron abandonar la isla, y que casi enloquecieron de rabia como consecuencia de ello. Luego, ese inspector de policía mandó allí una embarcación... en la que marchó él también por cierto... y detuvo a toda la pandilla. ¡Qué sorpresa, qué golpe más duro para el señor Eppy!

—¿Y el tesoro? —preguntó Dolly.

—Se ha sacado todo de su cámara y lo están enviando al continente para su examen y tasación. Se nos enviará una lista de todo lo que se ha encontrado... y ¡cada uno de nosotros podrá escoger un recuerdo!

—¡Troncho! —exclamó Jack—. Entonces yo escogeré una daga como Jorge. Apuesto a que las niñas querrán joyas.

—¿Es el tesoro de Andra? —inquirió Lucy.

—Parecen creerlo así —respondió el detective.

Las miradas de todos convergieron sobre el barquito de la mesa del tocador. Allí estaba, con todas las velas desplegadas, luciendo su nombre griego en el costado. El «Andra». ¡Qué barco de aventura había sido!

—¿Qué va a ocurrir con Luciano? —preguntó Dolly.

Luciano aún se hallaba a bordo del «Viking Star», pero con ellos, no con sus tíos esta vez. La tía, anegada en histérico llanto, se había quedado en la isla del aeródromo para hallarse junto a su marido. Bill había ofrecido llevar a Luciano a Inglaterra de nuevo, y dejarle en casa de un compañero de estudios hasta que empezase el curso y regresara al colegio.

—Luciano ha de pasar las vacaciones en adelante con otros parientes —respondió el detective—. Es decir..., a menos que nosotros podamos soportarle de cuando en cuando. Siento compasión por ese chico.

Se hizo un silencio.

—Es terrible que una tenga el convencimiento de que debe hacer algo que no le gusta hacer, nada más que porque compadece a alguien —anunció Lucy, con un suspiro—. No sé si a tía Allie le gustará tenerle de todas formas. ¡Y, oh, Bill!, ¿cree que se enfadará mucho con usted por todo esto? Por esa aventura, quiero decir.

—Sí. Creo que sí —respondió Bill—. Le telefoneé desde Italia y le dije algo. Quizá debiera haber esperado hasta verla. No le hizo ni pizca de gracia.

—¡Ay, Señor! ¡No vamos a pasarlo nada de bien durante el resto de las

vacaciones! —exclamó Lucy—. No me gusta cuando tía Allie está disgustada o enfadada. Estará cansada, además, después de andar cuidando a su tía Polly. ¡Cuánto quisiera que esta aventura fuese a tener un desenlace feliz y no uno desagradable!

Todo el mundo se alegró cuando el «Viking Star» llegó, por fin, a Southampton al final de su largo crucero. Después de la emocionante aventura corrida a mitad del viaje, las cosas habían resultado aburridas e insípidas a más no poder. Era la mar de agradable encontrarse de nuevo en tierra firme y camino de casa. La señora Mannering no acudiría a esperarles. Iba a dejar a su tía el día anterior y marchar a su casa a prepararlo todo para el regreso de los niños. A Luciano le iban a dejar con un compañero suyo de colegio, por el camino. Pensaban marchar a casa en el automóvil de Bill. El niño se puso triste al tener que despedirse cuando llegó el momento. Tartamudeó y tartajeó al tenderles la mano a uno tras otro.

—Adiós..., ah..., espero ve... veros a todos alguna otra vez. He pasado... ah... ah... unos ratos muy... muy agradables..., y ah... os pido perdón por cualquier cosa que haya hecho que no os haya gustado... y... ah...

—Ah... ah... ah —le imitó «Kiki», encantado—. ¡Pah! Llamar al médico, ah-ah-ah-ah...

—Cállate, «Kiki», pórtate como es debido —ordenó Jack, con enfado.

Pero a Luciano no le molestaron lo más mínimo las palabras del loro.

—Echaré de menos a «Kiki» —dijo—. Y a «Micky» también. Adiós, «Micky»... oh, recordadme de cuando en cuando todos vosotros.

Casi se apartó de ellos corriendo y Lucy se le quedó mirando, angustiada.

—Pobre Luciano..., casi estaba llorando —dijo—. En realidad, es un buen... oh... un buen...

—Pazguato —dijeron todos.

Y «Kiki» gritó también:

—«¡Pazguato!». ¡Llamad al médico!

—Bueno, pues para ser un pazguato, es bastante buena persona —anunció Lucy. Se instaló en el automóvil de nuevo—. Y, ahora, a casa... y a la querida tía Allie. ¡Tengo un abrazo enorme guardado para ella!

La señora Mannering no cabía en sí de contento al verles a todos, aunque se mostró bastante fría con Bill. Les tenía preparado un té magnífico, y «Kiki» aulló de alegría al ver puesto un plato para él y para «Micky» con una hermosa ensalada de frutas.

—Uno, dos, tres, «¡va!» —dijo.

Y se puso a comer, con un ojo clavado en el plato de «Micky», esperando poderle quitar algún bocado en los descuidos. Después del té, se sentaron todos en la cómoda sala, y Bill encendió la pipa. A los niños les pareció que estaba bastante desanimado.



—Bueno, Allie —empezó—, supongo que querrá usted conocer toda la historia..., lo de la busca del tesoro de Andra, y todo lo que sucedió en ella.

—Nos salvamos por un pelo en más de una ocasión —dijo Jack, acariciando a «Kiki»—. Y le encantará a usted saber, tía Allie, que «Kiki» le pegó dos buenos picotazos en la oreja del señor Eppy.

Dieron principio a su relato. La señora Mannering lo escuchó con asombro. Su mirada se desviaba continuamente hacia el barquito tallado que Jorge, muy orgulloso, había instalado sobre la repisa de la chimenea.

—¡Vaya! —dijo Jorge, cuando hubieron terminado la historia—. ¿Qué te parece todo eso?

La señora Mannering no respondió. Miró a Bill. Éste rehuyó su mirada y vació la pipa, dando fuertes golpes con ella en la chimenea.

—¡Oh, Bill! —murmuró la señora Mannering con tristeza—. Me dio usted su promesa... y quebrantó su palabra. Ya no volveré a fiarme de usted. Me prometió fielmente no meter a los niños en ninguna aventura otra vez. No le hubiese pedido que se encargara usted de ellos si no me hubiese fiado de usted. ¡Ya no puedo confiar en usted jamás! Me ha defraudado.

—¡Tía Allie!, ¿qué quiere decir usted con eso de que ya no podrá volverse a fiar

de Bill? —exclamó Lucy, indignada. Y se acercó a Bill y le rodeó con sus brazos—. ¿No se da cuenta de que es la persona más buena, más simpática, y más digna de confianza del mundo?

La señora no pudo contener la risa ante la enérgica defensa de la niña.

—Ah, Lucy..., te has vuelto la mar de feroz de pronto. Es que cada vez que os dejo solos con Bill, os metéis en peligros terribles. Lo sabéis de sobra.

—Bueno, ¿y por qué no pueden usted y Bill estar siempre con nosotros juntos? —exigió Lucy—. No veo por qué no han de poder casarse el uno con el otro... Así tendríamos siempre a Bill, y usted podría vigilarle para que no nos metiese en más aventuras.

Bill estalló en un formidable grito de risa. La señora Mannering sonrió expansivamente. Los demás se miraron unos a otros.

—¡Caramba! —exclamó Jorge, con avidez—. ¡Esa idea de Lucy es magnífica! ¡Tendríamos padres entonces... todos nosotros! ¡Troncho! ¡Mira que tener a Bill por papá! ¡Cómo nos iban a envidiar los demás chicos! ¡Qué felices seríamos todos!

Bill dejó de reír y miró a los cuatro niños, que estaban todos radiantes. Después miró a la señora Mannering. Enarcó las cejas, interrogador.

—¿Bien, Allie? —dijo, en voz extrañadamente queda—. ¿Crees tú también que es una idea buena ésa que proponen los niños?

Ella le contempló, luego sonrió a los niños, que aguardaban con el aliento contenido. Movi6 afirmativamente la cabeza.

—Sí..., es una buena idea en verdad, Bill. ¡Me sorprende que no se nos haya ocurrido antes!

—Así, pues, queda convenido —dijo el detective—. Yo me encargo de estos cuatro niños... y tú te encargas, por tu parte, de que no los meta yo en ninguna otra aventura. ¿No es eso, Allie? ¿Queda eso convenido?

—¡Vaya! ¡Esta aventura ha tenido un desenlace maravilloso después de todo! —exclamó Lucy, respirando profundamente. Los ojos le brillaban como estrellas—. ¡Bill, querido! ¡Oh, qué feliz me siento ahora! ¡Ya no nos separaremos nunca!

—¡Dios salve al Rey! —gritó «Kiki», muy excitado—. Polly, ¡pon al médico al fuego!, ¡llama al escalfador! ¡Piiii, suena Bill!



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.